



DESCONOCIDOS

EMMA COLT



Lectulandia

Un solo baile es suficiente para que dos desconocidos se enamoren perdidamente.

Carol Boutella nunca había conocido a ningún hombre que la cautivara como el desconocido con el que baila durante la gala de los O'Sullivan. Cada célula de su cuerpo le pide rendirse a él... pero entonces descubre que es un policía. Uno de los policías que está investigando a su familia por unos oscuros delitos que ella desconocía. Creyendo que su interés sólo forma parte de la investigación, se aleja de él. Olvidarlo ya es otra cuestión.

La noche que Jake Mulligan conoce a la joven y dulce Carol, su mundo acaba patas arriba. Es una Boutella. Es una sospechosa. Pero, por más que intenta evitarlo, no puede dejar de pensar en ella. Carol ocupa todos sus sueños y todos sus pensamientos, despierta en él una pasión que no había sentido nunca. Y es una criminal.

Mientras la vida fácil e inocente de Carol se desmorona, no puede quitarse de la cabeza al policía que considera culpable de todo. Lo mismo le sucede a Jake, que ve cómo los principios que lo llevaron a hacerse policía se resquebrajan. ¿Qué estaría dispuesto a hacer por ella? A pesar de todo, los dos saben que deben mantenerse bien lejos el uno del otro, pero la casualidad y las circunstancias tienen otros planes para ellos.

Y es que amarse era lo último que debían hacer.

Lectulandia

Emma Colt

Desconocidos

ePub r1.0

Titivillus 31.07.2019

Título original: *Desconocidos*
Emma Colt, 2017
Diseño de cubierta: Emma Colt

Editor digital: Titivillus
ePub base r2.1

más libros en lectulandia.com

Índice de contenido

Cubierta

Desconocidos

Dedicatoria

Agradecimientos

Capítulo 1

Capítulo 2

Capítulo 3

Capítulo 4

Capítulo 5

Capítulo 6

Capítulo 7

Siempre para H.

Agradecimientos

En primer lugar quiero darte las gracias a ti, lectora o lector, por confiar en esta novela. Espero que te guste tanto como yo he disfrutado escribirla.

En segundo lugar, no tengo suficientes palabras de agradecimiento para H., el cómplice que me animó a iniciar este proyecto a pesar de todas las dificultades. Sin ti, esto no habría salido adelante.

1

Cuando Carol Boutella despertó esa mañana, no podía imaginar que su vida estaba a punto de cambiar para siempre.

El día no había empezado mal. Se había levantado tarde, porque esa noche la familia O'Sullivan celebraba su gala benéfica anual, que era famosa por alargarse hasta el amanecer. No le apetecía asistir a la fiesta, pero como miembro de una de las familias más poderosas, y ricas, de la ciudad, debía hacerlo. Con el paso de los años, la gala de los O'Sullivan se había convertido en un evento obligatorio para toda la alta sociedad de la zona. Nadie podía eludirla si no quería perjudicar su reputación.

Aunque ya era la hora de comer, Carol se vistió rápidamente con sus tejanos y su camiseta más cómodos y cogió su preciada cámara réflex. Tenía tiempo de salir a tomar algunas fotos antes de que llegaran David y Nelly, el peluquero y la estilista que los ayudarían a prepararse para la gala.

Entró en la cocina para coger una manzana y descubrió a sus padres sentados en la mesa con algunos documentos delante. Parecían malhumorados, incluso tensos.

—Buenos días —saludó Carol, extrañada.

—Hola, cariño —dijo su madre sin levantar la vista del papel que tenía delante.

Su padre ni siquiera contestó, tan solo emitió una especie de gruñido.

—¿Va todo bien? —preguntó Carol.

—Sí, cosas de la empresa, ya sabes —contestó su madre, que ahora sí apartó los ojos del papel para mirarla. Al instante arqueó una ceja—. ¿Vas a salir ahora a hacer fotos?

La pregunta consiguió que incluso su padre reaccionara para dirigirle una mirada de desaprobación.

—Es para el proyecto final del máster, es importante. No os preocupéis, que llegaré a tiempo —aseguró Carol.

Ni su padre ni su madre abrieron la boca, pero sus miradas escépticas lo decían todo.

Llegó tarde.

Cuando cruzó la puerta, gritando que lo sentía, David y Nelly se le abalanzaron medio histéricos, convencidos de que no tenían suficiente tiempo para prepararla. A Carol la situación le habría parecido graciosa, pero odiaba los preparativos para cualquier evento. Todos los esfuerzos giraban alrededor de la necesidad de hacerla parecer más esbelta y disimular sus quilos de más, circunstancias que la ofendían. Ya sabía que no era una sílfide, pero también sabía que no era el muñeco Michelin antes de que lo adelgazaran, y así es como la hacían sentir. Sí, sí, le sobraban unos quilos para ser modelo, pero los tenía bastante bien colocados.

Como siempre, aguantó el suplicio estoicamente y a las seis en punto estaba lista para salir, luciendo un vestido sencillo pero elegante y cómodo, que Nelly no había cesado de repetir que era de corte imperio y, por lo tanto, ideal para su figura. Al final Carol tenía ganas de gritarle que dejara de decir que tenía el culo gordo, pero como el cuello y espalda en forma de V y la falda de corte asimétrico, que mostraba parte de sus piernas al caminar, la hacían sentir *sexy*, se aguantó y mantuvo la boca cerrada.

La gala se celebraba en la inmensa mansión de los O'Sullivan. El salón de fiestas estaba repleto de estilosos hombres y mujeres que charlaban animadamente, mientras de fondo un cuarteto de músicos los obsequiaba con una agradable música, fingiendo que no les importaba que nadie les prestara la más mínima atención. La mayor parte del tiempo de estas fiestas se consumía saludando a todos los invitados, a los que siempre había que sonreír. En estos actos, las preocupaciones se dejaban en la puerta y se transmitía la imagen de vivir en una nube de felicidad constante.

Así que cuando Carol vio a sus hermanos, Alicia y Brandon, conversando en un rincón del salón con una grave expresión en el rostro, se extrañó. Empezó a caminar hacia ellos para averiguar qué pasaba, pero en ese momento la música cesó y la señora O'Sullivan reclamó la atención de todos los invitados con el agudo sonido de una pequeña campana de mano. Carol se detuvo, fastidiada. Quería ir a hablar con sus hermanos, pero había llegado la hora del baile.

A nadie excepto a la señora O'Sullivan le gustaba la hora del baile. Durante diez eternos minutos, todos los presentes debían bailar al ritmo de un vals mientras iban cambiando de pareja cada vez que la anfitriona hacía sonar la dichosa campana. Era una manera divertida de sociabilizarse, decía ella.

Era una auténtica lata, pensaba Carol. Bailar así suponía acercarse mucho a desconocidos, cosa que nunca le había gustado.

La música empezó y todos los presentes procuraron buscarse una pareja. Al menos Carol tuvo suerte y la primera tanda le tocó con un viejo amigo de su padre, con el que conversó agradablemente durante los dos minutos y medio que bailaron juntos.

Sonó la campanilla y enseguida se vio en brazos de un hombre al que no había visto nunca y ni siquiera le devolvió el saludo. Era un poco brusco y no paraba de girar la cabeza a lado y lado, como si estuviera buscando a alguien. Después de que ignorara descaradamente sus intentos de entablar una conversación, Carol se rindió. Esos dos minutos y medio se convirtieron en los más largos de su vida.

Carol llegó a los brazos de su tercer compañero de baile de bastante mal humor. Masculló un «hola» sin mirarle y se limitó a observar con desgana a la gente que bailaba a su alrededor. Aunque, a decir verdad, el tacto de la mano de ese desconocido le resultaba bastante agradable, así como el brazo que le rodeaba con firmeza la cintura para apoyarse en el centro de su espalda.

—Creo que esto te gusta tan poco como a mí —dijo el hombre con una voz grave y ronca que le puso la piel de gallina.

Carol sonrió como una niña a la que hubieran atrapado haciendo una travesura.

—¿Tanto se nota?

Levantó los ojos para mirar al desconocido, y durante unos instantes dejó de escuchar la música. Incluso le pareció que los dos se detenían durante un microsegundo. Pero enseguida se dijo que seguramente había sido una sensación provocada por la impresión, y desechó la idea de su cabeza.

Carol se había encontrado con unos ojos grandes y oscuros que la observaban con lo que le pareció genuina curiosidad. Y esos ojos estaban enmarcados por un rostro que consiguió que se le pusiera la piel de gallina otra vez. La frente alta, la nariz fina, la mandíbula recta y fuerte, los labios generosos. Llevaba el cabello castaño corto pero no demasiado corto.

Carol primero pensó que sería agradable acariciar ese cabello, y después que no recordaba haber visto nunca a un hombre tan atractivo. Bueno, en realidad, la palabra más adecuada para describirlo era *sexy*.

Pero no era solo eso.

Tenía la sensación de que ese rostro pertenecía a alguien que procuraba parecer endurecido, casi indiferente ante cualquier situación, pero sus ojos decían otra cosa. Eran cálidos y... bondadosos. La hacían sentir bien.

Y seguían mirándola con mucho interés.

Un escalofrío le recorrió la espalda, con tanta fuerza que se le endurecieron los pezones. Intentó mantener una expresión neutra, pero por dentro gritaba que alguien debería haber prohibido a la Madre Naturaleza crear a un hombre así, y al Destino haberlo cruzado en su camino. Porque acababan de convertirla en un cliché, en ese horrible tópico de la mujer que se encuentra con un tipo atractivo y cae rendida a sus brazos, incapaz de resistirse a sus encantos. Bueno, su caso era peor, porque él de momento no había desplegado ninguno de sus encantos, pero ella ya estaba dispuesta a caer rendida a sus brazos.

«¿Pero qué dices?! Por el amor de Dios, ten un poco de dignidad, Carol», se regañó a sí misma.

¿Qué le pasaba? Ella no era así. Le costaba mucho encontrar hombres que le gustaran de verdad, y pasaba un tiempo antes de que decidiera establecer cualquier tipo de contacto físico. Así de triste era su lista de amantes.

En cualquier caso, ese tipo era un desconocido. No tenía sentido que estuviera pensando en todas esas cosas.

«No seas un estúpido tópico», se dijo.

«Ya, ya, pero seguro que cuando te sonría te derrites», gritó una vocecita desde el fondo de su cabeza.

En ese momento el hombre sonrió. Era una sonrisa de niño travieso, tan sensual como el rostro del que formaba parte.

Sí, se derritió. Y sintió unas cuantas cosas más por todo el cuerpo que le encendieron las mejillas y la obligaron a bajar la vista, avergonzada.

—Parecías un cordero al que están llevando al matadero —dijo el hombre con esa voz que tenía el mismo efecto que una caricia.

—Lo siento —se disculpó Carol.

Se maldijo a sí misma. Por una vez que conocía a un tipo que, al menos físicamente, parecía más un dios que un hombre, lo había ofendido con su cara de pánfila. Aunque, siendo sensata, ¿por qué demonios debería importarle?

—No pasa nada. Las damas con cara de querer salir corriendo son mis compañeras de baile preferidas —dijo él.

Carol no pudo evitar reírse.

—En ese caso, me esforzaré por poner mi peor cara —dijo, más relajada, e intentó ponerse muy seria, frunció mucho el ceño y entrecerró los ojos.

Ahora se rio él, con suavidad. Durante unos breves instantes se le iluminó la cara, y Carol se derritió otra vez.

—Me temo que más bien pareces un viejo marinero estreñado —dijo él.

—¿Estreñado? —dijo Carol, haciéndose la ofendida, pero incapaz de aguantarse las risa.

Entonces sonó la maldita campanilla y Carol sintió una repentina decepción.

—¿Ya? —se le escapó, pensando que esos habían sido los dos minutos y medio más cortos de su vida.

—Espera —dijo el hombre.

La empujó suavemente para alejarla y le hizo dar media vuelta. Carol vio que el señor McCallister y su enorme bigote se dirigían hacia ella, pero entonces el desconocido apareció delante suyo y volvió a cogerla para bailar. Le guiñó un ojo y le dedicó esa sonrisa traviesa.

—¿Mejor así?

«No sonrías como una tonta, no sonrías como una tonta», suplicó a su dignidad.

—Mucho mejor —dijo, sonriendo como una tonta.

¿Eran imaginaciones suyas o el hombre la había acercado a él más que antes y ahora su mano reposaba más cerca de su trasero que de su espalda? Solo con pensar en eso Carol sintió unos estremecimientos muy agradables de cintura para abajo. Se encontró observando su cuello fuerte y se fijó en que no llevaba pajarita. Los primeros botones de la camisa estaban desabrochados, dejando a la vista el principio de unos músculos muy sensuales. Se preguntó si tendría el resto del cuerpo...

«Carol, ya vale», se reprendió.

No se reconocía a sí misma. Carraspeó, incómoda, deseando que el desconocido no se hubiera dado cuenta de los pensamientos tan... ejem, agitados que le estaban pasando por la cabeza.

Lo miró fugazmente para comprobarlo, y descubrió que él la estaba observando con una expresión que no supo descifrar.

—Lo peor de estas fiestas es que siempre me quedo con hambre —dijo Carol con desenfado, en un intento desesperado por expulsar de su mente todas esas inoportunas ideas.

—Estoy de acuerdo. En vez de tanto canapé y caviar deberían servir chuletas a la barbacoa y cerveza.

Carol rio.

—En casa nunca hemos hecho una barbacoa.

El hombre la miró con los ojos muy abiertos. Casi escandalizado.

—¿No?

—Nunca.

El hombre suspiró, fingiendo estar consternado.

—Esto no puede ser. Algún día tendré que invitarte a una. Soy un experto en barbacoas.

Carol se sonrojó y las piernas le flaquearon un poco, pero consiguió aguantar el tipo.

—Estaría bien —dijo con la voz un poco más rota de lo que le habría gustado.

Entonces sonó la campanilla y el baile se dio por terminado.

Carol procuró frenar la oleada de decepción. Le pareció que el desconocido se resistía un poco a soltarla, pero finalmente la liberó, dejándole la piel agradablemente cálida allí dónde la había tocado. Los dos aplaudieron como el resto de invitados.

Y entonces sucedió lo que nunca se habría imaginado que podría suceder.

La sonrisa se desvaneció de los labios del hombre.

—Disculpa, tengo que irme. Ha sido un placer —dijo sin mirarla.

Y se perdió entre la gente.

Carol se quedó helada, aunque el corazón le palpitó varias veces de manera irregular.

No comprendía qué demonios acababa de suceder. ¿Había hecho algo que había asustado al hombre? Era cierto que la simple mención de invitarla a una barbacoa había hecho que se le encogiera el estómago. Y vale, sí, se había sonrojado, pero había intentado disimular. ¿Acaso había fracasado y había puesto cara de querer lanzarse a sus brazos?

Desconcertada, empezó a pensar que quizá se lo había imaginado todo, que él no se había acercado más a ella en cuanto había podido, que no se había resistido a soltarla.

No había sido real, pero sus ganas habían hecho que lo pareciera.

Una decepción amarga la inundó y sintió que los ojos se le humedecían. «No seas estúpida», se riñó. Tenía que ponerse en movimiento para pensar en otra cosa.

Se giró para empezar a caminar hacia ningún lugar en concreto. Entonces vio pasar, no muy lejos, a Brandon y Alicia, y recordó las expresiones preocupadas que les había visto antes.

—¡Brandon! —llamó, pero con el ruido de la gente y la música no la escucharon y siguieron avanzado.

Caminó tras ellos. No consiguió alcanzarlos hasta que llegaron prácticamente al otro extremo del salón, donde había menos gente, y

siguieron conversando.

A pesar de que esa zona estaba más tranquila, no la vieron acercarse. Sin embargo, ella pudo escuchar perfectamente las palabras de su hermana:

—A ver si empiezas a tomarte las cosas en serio, Brandon. La policía nos está investigando, y sabes que tenemos motivos de sobra para estar preocupados.

Carol se quedó petrificada. ¿Que la policía qué?

—El detective ese se ha colado en la gala y anda husmeando por aquí. Lleva una pajarita plateada —añadió Alicia.

—Que mal gusto —dijo Brandon, muy poco preocupado.

—Mucho cuidado con quién hablas y sobre qué, porque...

Carol al fin consiguió reaccionar y acabó de acercarse a sus hermanos.

—Disculpad. ¿Qué acabas de decir sobre la policía?

Alicia y Brandon la miraron, primero sorprendidos, después contrariados.

—No he dicho nada sobre la policía —dijo Alicia, tomando un sorbo de su champán mientras observaba el salón con muy poco interés.

—Te he escuchado perfectamente.

—No es nada que deba preocuparte, Carol. Vuelve a la fiesta a divertirte —dijo Brandon.

—Esta fiesta es una mierda, como todas. ¿De qué coño estabas hablando, Alicia? —insistió Carol, cada vez más molesta.

—Con tanto ruido me habrás entendido mal, hermanita —dijo Alicia.

Antes de que pudiera reaccionar, sus hermanos aprovecharon el paso de un grupo de invitados para desaparecer entre la multitud.

Carol no pensaba permitirles escapar tan fácilmente. Entre cuerpos y brazos pudo divisar el vestido azul de su hermana y lo siguió sin dudar.

Llegó hasta una de las puertas que conducían al inmenso jardín. En la parte más cercana a la casa había bastantes invitados charlando y bebiendo, pero Alicia y Brandon no estaban entre ellos. Parecían haberse esfumado.

«Maldita sea», pensó.

Entonces le pareció ver por el rabillo del ojo una mancha azul que se perdía detrás de una hilera de cipreses perfectamente recortados. Caminó rápidamente hacia allí, sin olvidar sonreír a todas las personas con las que se cruzaba y procurando esconder la angustia que empezaba a apoderarse de ella. Necesitaba saber de qué estaban hablando. ¿Qué interés podría tener la policía en investigarlos?

Recorrió un camino franqueado por la larga hilera de cipreses, hasta que llegó a una zona que más que un jardín parecía un bosque.

—¿Alicia? ¿Brandon? —llamó en un susurro.

A su alrededor todo era silencio y penumbra. Las voces y la música de la mansión le llegaban amortiguadas y lejanas. Avanzó un poco entre los árboles.

—Alicia. Brandon —repitió, esta vez más alto.

Nada.

Quizá solo se había imaginado la mancha azul y sus hermanos seguían dentro del salón de fiestas.

De repente se sintió muy sola entre esos árboles y tanta oscuridad. Definitivamente, esa noche iba de mal en peor. Primero la situación tan extraña con el desconocido, y ahora esa noticia sobre la policía.

Se estremeció. No porque tuviera frío, sino por la desagradable sensación de que una amenaza invisible se cernía sobre ella.

Se abrazó a sí misma y empezó a deshacer el camino hacia la mansión.

Al rodear el primer árbol se encontró con la oscura figura de un hombre alto y delgado. Se asustó tanto que el corazón le dio un vuelco y se le escapó un grito. Intentó retroceder, pero su maldito tacón derecho se enganchó con alguna raíz y empezó a caer hacia atrás. Vio que el hombre se abalanzaba hacia ella, y ahora sí que se asustó de verdad.

Sin embargo, lo único que hizo el extraño fue sujetarla por los brazos para que no se cayera.

—Oh —dijo Carol, sorprendida, al verse de pie, sana y salva.

—¿Estás bien? —dijo esa voz grave y ronca que ya conocía.

¡Era él!

—Sí, gracias —dijo Carol, todavía un poco desconcertada.

No sabía cómo reaccionar. Primero se alejaba de ella precipitadamente y ahora aparecía aquí, como si la hubiera estado... siguiendo. Sin embargo, cuando lo miró, sus defensas se debilitaron. En la penumbra que los envolvía, parecía misterioso y todavía más atractivo. Y la firmeza con la que la sujetaba le resultaba demasiado agradable.

—Siento haber desaparecido así. Tenía que hablar con alguien —dijo.

—No me debes ninguna explicación —dijo Carol.

A pesar de lo mal que se había sentido, lo creía sinceramente. Tan solo eran dos desconocidos que habían compartido un breve baile, no tenían ninguna obligación el uno hacia el otro. Sin embargo, esa disculpa le provocó un agradable cosquilleo en el estómago.

—¿Has salido a pasear? —preguntó él.

—Sí, tenía curiosidad por ver el jardín —mintió con una sonrisa nerviosa. Había estado varias veces en casa de los O’Sullivan y conocía esa parte de la mansión perfectamente—. ¿Tú también has salido a pasear?

El hombre asintió. Su cara volvió iluminarse con esa sonrisa juguetona.

—Si sigues así, me cortarás la circulación de los brazos. No quisiera quedarme sin manos, la verdad —dijo.

Solo entonces se dio cuenta Carol de que ella también lo había agarrado para no caerse. Con fuerza.

A través de la tela del esmoquin y la camisa, sus dedos descubrieron unos antebrazos fuertes y musculosos. Esforzándose como nunca para que sus pensamientos no volvieran a girar en torno a sus músculos, lo soltó a regañadientes.

—Sería una pena que eso pasara, ¿verdad? —dijo Carol con tanta dignidad como le fue posible.

—Y que lo digas —respondió él, con un asomo de sonrisa en los labios.

Carol volvió a estremecerse, porque intuyó que esas palabras estaban cargadas de doble sentido. Como si en realidad hubiera querido decir «la de cuerpos que no podría acariciar».

Definitivamente tenía que hacer un esfuerzo para dejar de pensar esas cosas. Pero no era fácil, porque ella lo había soltado, pero él seguía sujetándola. Lo hizo en ese momento, sin prisas, acariciándole con delicadeza la piel de los brazos por el camino.

A Carol le faltaba muy poco para olvidarse de todo y perderse en los ojos del hombre, pero el recuerdo de las palabras de Alicia cruzó rápidamente por su cabeza.

Carraspeó.

—Debería regresar dentro —dijo, liberándose de su mirada.

Carol hizo el ademán de ponerse en movimiento, pero el hombre levantó el brazo y lo apoyó en el árbol que tenían al lado, cortándole el paso.

Carol se estremeció de nuevo, aunque ahora fue de miedo.

—No te asustes —susurró el hombre.

—Pues acabas de encontrar una manera muy efectiva de hacerlo —dijo ella con una risa nerviosa. ¿Y si el tipo atractivo resultaba ser un pirado?

El hombre sonrió.

—No te vayas todavía. Por favor.

Un escalofrío recorrió a Carol desde la punta de los pies hasta la raíz de los cabellos. Seguía asustada, pero no del hombre, sino de sí misma. Porque la

verdad era que quería quedarse. Vaya si lo quería. Con un desconocido con el que solo había compartido cinco minutos de baile y una conversación banal.

El hombre se le acercó un poco, muy lentamente.

El aroma de su cuerpo envolvió a Carol, que se estremeció. Le recordaba al chocolate amargo, su preferido. Le gustó tanto que casi se mareó. Carraspeó otra vez, intentando recuperar el control que se le escapaba por momentos.

—¿Sueles hacer esto con todas las mujeres que te encuentras en jardines oscuros y solitarios? Porque, siento decírtelo, es un poco raro —dijo, intentando aparentar indiferencia.

Luchaba desesperadamente por no perderse, por intentar pensar con claridad, pero su fracaso estaba siendo estrepitoso. Su cuerpo prácticamente le pedía que se arrojara a sus brazos. Quería sentirlo contra ella, que le acariciara cada centímetro de la piel...

Sabía que debía resistirse a esa locura, pero la certeza de que el hombre tenía las mismas ganas de abalanzarse sobre ella no se lo ponía nada fácil. Al contrario.

El hombre rio muy suavemente.

—Pues la verdad es que no.

Algo decía a Carol que ese tipo era un experto ligón, pero por algún motivo supo que le decía la verdad.

—Yo tampoco suelo lanzarme a los brazos de desconocidos que merodean por jardines oscuros y solitarios —dijo Carol.

Le costaba creer que esas palabras estuvieran saliendo de su boca. ¿Qué había sido de la Carol siempre tímida y prudente?

—¿Aunque hayas bailado con ellos? —susurró el hombre con la voz un poco rota.

—Aunque haya bailado con ellos —respondió ella con un susurro tembloroso.

El hombre sonrió solo un poco y entornó los ojos. Carol no sabía descifrar su expresión, pero notó un cambio en su respiración. Se volvió un poco más profunda. «¿Está intentando controlarse?», pensó justo antes de que las siguientes palabras se escaparan de sus labios:

—Pero siempre hay una primera vez, ¿no?

—Eso espero —dijo el hombre. Acabó de acercarse a ella y la besó.

En cuanto sus labios se encontraron, Carol dejó de ser Carol y se convirtió en un torbellino de sensaciones que le recorrían el cuerpo y le anulaban por completo la razón.

El desconocido le sujetó la cara con las manos, sin hacerle daño pero con cierta desesperación, y esos labios tan generosos atraparon los suyos para acariciarlos con un beso húmedo y caliente. Él sujetaba algo suave en la mano izquierda, pero estaba tan perdida en ese beso que apenas lo notó. Un leve gemido se escapó de su garganta y abrió la boca. Sus lenguas se encontraron y se enzarzaron en un baile lento al principio, pero que poco a poco se volvió más impaciente, más urgente.

El hombre empujó a Carol y la atrapó contra el árbol. Abandonó su boca, le besó la mejilla y siguió bajando por el cuello. Carol posó las manos en sus hombros atléticos y lo atrajo hacia ella. Quería, necesitaba sentirlo contra ella, cubriéndola, aprisionándola.

Esas manos grandes y fuertes dejaron de acunarle el rostro para bajar por su cintura, le acariciaron el trasero y la apretaron contra él todavía con más fuerza, haciéndole notar la erección que llenaba su entrepierna.

Carol jadeó. En un breve momento de lucidez pensó que las cosas se estaban poniendo muy serias. ¿A dónde conduciría esto? Al fin y al cabo, estaban en el jardín de una mansión repleta de gente. Pero la boca del desconocido empezó a bajar por su pecho y una de las manos empezó a acariciarle el muslo mientras le subía la falda con suavidad, y volvió a perderse en ese mar de sensaciones. Ya no podía pensar.

La otra mano volvió a acunarle la cara, y volvió a sentir el objeto contra la mejilla. Impaciente, pensó que no quería que nada se interpusiera entre esa mano y su piel. Le faltó tiempo para quitárselo y, en un acto reflejo, le echó un vistazo.

Era una pajarita plateada.

Durante unos instantes, no reaccionó. Hasta que las palabras de su hermana regresaron a su cabeza como un disparo: «El detective ese se ha colado en la gala y anda husmeando por aquí. Lleva una pajarita plateada».

Siguió observando la pajarita. Quería reaccionar, pero no podía. Sentía como si un jarro de agua helada le estuviera cayendo encima muy lentamente, tan lentamente que le provocó ganas de gritar de tan doloroso que era.

Carol sabía que ningún invitado a esa fiesta se pondría una pajarita plateada.

El hombre notó su repentina rigidez y se separó.

—¿Va todo bien? —preguntó, intentando controlar la respiración.

Observó la pajarita que ella sujetaba en la mano y que miraba como si fuera una bomba.

—Estos chismes son muy incómodos. Siempre acabo quitándomelos — dijo con su sonrisa traviesa.

Volvió a acunarle el rostro, intentando captar su atención de nuevo, pero ella le apoyó las manos en el pecho. Sin apartarlo, pero sin mirarlo. Marcando las distancias. Era consciente de que sus ojos la escrutaban, intentando comprender qué había pasado.

Afortunadamente, no se dio cuenta de que Carol se estaba quitando los zapatos con un gesto rápido de los pies.

—Tengo que irme —dijo ella.

Echó a correr en dirección a la mansión, dejando los zapatos entre el árbol y el desconocido.

*

El detective Jake Mulligan se quedó de pie ante el árbol y los zapatos, intentando comprender qué acababa de suceder. Y no se trataba solo de descifrar por qué la muchacha acababa de salir corriendo, literalmente huyendo de él, sino también por qué se había entretenido con ella cuando se suponía que estaba de servicio.

Se había colado en esa estúpida fiesta de ricachones convencido de que podría aprovechar la multitud para pasar desapercibido e intentar escuchar conversaciones que le ayudaran a avanzar en la investigación sobre la familia Boutella.

Sin embargo, nada más entrar se dio cuenta de que la pajarita lo estaba delatando. Maldijo a Gary para sus adentros. Había insistido, hasta hacerle venir ganas de pegarle un tiro, en que en estas reuniones de la alta sociedad la pajarita plateada era un signo de distinción. Menudo gilipollas. Y él todavía lo era más por dejarse convencer.

Así que se quitó la pajarita y se la guardó en el bolsillo. No pensaba deshacerse de ella. La guardaría porque, en cuanto viera a Gary, se la devolvería y le diría claramente por dónde podía metérsela.

Paseó lentamente entre los invitados mientras degustaba un delicioso Dom Pérignon que nunca había podido ni podría permitirse, observando y escuchando con discreción. No tardó en aburrirse. Las conversaciones eran banales e insustanciales, adornadas con falsas sonrisas y carcajadas forzadas.

Entonces los vio, al otro lado del salón, hablando.

Alicia y Brandon Boutella. Los hijos mayores de la familia, que hacía algunos años que dirigían el imperio familiar junto a sus padres. Gary le había

comentado que había una tercera hermana, más joven, pero todavía no tenía demasiada información sobre ella.

Los dos hermanos contrastaban con el resto de invitados porque ni siquiera se molestaban en forzar una sonrisa. Estaban preocupados, y tenían motivos. La tarde anterior, Gary y él habían ido a hablar con ellos en relación al asesinato de un traficante de drogas. Varios indicios habían apuntado hacia la familia Boutella, aunque ellos fingieron no saber de qué les hablaban, claro. Pero ya llevaban un par de semanas investigándolos: en cuanto habían empezado a escarbar en esa capa de supuesto éxito empresarial y reputación social, descubrieron más mierda que la que podrían acoger todas las cloacas de la ciudad.

Jake pensó que parecía un muy buen momento para escuchar qué se estaban diciendo y empezó a caminar hacia ellos, pero entonces sonó esa campanilla y empezó el baile absurdo de cambio de parejas, en el que tuvo que participar para no llamar la atención. Suerte que todavía recordaba algunas nociones de las dos clases de bailes de salón a las que había tenido que asistir para la boda de su hermana. A falta de sus padres, había querido abrir el baile con él, y cómo podía negarse a una petición así.

Su primera pareja fue una chica esbelta y segura de sí misma que se presentó como la hija de la anfitriona y se sorprendió de no conocerlo. Tuvo suerte y llegó el cambio de parejas antes de verse obligado a inventar una excusa que explicara su presencia allí. La segunda fue una señora anciana que sonrió ampliamente al verlo y se aferró con fuerza a sus brazos con la excusa de que, al ser tan mayor, tenía mal equilibrio.

Y después llegó la tercera.

Lo primero que notó fue el suave olor a coco que desprendía. Su mano pequeña de piel suave le hacía agradables cosquillas. Y, aprovechando que no le miraba, pudo observar su cuerpo moldeado con esas deliciosas curvas que quiso recorrer al instante.

Pero en esos momentos parecía infeliz, y eso era una lástima. Habló para distraerla, y cuando levantó el rostro para mirarle, sus ojos azules e irónicos lo atravesaron. Tenía unas facciones suaves que evidenciaban cierta ingenuidad, la nariz respingona, los labios carnosos.

Quiso besarla ahí mismo.

Se contuvo, claro, preguntándose qué le pasaba. Esa chica era una desconocida, y él era policía y estaba de servicio. Intentó olvidarse de sus labios concentrándose en su voz cristalina y la graciosa conversación. En el cambio de parejas debería haberla dejado ir por el bien de su misión, pero fue

incapaz. Así que siguió bailando con ella y, todavía no sabía cómo, prácticamente había acabado invitándola a una de sus barbacoas. «¿Y por qué no?», pensó en un momento de debilidad. Entonces se acabó el baile y vio acercarse a los hermanos Boutella, por lo que tuvo que alejarse de allí. Era probable que ya le hubieran visto, pero no quería encontrarse con ellos cara a cara.

Al alejarse de la muchacha pudo volver a pensar con claridad y se concentró en su objetivo. No tardó en localizar a Alicia y Brandon Boutella al otro lado del salón, hablando con alguien a quien no podía distinguir bien.

Caminó hacia ellos, que enseguida dieron por acabada su conversación con la otra persona y se perdieron entre la gente. Jake siguió el vestido azul de Alicia Boutella hacia las puertas que conducían al jardín. Una vez allí, los perdió. Se giró para observar de nuevo el salón, pero no consiguió encontrarlos. Algo le decía que habían salido fuera, pero en las inmediaciones de la casa no estaban.

Si querían hablar de según qué temas lo más lógico era buscar intimidad. Dedujo que se habían adentrado en la oscura inmensidad del jardín. Procurando aparentar el aire casual de quien simplemente está paseando, Jake avanzó por un camino delimitado por cipreses hasta llegar a una zona que parecía un bosque.

Y allí, al rodear uno de los árboles mientras intentaba localizarlos, se encontró con la chica. Era la última persona que esperaba encontrarse allí. Reaccionó rápido y la sujetó para evitar que cayera al suelo. Ella solo necesitó unos instantes para recuperarse del sobresalto, pero para él fueron suficientes. Suficientes para volver a apreciar la suavidad de su piel, aspirar el aroma a coco que desprendía, deleitarse con la visión de su cuerpo voluptuoso. Y esos labios...

Se habría abalanzado sobre ella para besarla, comérsela ahí mismo, pero se controló. A su entropierna no consiguió controlarla y en cuestión de segundos se puso más duro que una piedra. Durante un breve momento volvió a preguntarse qué demonios le pasaba, pero cuando vio cómo ella lo miraba y cómo intentaba disimular su nerviosismo, se olvidó de quién era y qué estaba haciendo allí. Acabó besándola, mandándolo todo a la mierda y dispuesto a perderse en ella, excitándose todavía más al notar, por su manera de besar, que tenía poca experiencia.

Y entonces ella había descubierto la pajarita y había echado a correr.

Maldita pajarita plateada. Maldito Gary y malditos todos sus antepasados y sus descendientes. Y maldito él por haberla llevado en la mano. Para fingir

ese aire casual mientras se movía por el jardín había metido las manos en los bolsillos y había encontrado la pajarita. Al adentrarse en la zona más oscura del jardín las había vuelto a sacar, sus dedos rodeando la pajarita sin ningún motivo concreto. Tan solo había pasado.

A pesar de todo, le parecía un poco absurdo que alguien huyera así por una pajarita plateada. Serían cosas de la alta sociedad.

Pero aún así.

Todo el mundo sabía que los ricos podían llegar a ser un poco excéntricos, pero esto le parecía irse al extremo.

A pesar de la frustración y de que la verga le palpitaba dolorosamente, el detective Jake Mulligan consideró mantenerse indiferente ante la situación, como solía hacer siempre que algo iba mal.

Sí, dejarlo correr era lo más sensato. Estaba trabajando. Había acudido a la fiesta para avanzar en la investigación, no para satisfacer a su entropierna. Además, por muchas mujeres con las que se hubiera acostado siempre había procurado mantener bien lejos de sí la parte emocional de cualquier relación. No quería esos dolores de cabeza. Y la reacción de la chica había sido muy emocional. Por lo tanto, lo mejor era olvidarla. Allá ella y su comportamiento extravagante de niña rica.

Pero ahí estaban sus zapatos.

El suave aroma a coco todavía flotaba en el aire.

Y quería una explicación.

Al fin y al cabo era policía y su trabajo era encontrar respuestas, así que era normal querer encontrar una maldita explicación.

Se agachó, recogió los zapatos y se encaminó hacia la mansión.

*

Carol avanzó con rapidez entre la gente, intentando disimular su agitación y rezando para que nadie se fijara en que iba descalza.

Fue directa hacia la salida, donde casi suplicó que le devolvieran su chaqueta y le llamaran un taxi para regresar a casa. No pensaba despedirse de nadie, ni siquiera avisar a su familia. Ya les enviaría un mensaje desde el vehículo.

—¿Se encuentra bien, señorita Boutella? —preguntó el mayordomo de los O’Sullivan, mirando sus pies descalzos.

Carol forzó una risa despreocupada.

—Sí, me los he quitado para caminar por el césped y no recuerdo dónde los he dejado —dijo procurando, y consiguiendo, parecer una estúpida.

—Espere, enviaré a alguien a buscarlos —dijo el amable mayordomo.

—No se preocupe, de verdad. No me encuentro muy bien y quiero ir a casa. Solo llame al taxi, por favor —insistió Carol con su mejor sonrisa.

El mayordomo no insistió y se alejó.

Carol prefirió esperar en la calle, donde no había nadie más. Se quedó allí de pie, abrazada a sí misma, tiritando aunque no hacía frío.

No comprendía cómo había podido pasar.

Carol tenía una cualidad que los demás le admiraban y de la que ella se enorgullecía: la primera impresión que se llevaba de una persona era la acertada. Era capaz de detectar al hipócrita más hábil con tan solo mirarlo a la cara una vez. En cuanto se encontraba con una buena persona, lo sabía al instante. Era su genial intuición, su sexto sentido, y nunca le había fallado.

Hasta esa noche.

El «desconocido» la había engañado por completo. En sus ojos había visto bondad y su cuerpo le había transmitido un deseo sincero, pero solo se había acercado a ella para intentar sonsacarle información sobre su familia.

¿Cómo no se había dado cuenta? ¿Cómo había podido ser tan infinitamente estúpida? Nunca se había sentido tan humillada. Y desamparada.

Miró hacia el final de la calle, deseando que el taxi llegara de una vez.

—Creo que has olvidado algo —dijo una voz grave y ronca detrás suyo.

La piel se le puso de gallina y los pelos de la nuca se le erizaron.

Carol se maldijo a sí misma, porque esa reacción no era por el miedo. De nuevo, esa voz tan especial había sido como una caricia para su piel.

Ignorando las reacciones de su cuerpo traicionero, se giró procurando transmitir tanto desprecio como le fue posible. Se sobresaltó al descubrir al hombre bastante más cerca de lo que esperaba, tendiéndole sus zapatos.

Por algún absurdo y condenado motivo, su expresión entre indiferente y burlona lo hacía parecer todavía más atractivo. Y esos ojos le seguían pareciendo sinceros y bondadosos, maldita sea. Estaba claro que, por lo que a él se refería, Carol no podía fiarse de sí misma. Y tenía que desterrar de su cabeza pensamientos tan inoportunos como «sensual» y «para mojar pan».

Cogió los zapatos sin mirarle.

—Gracias —dijo con frialdad.

Le dio la espalda de nuevo, apartándose un poco de él. Ese aroma a chocolate amargo no le permitía pensar con claridad.

Miró otra vez hacia el final de la calle. La llegada del taxi empezaba a ser muy urgente.

—¿He hecho algo que te ha molestado? —preguntó él.

No parecía enfadado, casi parecía que la situación lo divirtiera. Menudo cabrón.

—Lo sabes perfectamente —respondió Carol.

Respiró aliviada al ver que un taxi giraba por la esquina. Se acercó rápidamente y se detuvo ante ellos. A Carol le faltó tiempo para coger la manilla de la puerta trasera, pero el hombre apoyó la mano en el vehículo, impidiéndole abrirla.

—La verdad es que no lo sé —susurró.

A Carol le flaquearon un poco las piernas. Su voz al lado del oído y el brazo fuerte que casi la rozaba le recordaron los besos y las caricias que le había regalado en la penumbra del jardín.

Se enfadó consigo misma. ¿Cómo era posible que, a pesar de lo que sabía, la cercanía del hombre la encendiera así? Lo único que debería sentir era repugnancia.

—Tendrás que exprimirte el cerebro para averiguarlo. Pero ve con cuidado, no vayas a matar a tu única neurona con tanto esfuerzo —espetó sin girarse.

Intentó abrir la puerta otra vez, pero él apoyó la otra mano en el vehículo, atrapándola entre sus brazos.

—Si solo tengo una neurona, con más motivo necesito tu ayuda —susurró el hombre, todavía junto a su oído.

Carol se giró, enfadada y alterada por el escalofrío que le estaba bajando desde el oído, pasando por los pezones, en dirección a la entrepierna. Miró al hombre, desafiante. Él la observaba con una sonrisa burlona en los labios. La estaba mirando a los ojos, pero después desvió la mirada descaradamente hacia sus labios, recorrió el cuello y siguió bajando hacia su escote, donde la dejó clavada.

—¿Sabes qué nombre reciben las damas que hacen lo que has hecho tú esta noche?

Carol se enfadó todavía más. Ahora encima la estaba llamando calientabraguetas.

—¿Y cómo hay que llamar a los hombres que seducen a damas estúpidas para conseguir información para una investigación, detective? —fue la respuesta de Carol.

Quería sonar enfadada, pero se le rompió la voz y supo que no había conseguido esconder el desconsuelo que sentía.

La sonrisa desapareció del rostro del hombre. Se apartó de ella y la miró con consternación. Parecía sinceramente consternado. «Qué buen actor es», pensó Carol. Al menos, ahora ya sabía que no debía creerle.

—Ahora vas a decirme que no sabes cómo me llamo, ¿no? —dijo Carol como si se aburriera, y suspiró. De repente, se sentía muy cansada.

—No, no lo sé.

Carol le dedicó una sonrisa desganada.

—Bien, pues si quieres llevar el teatro hasta el final... —dijo. Imitó burlonamente una pequeña reverencia mientras decía—: Carol Boutella, un placer y vete a la mierda.

Ahora sí, abrió la puerta y entró en el taxi, que enseguida arrancó.

Carol no quería que el taxista la viera llorar. Se concentró en controlar su respiración para intentar distraerse, pero no podía dejar de pensar en las palabras de sus hermanos y en su inexplicable reacción hacia el policía incluso cuando ya sabía quién era.

Acababa de vivir la peor noche de su vida. Y algo le decía que las cosas podían e iban a empeorar más.

Todavía sujetaba la pajarita plateada en la mano.

2

Carol esperó despierta a sus padres, que llegaron al amanecer.

—¿Por qué has desaparecido de la gala? —preguntó su madre en cuanto entraron por la puerta y la descubrieron sentada a los pies de la escalera, esperándolos.

—¿Por qué nos está investigando la policía? —preguntó ella, sin dignarse a contestar.

Carol quería explicaciones. Ya.

Se las dieron.

Era mucho más de lo que había esperado.

Mucho más de lo que podía soportar.

A pesar de que estaban muy cansados, sus padres la invitaron a sentarse en uno de los sofás del salón y ellos se sentaron en otro, delante suyo.

—Carol, siempre te hemos dejado hacer la tuya, pero ahora tienes que estar al lado de la familia —dijo su padre, su voz teñida con una dureza que no le había escuchado nunca.

—¿Y eso qué quiere decir?

—Quiere decir que seguramente necesitaremos tu ayuda —intervino su madre.

—¿Para qué?

—Para asegurarnos de que no lo perdemos todo.

Carol se frotó la cara mientras observaba a sus padres, intentando asimilar las palabras de su madre. ¿Perderlo todo? ¿Cómo era posible? Ni siquiera era capaz de imaginar qué supondría perderlo todo. ¿Y cómo iba ella a ayudar a su familia, si apenas había puesto un pie en las oficinas de la empresa?

Sin embargo, esas preguntas tendrían que esperar, porque hacía demasiadas horas que intentaba que alguien le respondiera otra pregunta. Una sola, no parecía tan difícil.

—¿Por qué nos está investigando la policía? —repitió.

Sus padres la observaron, como si dudaran. Finalmente, su padre suspiró.
—Como tendrás que implicarte, lo mejor es que te enfrentes a la realidad cuanto antes —dijo.

Y empezaron a pronunciar esas palabras.

Tráfico de influencias.

Blanqueo de capitales.

Tráfico de drogas.

Asesinato.

Carol intentó ignorar el temblor que se apoderó de sus manos.

—Pero se trata de un error, ¿verdad? Nos investigarán y llegarán a la conclusión de que han cometido una equivocación.

Sus padres la miraron, pero no contestaron.

—¿Verdad? —preguntó, sintiendo que el silencio de sus padres empezaba a pesar como una losa.

Más silencio.

Un silencio denso y frío, que se coló en su sistema para aprisionarle el corazón y los pulmones.

—No necesitas detalles —dijo su madre—. Lo importante es...

—Basta —dijo Carol con la voz rota, levantándose de golpe del sofá.

No quería seguir escuchando. No podía.

Se dirigió precipitadamente hacia su habitación. El pecho le quemaba y le costaba respirar. Le parecía que en cualquier momento podría ahogarse. Las paredes de su propia casa, de su hogar, se le echaban encima. Y el simple pensamiento de encontrarse cara a cara con sus padres se le hacía insoportable. No podría mirarlos a la cara nunca más.

Era demasiado para ella.

Tenía que salir de allí.

Cogió una maleta, metió ropa dentro sin fijarse en qué cogía y salió de la casa sin mirar atrás. Al menos no intentaron detenerla. Si lo hubieran hecho, tenía la sensación de que se habría desmayado, y entonces se habría quedado atrapada en casa. Con ellos.

Se refugió en casa de Tom, uno de sus mejores amigos. Aunque acababa de regresar después de pasar toda la noche de fiesta, la acogió con los brazos abiertos y no preguntó demasiado. La obligó a tomarse un par de calmantes y la abrazó mientras se relajaba. Un poco antes de que el sueño la venciera, Carol pensó que se daría unos días de distancia con sus padres y sus hermanos para aclararse las ideas. Seguro que al final las cosas no eran tan graves y todo se arreglaría. Seguro que sí.

Cuando despertó a media tarde, se encontró con la dura realidad. La situación sí era muy grave, y ella tenía la cabeza hecha un auténtico lío.

Sus padres y sus hermanos eran delincuentes.

Criminales.

Casi parecía una broma pesada. No podía ser. Tenía que ser un error, la policía estaba equivocada.

Desgraciadamente, recordaba con total claridad la conversación que había mantenido con sus padres.

Y había algo de lo que no habían llegado a hablar, pero que tenía muy presente: ella también había firmado escrituras y contratos para la creación de varias empresas. Se lo habían pedido y lo había hecho sin preguntar porque confiaba en ellos. No tenía motivos para no hacerlo. Sin embargo, imaginaba que esos papeles también la implicaban en la investigación de la policía. La habían hecho cómplice sin advertirla.

Los odiaba.

Se lo repitió infinitas veces para no romperse en mil pedazos. Intentar verlo de otra manera era demasiado doloroso. ¿Cómo habían podido hacerlo? ¿Por qué? Y lo peor de todo, ¿cómo no se había dado cuenta? No comprendía cómo había podido estar tan ciega, ella que presumía de su sexto sentido de pacotilla.

Pero era difícil pensar en ellos de otra manera que no fuera como su papá, su mamá y sus hermanos mayores, que la cuidaban, a los que admiraba por esa tremenda agresividad empresarial que ella nunca había tenido, con los que se reía, a los que explicaba sus problemas y a los que ahora echaba de menos...

Era su familia. Y sus padres le habían dicho que necesitaban su ayuda. Estaban pasando por un momento difícil, ¿no debería estar a su lado, apoyándolos en lo que hiciera falta?

Entonces esas horribles palabras regresaron a su cabeza.

Blanqueo. Influencias. Drogas. Asesinato.

No, no se merecían nada suyo. Los odiaba y no quería saber nada de ellos.

Se lo repitió hasta que las palabras dejaron de tener sentido, pero no podía engañarse: la duda se había instalado en un rincón de su corazón, dispuesta a carcomérselo poco a poco como un gusano se come una manzana.

Por si la situación con sus padres y sus hermanos no fuera suficiente, también estaba el policía, el detective que se había acercado a ella en un intento de conseguir información sobre su familia.

Fingió bondad, fingió deseo y ella picó el anzuelo como la idiota que era. Para él, ella solo era una delincuente a la que meter en la cárcel.

¿Por qué, entonces, no podía dejar de pensar en sus manos fuertes, el olor de su piel y sus besos cálidos? Allí donde la había tocado, la piel todavía le quemaba.

Por más que odiara admitirlo, la verdad era que, a pesar de la humillación, deseaba a ese hombre como nunca había deseado a nadie. A alguien que seguramente la despreciaba.

No se podía ser más estúpida.

Lo intentó, pero se quedó muy lejos de ordenar sus pensamientos. Solo consiguió que las emociones la embargaran, y se vio a punto de caer dentro de un pozo negro del que nadie podría sacarla nunca.

Solo se le ocurrió una manera de esquivar esa caída, todo ese dolor.

—Quiero salir de fiesta y emborracharme hasta caer muerta —dijo a Tom.

Pensó que quizá lo que también necesitaba era buscar a alguien con quien acostarse, alguien que la ayudara a borrar la huella que el detective había dejado en su piel.

Pero se conocía. Sabía que si se metía en la cama con cualquier desconocido, se sentiría mal y se arrepentiría. Y posiblemente seguiría echando de menos al policía.

Sí, así de estúpida era.

—Pero no dejes que me folle a nadie, por favor. No podría perdonármelo —añadió.

Tom le dedicó una gran sonrisa.

—No te preocupes, cariño. Saldremos con mis amigos. Podrás desfasar lo que quieras y entre todos nos aseguraremos de que no hagas ninguna tontería.

A Carol le pareció un plan maravilloso.

A pesar de la resaca con la que despertó la tarde siguiente, su cabeza seguía inmersa en un caos ingobernable. Esa noche necesitó volver a salir de fiesta.

Y así pasaron tres semanas.

*

—Joder, Jake, llevas tantos días en un estado tan lamentable que me vienen ganas de dispararte para poner fin a tu sufrimiento. ¿Qué demonios te pasa, tío? —gruñó Gary.

Hacía tres semanas que Jake había asistido a la gala benéfica de la familia O'Sullivan, y debía admitir que desde entonces había estado de un humor de perros. Dormía mal, bebía mucho y no podía quitarse a Carol Boutella de la cabeza.

No entendía qué le pasaba. Ninguna mujer le había quitado nunca el sueño. Para él era algo nuevo, y no lo estaba llevando demasiado bien. Sí, era consciente de que calificarlo de «no demasiado bien» era usar un gran eufemismo, pero así se daba menos pena a sí mismo.

Aunque lo peor era que la mujer en cuestión era una sospechosa en un caso donde la lista de delitos iba camino de ocupar más páginas que la mismísima Biblia. Sí, ese pequeño detalle, por permitirse otro eufemismo, solo empeoraba las cosas.

Desde su encuentro la había investigado casi obsesivamente, solo por el bien del caso, claro, y no había llegado a ninguna conclusión.

Veintitrés años, siempre había sido una estudiante ejemplar y en la actualidad estaba cursando un máster en fotografía. Su firma aparecía en documentos de algunas de las empresas que la familia utilizaba para blanquear dinero, pero no parecía participar en ninguna de las otras actividades delictivas de las que ya podían acusar a sus padres y sus hermanos. Era una implicación mínima, pero estaba implicada.

Sin embargo, según los agentes que vigilaban a la familia, el día siguiente de la fiesta de los O'Sullivan, Carol Boutella había abandonado el domicilio de sus padres y se había instalado en casa de un amigo. Durante el día no abandonaba el apartamento, pero salía de fiesta cada noche. Desde entonces no se había comunicado con su familia, y no sabían cómo interpretarlo. Teniendo en cuenta que los Boutella ya sabían que les iban detrás, podría tratarse de una táctica para protegerla.

Además, había un detalle importante que la noche del baile se le había escapado. Era lo que pasaba cuando pensabas con la verga en vez de con el cerebro.

Había encontrado a Carol en el jardín. Jake intuía que Alicia y Brandon habían ido a hablar allí de sus problemas y, claro está, Carol había ido con ellos. Pero él fue tan estúpido de no atar cabos en cuanto se topó con ella bajo ese árbol.

Es decir, era una sospechosa muy sospechosa. Teniendo en cuenta el ambiente en el que se había criado seguramente era una delincuente, y lo más probable era que dentro de muy poco acabara con sus huesos en la cárcel.

¿Así que por qué prestarle tanta atención?

No lo sabía, maldita sea.

Lo único que sabía es que cada vez que alguien la mencionaba, veía una foto suya o leía su nombre, cosas que pasaban varias veces al día, entraba en la misma martirizante espiral. Primero recordaba su aire dulce e ingenuo, que despertaba su lado más protector. Al fin y al cabo, solo tenía veintitrés años, era muy joven. Después recordaba que había intuido que tenía poca experiencia en la cama, y casi volvía a sentir en las manos y los labios el tacto de su piel, su cuerpo y el suave vestido que llevaba esa noche. A partir de aquí se descontrolaba y solo podía pensar en corromper esa inocencia sexual, en poseerla de todas las maneras posibles, enloquecerla y llevarla a retorcerse, gritar y gemir hasta dejarla agotada y afónica.

Así que acababa cachondo, frustrado, sintiéndose como un depravado, viendo cómo la profesionalidad de la que siempre había hecho gala se le escapaba de las manos y deseando haber bailado con un elefante en vez de con Carol Boutella.

Cuando Gary le preguntó qué demonios le pasaba, su respuesta fue completamente sincera:

—Estoy hasta las narices de este caso. A ver si conseguimos cerrarlo pronto.

Gary lo observó. Su amigo y compañero de unidad le conocía mejor que nadie y no parecía del todo convencido con la respuesta que había recibido. Jake no le había contado su encuentro con la pequeña de los Boutella, claro. Si lo hiciera, tendría que aguantar sus burlas hasta que se jubilaran, algo por lo que no estaba dispuesto a pasar.

A pesar de sus razonables dudas, Gary no insistió.

—Ya falta poco —se limitó a decir. Después añadió—: En cualquier caso, esta noche iremos a Jimmy's. Necesitas echar un polvo.

Jimmy's era un concurrido local donde por las noches se podía tomar copas, bailar e incluso conversar en algunos rincones más tranquilos. También era un buen sitio donde encontrar hermosas mujeres con las que pasar una noche agradable. Jake y Gary lo habían usado varias veces como zona de pesca.

Sin embargo, lo último que le apetecía a Jake era salir a ligar, así que rechazó la idea con un gesto malhumorado.

—No me apetece. Ya iremos otro día.

Gary abrió tanto los ojos que podrían haberle saltado de las órbitas.

—¿Qué has dicho?

—Ya me has oído.

—Disculpa, ¿eres Jake Mulligan, treinta y un años, policía? ¿El soltero empedernido que nunca dice «no» a una noche de sexo desenfrenado?

La mención de una noche de sexo desenfrenado inundó el cerebro de Jake con una imagen de Carol Boutella, hundiéndolo de nuevo en una de esas torturadoras espirales de deseo y frustración.

—¿Qué te está pasando, Jake? —preguntó Gary dramáticamente, clavándole su incisiva mirada.

Lo último que quería Jake era darle explicaciones, así que cedió.

—Vale, iré. Pero no pienso estar de buen humor.

—Eso ya está mejor —contestó su amigo, satisfecho, pero sin dejar de observarle con suspicacia.

Cuando entraron en Jimmy's varias horas después, el ambiente ya estaba muy animado. Grupos de gente y parejas se sentaban alrededor de las mesas altas y bebían y charlaban entre risas y despreocupación. En la pequeña pista de baile, un grupo de universitarios se lo estaba pasando en grande.

Jake y Gary pidieron un *whisky* con hielo y una cerveza respectivamente y se sentaron en la última mesa libre. Mientras Gary se dedicaba a observar a su alrededor, buscando una posible presa, Jake concentró la mirada en su copa, preguntándose si, por una vez, el líquido ambarino le serviría para ahogar sus penas.

—Mira a quién tenemos aquí —dijo Gary.

Jake levantó la vista y vio que su amigo observaba con interés la pista de baile. Siguió su mirada, pensando que se trataría de Robinson o Patterson, que también solían frecuentar el local, pero lo que vio le cortó la respiración.

Era ella.

Carol Boutella.

Vestía una blusa que le dejaba al aire un hombro y parte de la espalda, y una falda que marcaba cada curva de su culo. Seguía el ritmo de la música con una cerveza en la mano, y los párpados cerrados y la manera de moverse evidenciaban que esa no era ni la primera ni la segunda, posiblemente tampoco la tercera, cerveza que se bebía. Bailaba de manera desinhibida, contoneando el trasero con tanta sensualidad que no solo llamó la atención de Jake, sino también la de varios tipos que bailaban a su alrededor. De hecho, uno de ellos no tardó en acercarse a ella y susurrarle algo en el oído. Los dos rieron, la cogió por la cintura y bailaron juntos, muy pegados.

Algo explotó en el interior de Jake, que tuvo que hacer grandes esfuerzos para no moverse. En esos momentos solo quería levantarse, estampar un puñetazo en la cara de todos los que estaban mirando el trasero de Carol y

patear al cabrón que la estaba manoseando. Y a ella primero la habría azotado por bailar de esa manera y después la habría arrastrado hacia el baño, donde habría cerrado bien la puerta, le habría arrancado la ropa y se la habría follado hasta que se corriera tan a gusto que juraría, a partir de entonces, bailar solo para él.

—Vaya cara de lobo hambriento se te ha puesto —dijo Gary, alucinado.

Jake se frotó los ojos en un intento desesperado por ahuyentar todos esos pensamientos de su cabeza. Nunca se había considerado posesivo, ni celoso ni dominante, y esa faceta suya que acababa de descubrir no le gustaba nada. ¿Qué coño le pasaba con Carol Boutella?

—No sé de qué me hablas —consiguió murmurar.

Gary ya le estaba dedicando otra vez esa mirada suspicaz.

—La conociste en la fiesta, ¿verdad? —preguntó.

—No.

—¿Te la has tirado?

—¿Qué tipo de policía te crees que soy? —respondió Jake, intentando parecer ofendido.

—Pero te mueres de ganas de follártela.

Jake se esforzó por mostrar su expresión más indiferente.

—No es mi tipo.

—Entonces si voy a bailotear con ella y me la llevo a casa no te importará lo más mínimo, ¿verdad? Tiene un buen polvo —dijo Gary, muy tranquilo—. En realidad puede ser una buena idea, seguro que mientras la tengo debajo corriéndose de placer grita mi nombre y me suelta información.

Ahora Jake quiso partir la cara, el cuello y las piernas a Gary, pero no movió ni un músculo de la cara ni del cuerpo.

—Tú mismo —dijo—. Pero creo que ya está servida.

Los dos volvieron a observar a Carol, que ahora estaba bailando con otro tipo. Entonces abrió los ojos y miró en su dirección. Esos ojos azules, que podría distinguir a quilómetros de distancia y que conseguían atravesarlo, se clavaron en él.

De entrada se sorprendió y se quedó paralizada. Pero enseguida adoptó una expresión de claro disgusto. Murmuró algo al tipo con el que había estado bailando y empezó a caminar hacia ellos con toda la seguridad que su embriaguez le permitía.

—¿Jake, qué me estás escondiendo? —dijo Gary, al que ya no le quedaba ninguna duda de que su amigo y Carol sí se conocían.

Carol llegó hasta ellos y depositó su cerveza encima de la mesa con un golpe brusco.

—Detective.

—Señorita Boutella —respondió Jake, esforzándose por transmitir toda la indiferencia y burla que le fue posible.

—Me parece injusto que tú sepas mi nombre y yo no conozca el tuyo —dijo.

Quería sonar altiva, pero a Jake le pareció que estaba encantadora.

—Jake. Un placer.

—¿Solo Jake? ¿Tus padres se avergonzaban de ti y no te dieron un apellido?

Ah, encantadoramente impertinente. El corazón de Jake dio un inesperado y desconcertante respingo de placer, pero consiguió ofrecer a Carol una media sonrisa divertida.

A su lado, Gary seguía la conversación con mucho interés.

—Mulligan.

—Jake Mulligan.

—El mismo. Para servirla, señorita Boutella.

La chica entrecerró los ojos.

—¿Me estás siguiendo, detective Jake Mulligan? —preguntó, sentándose en el taburete alto que quedaba vacío. Sonrió burlonamente—: ¿De verdad piensas que vas a conseguir información para tu caso viendo como bebo y bailo?

—Siento decepcionarte. Sé que es lo que te gustaría, pero mi amigo y yo solo hemos venido a tomar una copa. Somos clientes habituales —dijo Jake, esforzándose por no deslizar la mirada por el cuello y el hombro desnudo.

Ahora Carol miró a Gary.

—¿Tú también eres policía? —le preguntó con el descaro producido por el alcohol.

—Un placer conocerte —se limitó a contestar Gary.

—Veo que sí. Y dime, policía, cuando estuvisteis en la academia, ¿no os explicaron que intentar seducir a sujetos que están siendo investigados es una falta de ética que os sitúa al mismo nivel que los supuestos delincuentes?

—Supongo que sí, pero no me acuerdo. Seguramente me perdí esa clase —contestó Gary con una sonrisa traviesa.

—Ya, pues no fuiste el único —dijo Carol, clavando sus ojos furiosos en Jake.

Se aguantaron la mirada unos instantes que a Jake le parecieron eternos. Le costó Dios y ayuda mantener su supuesta impasibilidad y no apartar los ojos. Lo que más le apetecía era repasarla de arriba abajo.

Finalmente, Carol se levantó.

Cogió su cerveza y les dedicó una sonrisa de odio.

—Que os den.

Jake la observó regresar a la pista, donde susurró algo al oído del último tipo con el que había estado bailando y reemprendieron su baile. Estaban tan pegados que habrían podido fundirse, y encima el tipo empezó a besarle el cuello. No podía apartar los ojos de ellos.

La voz de Gary le hizo reaccionar.

—Vas a romper ese vaso.

Jake se dio cuenta de que estaba apretando su vaso con tanta fuerza que tenía los nudillos blancos. Aflojó la mano y concentró la mirada en el *whisky*, como si fuera lo más interesante que había visto en mucho tiempo, para evitar mirar a Gary. Pero sentía la mirada de su amigo encima, esperando una explicación.

—No sabía quién era —confesó finalmente Jake, torturado.

Gary resopló.

—Joder, Jake.

Él mantuvo la mirada fija en el *whisky*, deseando poder hundirse y ahogarse en él.

—Eres un campeón, tío.

Le pareció que Gary se estaba burlando de la situación y se molestó. Pero al mirarle se dio cuenta de que su amigo había sido sarcástico. Casi parecía enfadado.

—Nunca has querido meterte en una relación para que no te hicieran daño... —empezó a decir Gary.

—Ese no es el motivo —rebatía Jake.

Gary se rio sin humor.

—¿De verdad te crees tus palabras? Llevamos años trabajando juntos y te conozco mejor que tu propia madre. Dejé de tragarme eso de no querer preocupaciones sentimentales hace tiempo, chaval —dijo, cada vez más enfadado—. Y cuando al fin decides colgarte de una tía, ¿escoges a una que equivale a tener una pistola apuntándote al corazón?

Gary resopló, intentando calmarse. Cuando miró a Jake de nuevo, su expresión era de auténtica preocupación.

—Ve con mucho cuidado, por favor. Esa chica puede acabar contigo.

Jake asintió levemente. Lo sabía, vaya si lo sabía.

Y no se trataba solo de que pudiera hundir su carrera profesional.

Cuando esos ojos azules le habían mirado con tanto desprecio habían acabado un poco con él. Y cuando vio que Carol abandonaba el local bien agarrada a su ligue, en su pecho se abrió un negro abismo en el que podría caer y desaparecer.

*

Había sido un error preguntarle su nombre.

Era mejor cuando solo era un desconocido, porque tenía la esperanza de que a la larga se convirtiera en un fantasma del pasado que acabaría cayendo en el olvido. Pero ahora sabía su maldito nombre, y todo era mucho peor.

Jake.

Jake Mulligan.

Si el policía no hubiera existido, las tres últimas semanas habría conseguido relegar a su familia a un rincón de su mente gracias a las noches llenas de alcohol y los días llenos de largas horas de sueño. Desgraciadamente, a él no conseguía quitárselo de la cabeza.

La había humillado y sus pensamientos hacia él deberían estar llenos de odio. Sin embargo, el recuerdo de sus manos fuertes, el olor de su piel y sus besos cálidos regresaba a ella una y otra vez. Más de una noche había soñado con él, recreando su encuentro en la penumbra del jardín de los O'Sullivan, las caricias, los besos, la excitación y la agradable sensación de pérdida de control... hasta que él la miraba con su expresión desdeñosa y ella despertaba con un sobresalto, empapada de sudor, excitada y doblemente humillada. Se odiaba profundamente a sí misma por no ser capaz que controlar su cuerpo y su mente.

Después de pensar en él no tardaba en pensar en su familia, y acababa haciéndose un ovillo en su cama improvisada, el sofá, llorando mientras se preguntaba qué había sido de su vida tranquila, donde su mayor preocupación era sacar buenas notas en el máster o si le sobraban algunos quilos.

Al menos, en cuanto la vida nocturna de la ciudad despertaba, volvía a olvidarse de todo gracias al alcohol y la música a todo volumen.

Pero esa noche le había descubierto en Jimmy's, observándola con una fiereza en la mirada que solo podía ser fruto del desprecio que sentía por ella.

Al principio estuvo a punto de salir corriendo para echarse a llorar en un rincón, pero el orgullo pudo más que ella. No pensaba demostrarle a ese

cabrón que estaba afectada por lo sucedido. Se encaró con él y, mientras hablaban, se encontró pensando en que no tenía tan buen aspecto como hacía tres semanas. Y ese detalle, maldita sea, lo hacía más deseable, porque le hacía más humano y menos cabrón. En vez de alegrarse de que el tío estuviera pasando por una mala temporada, a ella le apetecía cuidarle.

Era sencillamente estupendo.

Se alejó de su mesa furiosa consigo misma y con él por existir, y pidió a Tom que se hiciera pasar por su ligue de esa noche. Pensaba demostrar a Mulligan que lo sucedido en la gala benéfica era más que agua pasada. Tom, discreto como siempre, cumplió su papel a la perfección sin pedir explicaciones.

Suerte que los amigos de Tom sabían que Carol estaba pasando por una mala temporada y que eran tan discretos como él, y no hicieron ni una sola pregunta cuando empezaron a actuar como una pareja en celo. Ni siquiera Frank, el novio de Tom, había dicho nada.

Mientras salía de Jimmy's, bien agarrada a Tom, sentía la mirada de Mulligan encima. No se permitió mirarle, porque sabía que se encontraría con su expresión indiferente y burlona, y no podría soportarlo. Le había costado mucho aguantar el tipo mientras hablaban.

Dos minutos después de que llegaran a casa, Frank llamó al timbre y subió.

—¿Quién era ese tipo con el que has hablado y al que has intentado poner celoso? Desembucha —dijo, dedicándole una mirada curiosa y divertida.

Tom también la observaba con curiosidad.

A Carol no le apetecía hablar del tema, pero se sintió culpable. Llevaba tres semanas en casa de su amigo y apenas le había contado nada de lo sucedido. Solo le había dicho que se había peleado con sus padres. Él no la había presionado para que se explayara más, pero se merecía alguna explicación. Y después de haberse enrollado con su novio, Frank también se la merecía.

Cogió aire como si intentara coger fuerzas.

—La policía está investigando a mi familia por unos... asuntos.

—¿Qué?

Tom y Frank la miraron consternados y preocupados. Carol definitivamente no quería entrar en detalles sobre el tema, así que hizo un gesto con la mano para quitarle importancia. Ninguno de los dos pareció demasiado convencido, pero no abrieron la boca.

—Hace tres semanas, en una fiesta, ese tipo se me acercó y bueno... —la voz se le rompió al recordar la humillación—. Es uno de los policías que nos está investigando.

—Menudo bastardo —dijo Frank, indignado.

—Si quieres nos juntamos unos cuantos para partirle la cara —dijo Tom.

Carol le miró con los ojos a punto de salirse de las órbitas.

Tom, Frank y los amigos con los que habían estado saliendo esos días coincidían en un par de cosas: todos eran *gays* y todos adoraban cultivar sus músculos. Fuertes estaban, pero en su cuerpo no había ni un gramo de violencia.

—Y quizá también deberíamos ir a visitar a tus padres. Entre todos te tienen hecha polvo —añadió su amigo.

Carol no pudo evitar reír al darse cuenta de que Tom había estado bromeando. Sonrió, orgulloso de haberle arrancado al menos una pequeña carcajada, y le dio un beso en la frente.

—A partir de hoy Jimmy's queda vetado. No te preocupes, no volveremos a coincidir con él.

Carol le dedicó una sonrisa de agradecimiento.

—Gracias por todo, chicos —dijo sinceramente.

—Ni lo menciones.

Unos minutos después, Tom y Frank se encerraron en la habitación. Carol se puso el pijama y se dejó caer en el sofá.

Y se echó a llorar.

Quizá había conseguido convencer al detective de que solo estaba enfadada por lo sucedido, pero había cometido el error de preguntarle su nombre.

Jake.

Jake Mulligan.

*

La mañana siguiente, Jake juró que no iba a beber *whisky* nunca más. Era un mal amigo, un auténtico traidor. Se había entregado a él con devoción con la esperanza de que le ayudara a caer en un sueño demasiado negro y profundo como para recordar la imagen de Carol abandonando Jimmy's acompañada del mamonazo que la había besado y que no apartaba la mano de su trasero. Pero cada vez que conseguía cerrar los ojos, la veía debajo del tipo, desnuda, riendo, gimiendo.

Pasó muy mala noche.

Cuando llegó a la comisaría, todavía estaba borracho. Ni se quitó las gafas de sol y era vagamente consciente de que debía de tener mal aspecto, hecho que quedó confirmado con la mirada que Gary le dedicó.

—Mala noche, ¿eh? —dijo, y le sirvió una enorme taza de café—. Tienes que despejarte, porque tengo malas noticias.

—¿Qué pasa? —preguntó Jake, mirándole desganado a través de los cristales de las gafas de sol.

—El jefe está que se sube por las paredes porque alguien está pasando datos de la investigación a los Boutella —susurró Gary.

—¿Tenemos un topo? —preguntó Jake, interesado pero incrédulo.

Entonces se dio cuenta de la expresión con la que Gary le estaba observando. Estaba considerando la posibilidad de que el topo fuera él.

Jake se quitó las gafas, cabreado.

—¿Vas en serio?

—No —dijo Gary, muy tranquilo—. Pero estás irreconocible, y no lo digo solo por tu aspecto de trotamundos. Necesitaba asegurarme.

Jake se forzó a beber un poco de café. El líquido caliente bajando por su garganta le ayudó a serenarse un poco. Quizá iba siendo hora de que se centrara. Dejar de pensar en la pequeña de los Boutella («una más que probable delincuente que acabará en la cárcel», se recordó a sí mismo) y volver a ser el policía de siempre. Vale, sí, podía hacerlo.

—¿Alguna idea de quién puede ser?

Gary se encogió de hombros.

—Hay demasiados departamentos implicados. Puede ser uno de los nuestros o un federal, vete a saber. Las órdenes son tener los ojos abiertos.

Jake asintió.

—Tengo otra mala noticia —dijo Gary.

—Dispara.

—Un confidente ha mencionado que podría haber represalias contra los Boutella por la muerte de Kengsinton.

Kengsinton era el traficante de drogas asesinado y el hijo de un jefazo británico. Todo indicaba que había sido eliminado por orden de Brandon Boutella por intentar robarles parte del negocio en la ciudad.

—¿Qué tipo de represalias? —preguntó Jake.

—¿Cómo que qué tipo de represalias? Quieren torturarlos haciéndoles cosquillas en los pies con una pluma de ganso blanco, si te parece —dijo Gary, exasperado—. Joder, te prohíbo que vuelvas a beber *whisky* en un año.

Jake se concentró en su taza de café. Se le había hecho un nudo en el estómago, imaginando qué diría Gary a continuación.

—Los padres y los hijos mayores están bastante controlados. Dadas las circunstancias, no están saliendo mucho. Van de casa a la oficina y poco más —dijo Gary—. Pero la pequeña va por libre y parece la nueva Paris Hilton. La están vigilando, pero...

—Si hay un topo, es la más fácil de alcanzar —acabó Jake.

Se despidió en silencio de su buena intención de dejar de pensar en Carol Boutella.

Aunque, en realidad, esta nueva situación no cambiaba nada, ¿no? Debía pensar en ella como una simple sospechosa, y su obligación como policía era protegerla si creía que su vida estaba en peligro.

Punto.

—He hablado con Robinson y Pattinson. Nos turnaremos los cuatro para hacer vigilancia extra.

Robinson y Pattinson eran de fiar. Jake asintió.

—Gracias —dijo débilmente.

Después fue al baño, donde vomitó el café, el *whisky* y la poca cena de la noche anterior. Mientras se limpiaba, se dijo a sí mismo que era una reacción por haber bebido demasiado. Su estómago no lo había aguantado. Era eso, solo eso.

Ahora que había echado parte del veneno que tenía en el cuerpo, se sentía mejor y le parecía más fácil centrarse de nuevo en su trabajo. No podía ser tan complicado.

Bueno, pues lo fue.

Durante los días siguientes, Gary, Robinson, Pattinson y él se turnaron para vigilar a Carol Boutella. Jake se había ofrecido a hacer el turno de noche para que sus compañeros pudieran descansar más. Esas eran las únicas horas que conseguía estar tranquilo. El resto del día, solo podía pensar en el peligro que corría Carol y se frustraba por no poder estar a su lado las veinticuatro horas del día.

Durante cuatro noches, la siguió a ella y a sus amigos al Club 55, de donde no salían hasta altas horas de la madrugada. Cuando descubrió que estaba viviendo en casa del tipo con el que había salido de Jimmy's, Jake procuró tomárselo con filosofía. Seguramente ya salían antes de la fiesta donde la conoció, así que en realidad no tenía motivos para amargarse. Para ella, él solo había sido un pequeño entretenimiento que le había salido rana.

Era lo que había. Aunque le habría gustado tener una botella de *whisky* en el coche para echar un buen trago.

La cuarta noche, Jake presenció el cambio de turno de los agentes que vigilaban a Carol. Un coche llegó, aparcó delante del club, y otro se fue. Sin embargo, esta vez no consiguió ver a los hombres que iban dentro. Había otros coches aparcados delante suyo que le impedían una vista clara.

Carol y sus amigos entraron en el Club 55 alrededor de la una de la madrugada.

A las dos, Jake vio a un tipo que conocía. Al principio no lo ubicó. ¿Dónde lo había visto antes?

Entonces se acordó y se tensó: era de la banda de Kengsinton, uno de sus matones. Iba directo al club, aunque todavía había posibilidades de que pasara de largo. Jake le observó atentamente. Cuando pasó por el lado del coche de los otros agentes, los miró fugazmente. Y solo un ojo observador como el de Jake se habría fijado en el levísimo gesto de saludo que hizo con la cabeza.

—Mierda.

El tipo entró en el club.

Jake salió precipitadamente del coche. Quería ir directo hacia la puerta del local, pero entonces se arriesgaba a que los otros agentes lo vieran y reconocieran. Vio que se acercaba un grupo de universitarios, charlando alegremente. Caminó hacia ellos, en dirección opuesta a la puerta, pero al llegar a la altura del grupo se fundió entre ellos y cambió el sentido de la marcha. Afortunado él, el grupo entró en el club, por lo que estaba seguro de que los otros agentes no le habrían visto.

Nunca había estado en el Club 55. Angustiado, descubrió que era bastante más grande de lo que había imaginado y estaba repleto de gente. Le iba a ser imposible encontrar a Carol Boutella entre toda esa multitud.

3

Carol no comprendía como Tom, Frank y sus amigos aguantaban ese ritmo. Ya sabía que siempre habían sido amantes de la vida nocturna, pero aún así la sorprendía. Ella empezaba a estar agotada, pero no quería parar. Parar significaría pensar, y todavía no estaba preparada.

Así que, una noche más, pidió una cerveza y se la bebió mientras se entregaba al ritmo de la música entre los centenares de personas que ocupaban el local. Cerró los ojos, dejó que la música fluyera por su mente y su cuerpo y bailó.

Cuando se le acabó la cerveza fue a por otra, y entonces apareció ese tipo. Se le puso delante, le sonrió y le impidió el paso. Cuando intentó esquivarlo, la cogió del brazo y tiró de ella con brusquedad.

—Acompáñame al baño —le dijo al oído.

Carol casi se rio e intentó liberarse, pero el hombre hundió los dedos en la piel con tanta fuerza que gritó de dolor. Y entonces lo notó. Algo duro, frío y afilado contra la cintura. Miró hacia abajo y descubrió que el tipo tenía una navaja. Con solo moverla un poco podría clavársela en el estómago.

Carol se quedó inmóvil, horrorizada y bloqueada. La sala estaba oscura y la gente demasiado pendiente de bailar o de sus acompañantes como para que nadie viera la situación. Y se había alejado de Tom y los demás en dirección a la barra. Estaban lejos.

El hombre le rodeó la espalda con el brazo, sujetándola con fuerza, y la obligó a caminar entre la gente.

Cuando vio que se acercaban al baño, algo se activó en la cabeza de Carol. No podía permitir que ese tipo se encerrara allí con ella. Intentó retroceder y soltarse del abrazo de acero del hombre, pero este la empujó con una facilidad pasmosa hacia dentro.

Carol cayó de rodillas al suelo. Se levantó lo más rápidamente que pudo, pero el hombre ya había tenido tiempo de cerrar el pestillo de la puerta y lo

tenía encima. La agarró por la garganta y la estampó contra la pared. Carol gritó e intentó apartarlo, furiosa y asustada a la vez, pero comparado con él era débil. El hombre le atrapó las manos, se las puso detrás y se apretó contra ella, impidiéndole moverlas. Ella intentó resistirse hasta que el hombre le apoyó la afilada navaja sobre el cuello. Se quedó inmóvil.

De repente, sintió ganas de llorar. ¿Qué estaba pasando? No se atrevía a pensar en qué quería hacerle ese tipo, pero sabía que no iba a acabar bien para ella.

Sin apartar la navaja de su garganta, el hombre usó la otra mano para buscar algo en su bolsillo. Un momento después, llevó a la altura de los ojos de Carol una pequeña botella.

—Bébetelo —ordenó, abriendo la botellita.

—No —dijo Carol.

Sabía que beber eso iba a ser su perdición.

Sintió un pinchazo en la garganta. El hombre le había hecho un pequeño corte para asustarla, pero Carol cerró bien la boca y negó con la cabeza. No pensaba bebérselo.

Los ojos del hombre brillaron con furia.

—Bebe —dijo en un tono amenazante.

Carol volvió a negar. El hombre hundió un poco más la navaja en su piel. Esta vez dolió mucho y no pudo ahogar un grito. El hombre aprovechó para meterle un dedo en la boca y forzarla a abrirla, con la intención de volcar dentro el contenido de la botella.

Carol se resistió con desesperación. Le brotaron lágrimas de los ojos por el esfuerzo. Le pareció que un líquido caliente se derramaba por su cuello y el pecho. Era extraño, pero lo ignoró. En esos momentos lo importante era evitar beber el contenido de esa botella.

Casi no se percató del golpe fuerte y el sonido de la madera que se astilla.

El hombre, harto, hizo un gesto con la navaja y Carol sintió un fuerte pinchazo en la base del cuello y la parte alta de la espalda. Sabía que no debía, pero dolió tanto que gritó, sabiendo que estaba firmando su propia condena, porque ahora el hombre ya podía colocar la botella entre los labios y obligarla a tragar el líquido.

Entonces el hombre y la botella salieron despedidos hacia atrás.

Carol se quedó pegada a la pared, incapaz de reaccionar. Tardó unos instantes en comprender que alguien había reventado la puerta del baño y había apartado al hombre de ella. Una figura alta y delgada, pero fuerte, forcejeaba con él en el suelo. El recién llegado jugaba con ventaja y pudo

arrebatarse la navaja. Lo agarró por el cabello, lo levantó un poco y le estampó con rabia la cabeza contra la pared, dos veces. El hombre cayó al suelo, inconsciente.

El recién llegado se giró hacia ella.

Jake Mulligan.

Carol estaba demasiado asustada para saber cómo sentirse. Todavía le costaba respirar. El detective se abalanzó sobre ella y Carol levantó las manos para protegerse, pero él se las apartó con suavidad.

—Déjame ver la garganta —dijo, obligándola a levantar un poco la cabeza.

A pesar de su aturdimiento y de la expresión concentrada y profesional de Mulligan, a Carol le pareció notar preocupación en sus ojos y su voz. Se mojó una mano con un poco de agua y se la pasó por donde el hombre la había herido, observando la zona con mucha atención. Carol soltó un pequeño gemido, porque tenía la zona dolorida, porque el agua fresca la hacía sentir mejor y porque el tacto de la mano del detective le resultó demasiado agradable. Él lo interpretó como una simple queja por el dolor.

—Lo siento. Necesito ver la herida —murmuró.

Se mojó la mano varias veces más y volvió a pasarla otras tantas, con delicadeza, por la garganta de Carol. Ella seguía apoyada contra la pared, temblando, conmocionada por lo sucedido.

—No es grave. Es aparatoso, pero solo es un rasguño —dijo Mulligan al fin con un suspiro de alivio. Después repitió el proceso con la herida que empezaba en el cuello y bajaba un poco por la espalda—. Esta también.

Carol tuvo el valor de mirar hacia abajo y descubrió que tenía el pecho y la blusa sucios de sangre. Se le escapó un gemido de angustia. Nunca había soportado bien la visión de su propia sangre.

—Tenemos que salir de aquí. Iremos por la salida de emergencia para que nadie nos vea —dijo Mulligan, quitándose la chaqueta con rapidez—. Póntela, no puedes ir por la calle manchada de sangre.

Carol se limitó a asentir y obedecer. En esos momentos era incapaz de valorar si era una buena idea irse con el detective, pero sí era consciente de que la había salvado del otro hombre. Además, aunque él tenía prisa y ella estaba tan aturdida que se movía a la velocidad de un caracol, la ayudó con paciencia a ponerse la chaqueta. Se la abrochó cuando vio que a Carol le temblaban tanto las manos que ni siquiera acertaba a sujetar la cremallera, e incluso le secó con suavidad las lágrimas que le cubrían las mejillas. Sentaba demasiado bien que la cuidaran así.

Sí, Jake Mulligan la despreciaba y la estaba salvando para tener el placer de verla entre rejas, pero se iría con él.

Carol se fijó en el hombre que yacía inconsciente en el suelo.

—¿Por qué...? —empezó a preguntar, pero se le hizo un nudo en la garganta y no pudo acabar la frase.

Mulligan recogió la botellita, cuyo contenido se había desparramado por el suelo. La olió con cuidado y volvió a tirarla al suelo.

—Seguramente quería drogarte para que te fueras con él dócilmente —explicó.

Carol se limitó a asentir, incapaz de preguntarse más allá de esa explicación.

—¿Llevas tu teléfono encima? —preguntó el detective.

Pero Carol ya no respondió. Era vagamente consciente de la pregunta que acababa de formularle, pero no conseguía acabar de comprenderla. Era como si su cerebro no fuera capaz de interpretar los estímulos que recibía.

Mulligan no esperó. Levantó un poco la chaqueta y palpó los bolsillos de sus tejanos con delicadeza. Carol pensó que lo normal habría sido que diera un respingo, incluso que lo apartara, pero se quedó quieta, disfrutando de esas casi caricias. No entendía qué le pasaba. ¿Por qué no podía reaccionar?

El detective encontró el teléfono en su bolsillo lateral. Lo sacó, lo apagó y lo tiró a la basura.

—Si nos lo llevamos podrían localizarte —explicó—. Vámonos.

Le pasó el brazo por la espalda, la cogió por la cintura y la empujó para que caminara. Salieron del baño y se movieron por el local como si fueran una pareja más, directos a la salida de emergencia.

El detective abrió la puerta y fueron a parar a un callejón lateral. El frescor de la noche los recibió y empezaron a caminar, alejándose de la calle principal. Carol no era consciente de por dónde pasaban ni se preguntó a dónde iban. Solo podía pensar en lo bien que olía la chaqueta que llevaba puesta y lo agradable que era que Jake Mulligan la cogiera así.

*

Jake tuvo suerte de haber visto al hombre moviéndose entre la multitud, con Carol a su lado, a punto de entrar en el baño. Corrió entre la gente, pero había tanta que se demoró. Sintió una presión en el pecho que le impidió respirar con normalidad. Estaba tardando demasiado. A esas alturas, el hombre ya había tenido tiempo de cortar o romper el cuello a Carol.

La puerta y el marco de la puerta eran viejos, así que no dudó en propinarle una patada que reventó la madera. Entró en el baño intentando prepararse para la peor visión. Casi se alegró cuando echó un primer vistazo a la situación, hasta que vio la sangre en el cuello y el pecho de Carol. Y entonces ella gritó de dolor.

Rabioso, dejó al hombre fuera de combate y se apresuró a asegurarse de que no le había cortado la yugular. Cuando comprobó que ambos cortes solo eran superficiales sintió tal alivio que la habría abrazado, pero ella seguramente no se lo habría tomado bien, así que se contuvo. También tuvo que contenerse mientras le ponía y abrochaba su abrigo, y mientras le secaba las lágrimas. La mezcla de sus rasgos ingenuos con el desamparo que transmitía hacían que quisiera achucharla y decirle que todo iba a salir bien.

No hizo nada de eso, claro.

Apartó esos malditos pensamientos de su cabeza y se la llevó de ahí. Creía que ella se resistiría a irse sola con él, pero todavía estaba conmocionada y no discutió.

Una vez en la calle, sacó el móvil y llamó a Gary. A pesar de haberlo despertado, reaccionó con una rapidez sorprendente. Lo puso al corriente de lo sucedido en menos de diez segundos.

—Vale, voy a empezar a hacer llamadas para averiguar quién estaba de guardia —dijo—. Pero mientras no estemos seguros de tener a los topos es mejor que la escondas, Jake. No podemos arriesgarnos a que vuelvan a localizarla.

—Iremos a un hotel. Tengo que curarle una herida, y le irá bien descansar —dijo Jake.

Gary tardó un par de segundos en responder.

—De acuerdo. Ten cuidado, ¿vale?

—Descuida.

Jake cortó la llamada, sin ganas de pensar en el significado de la advertencia de Gary.

Observó a Carol de reojo. No se había quejado de que la cogiera como si fueran pareja y caminaba mirando al frente. Parecía absorta en sus propios pensamientos. Tenía que haber escuchado su conversación y su idea de ir a un hotel, pero no había protestado. Definitivamente, estaba muy conmocionada. Sin embargo, en esos momentos casi se alegró, porque le hacía más fácil el trabajo de protegerla.

Diez minutos después, llegaron a un hotel que Jake ya conocía. Era digno y los trabajadores discretos. Había ido allí más de una vez con diferentes

acompañantes, así que si ahora se presentaba con otra mujer y sin equipaje no llamaría la atención. Pidió una habitación doble y un botiquín, poniendo como excusa que su novia se había caído y se había hecho un pequeño rasguño en la rodilla.

Cuando entraron en la habitación, Carol se limitó a quedarse de pie cerca de la entrada mientras observaba la estancia.

Jake empezó a preguntarse si no habría llegado a tragar parte del contenido de la botellita. Se acercó a ella y le desabrochó el abrigo mientras la estudiaba. Sus pupilas estaban bien y no parecía drogada. Solo seguía conmocionada.

—¿Has llegado a beber algo de lo que había en esa botella? —preguntó por si acaso.

Carol frunció el ceño y negó muy levemente con la cabeza.

—Pues tenemos que hacerte reaccionar —murmuró él.

No le gustaba verla así. Además, necesitaba que comprendiera qué estaba haciendo allí con él. Si de repente salía de su letargo para descubrir que estaba en la habitación de un hotel con el detective que tanto odiaba, seguro que organizaría un buen escándalo y alguien llamaría a la policía.

Cogió una silla, la puso detrás de la chica y la empujó para que se sentara. Se agachó delante suyo, le desabrochó los *sneakers* y se los quitó. Solo con hacer eso ya sintió como la verga le crecía. Carraspeó, incómodo, esperando que ella no se diera cuenta. Si era eso lo que la sacaba de ese aturdimiento también estaban listos.

En cuanto estuvo descalza la condujo hacia el baño y la hizo entrar en la ducha. Carol lo obedeció sin rechistar, tan solo mostraba una leve expresión de confusión en el rostro.

Si se hubiera tratado de cualquier otra persona, Jake no habría tenido reparos en quitarle la ropa. Pero tratándose de ella, le pareció más sensato no hacerlo. Solo con pensar en ello la entrepierna le palpitaba dolorosamente.

Así que, lo sentía mucho, pero Carol Boutella iba a ducharse vestida.

Jake accionó el grifo de agua fría y un chorro de agua helada impactó sin piedad contra ella. La chica gritó, sorprendida.

Al fin.

Miró hacia abajo y a su alrededor, intentando comprender qué pasaba. Le costaba respirar por culpa del agua fría. Entonces descubrió a Jake, y su expresión sorprendida se tornó en enfado. Lo fulminó con sus ojos azules.

—¡¿Qué haces?! —preguntó, furiosa.

Jake no pudo evitar sonreír.

—Eso ya me gusta más.

—¿Qué?!

—He pensado que te sentaría bien una ducha. Cuando acabes, te curaré las heridas —dijo, y salió del baño cerrando la puerta tras él, gravándose con fuego en el cerebro que era una sospechosa, que tenía novio y que no debería pensar en cómo la blusa mojada se le había pegado al cuerpo ni en cómo le gustaría ver el agua deslizándose por su piel desnuda.

*

Carol se apresuró a accionar el grifo del agua caliente, que recibió como una bendición.

Cuando consiguió dejar de tiritar, se quitó la ropa mojada y la dejó en un rincón. Se puso bajo el chorro de agua templada y cerró los ojos, intentando relajarse y disfrutar del agradable tacto del agua. Las lágrimas amenazaron con empezar a brotar como una fuente, pero ahora no podía llorar. Todavía no. Si empezaba a llorar por lo que le acababa de suceder, las últimas cuatro semanas de su vida vendrían detrás, y no tenía fuerzas para hacerles frente. Mucho menos si uno de sus problemas estaba al otro lado de la puerta, esperándola.

Aunque no había sido capaz de reaccionar ni pensar con claridad, Carol recordaba perfectamente todo lo sucedido. Mulligan la había salvado y había sido amable, pero no se lo había contado todo. ¿Por qué quería secuestrarla el tipo de la discoteca? ¿Y por qué se habían refugiado en ese hotel en vez de ir a comisaría?

El amargo recuerdo del policía acercándose a ella para intentar sonsacarle información sobre su familia regresó con fuerza, y Carol empezó a desconfiar de nuevo. ¿Y si se trataba de otro montaje?

La rabia y el enfado la ayudaron a luchar contra las lágrimas, así que se centró en ellos. Tenía que averiguar qué estaba pasando.

Acabó de ducharse, se secó con una toalla y se cubrió con un albornoz que ató con un doble nudo. No quería arriesgarse a que se le abriera accidentalmente. Procuró limpiar toda la sangre de su blusa, escurrió la ropa empapada como pudo, cogió aire para darse fuerzas y salió del baño.

Mulligan estaba sentado, concentrado en su teléfono. Se había quitado la camisa, que descansaba en el respaldo de la silla que él ocupaba. Tenía una manga empapada de agua. Seguramente se la había mojado cuando la había metido en la ducha.

Muy a su pesar, Carol se encontró admirando los músculos de sus brazos, los pectorales y los abdominales. Al ser alto y delgado, cuando llevaba ropa podía parecer un poco delgaducho, pero no lo era en absoluto. «Vale, ahora recuerda que quiere meterte en la cárcel», se dijo.

—¿Estás mejor? —preguntó él, sin apartar los ojos de su teléfono.

Carol se limitó a emitir un gruñido de asentimiento y repartió sus prendas de ropa por el respaldo de las sillas disponibles, el sofá e incluso el mango de la ventana. Tardarían una eternidad en secarse.

—Vamos a curar esas heridas —dijo él, dejando el teléfono a un lado y señalando la cama—. Siéntate.

—Puedo hacerlo sola —dijo Carol.

Era mentira, claro. Había podido observar la herida de la garganta en el espejo, pero la de la base del cuello, como bajaba hacia la espalda, había sido imposible.

Mulligan se la quedó mirando, hasta que sonrió.

—¿Estás intentando decirme que tienes ojos en la espalda? Soy muy respetuoso con el físico de los demás, pero debo admitir que eso me daría muy mal rollo.

En otras circunstancias Carol habría sonreído, pero en ese momento se limitó a bufar para que quedara claro que no estaba nada contenta con la situación. Se dejó caer sobre la cama con desgana, donde ya estaba preparado el botiquín.

Mulligan se sentó delante suyo. Con una mano le hizo levantar la barbilla y con la otra abrió un poco el cuello del albornoz para poder ver bien las heridas. Carol se esforzó por ignorar el escalofrío que la recorrió al sentir sus dedos sobre la piel y fijó la vista en la pared que tenía delante. No pensaba mirar al policía. Estaba demasiado cerca.

—Han dejado de sangrar, pero siguen abiertas. Aprovecharé que en el botiquín hay puntos adhesivos. Te los pondré por si acaso y taparemos las heridas —dijo, como si fuera un enfermero que visita a otro de sus muchos pacientes.

Carol intentó no pestañear cuando le aplicó yodo con una gasa, pero se estremeció un poco involuntariamente.

—¿Duele?

Carol negó con la cabeza y no pudo evitar echarle una ojeada rápida. Vale, sí, estaba demasiado bueno y estaba demasiado cerca.

—¿Qué hacemos aquí? —preguntó para centrarse en los temas realmente importantes.

—Creemos que la banda de Kensington quería secuestrarte...

—¿Quién o qué es Kensington?

Mulligan se quedó un momento quieto y la observó.

—¿No sabes quién es Kensington?

—No.

El detective la observó unos instantes más. Parecía que no sabía si creerla o no. Cuando volvió a hablar, pretendió estar muy concentrado aplicándole los puntos, pero Carol notó que estaba alerta, muy atento a su reacción.

—Kensington era un traficante de drogas que apareció muerto hace unas semanas. Creemos que quieren vengarse contra tu familia, y ahora mismo tú eres la más fácil de alcanzar —explicó.

Carol asintió levemente. Esa explicación completaba una parte de la información que sus padres habían empezado a transmitirle. Mulligan procedió a cubrirle las heridas con gasas autoadhesivas, con mucho cuidado de no apretar demasiado para no hacerle daño.

—¿Y por qué estamos aquí y no en comisaría? ¿No estaría más segura allí?

—No.

Mulligan dio su labor por concluida y se concentró en recoger el botiquín.

—¿Por qué? —insistió Carol.

—Digamos que en comisaría hay que resolver algunos asuntos. Por ahora es mejor que nadie más sepa dónde estás.

Carol se levantó y observó a Mulligan. Él evitaba mirarla deliberadamente.

—¿Por qué debería creerte?

—¿Lo que ha pasado en el club no es motivo suficiente?

—¿Cómo sé que esto no es un montaje?

Mulligan rio, burlón, y ahora sí que la miró.

—¿Un montaje? ¿Para qué?

—Tú lo has dicho. Soy la más fácil de alcanzar. No solo por los tipos esos, también por la policía —dijo Carol.

—¿Crees que hemos organizado este berenjenal y te hemos herido para conseguir información?

Carol se cruzó de brazos sin dejar de mirarle, dejando claro que sí, eso era lo que pensaba.

—Sé que te crees muy importante, pero siento decirte que has visto muchas películas. En la vida real las cosas no funcionan así.

Ahora la que se rio fue Carol.

—¿Ah, no?

—No.

—¿Entonces por qué te colaste en la fiesta y viniste a hablar conmigo? — espetó Carol, cada vez más tensa.

—Creo que hablar es lo que menos hicimos —respondió Mulligan con su sonrisa traviesa.

Carol enrojeció hasta la punta de los dedos de los pies.

—Me voy —dijo, y caminó hacia la silla con la intención de empezar a recoger su ropa.

Mulligan llegó a su lado con sorprendente rapidez y le arrebató los pantalones de las manos.

—No vas a ir a ninguna parte —dijo, en tono amenazante.

—Claro que sí —dijo Carol, intentado recuperar los pantalones, pero él los apartó.

Le agarró el brazo y la atrajo hacia él para obligarla a mirarle a la cara.

—¿Todavía no has comprendido que estoy intentando protegerte? —dijo.

—Pues no, la verdad es que no —dijo Carol. Dio un tirón y consiguió que la soltara. Se alejó de él—. Por lo que yo sé, esto podría ser un montaje tan cutre como el de la fiesta.

La cara de cabreo de Mulligan empezaba a ser histórica.

—Yo... —empezó a decir, pero Carol no estaba dispuesta a escucharlo.

—No me interesa nada de lo que tengas que decir —le interrumpió—. Te agradecería que me dejaras coger mi ropa e irme. Ya sé que no es una cuestión que te preocupe, pero si me pasa algo no tendrás que sentirte culpable, de verdad. Es mi decisión y aceptaré toda la responsabilidad.

Carol se dirigió hacia las sillas de nuevo, pero Mulligan se interpuso en su camino, acercándose a ella y mirándola con expresión amenazadora. Carol retrocedió, maldiciéndose a sí misma por esa muestra de debilidad, pero no quería tener al detective demasiado cerca. No lo comprendía, pero cada vez que la tocaba o la rozaba, la piel le quemaba y le costaba un esfuerzo sobrehumano volver a centrarse.

Para su horror, Mulligan siguió acercándose a ella, por lo que tuvo que seguir retrocediendo.

—Yo no... —empezó a decir el detective otra vez.

—Deberías contarle tus rollos a alguien que quiera escucharte —volvió a interrumpir Carol, que chocó contra la pared.

Antes de que Mulligan llegara hasta ella se apartó con la intención de dirigirse a la otra punta de la habitación, pero el detective se interpuso en su

camino y se vio obligada a retroceder de nuevo hacia la pared, hasta que chocó con ella. Mulligan ya estaba ante ella, mirándola furioso.

Carol intentó escabullirse por un lado, pero Mulligan apoyó una mano en la pared, impidiéndole el paso. Intentó escapar por el otro lado, pero el detective apoyó la otra mano, atrapándola entre sus brazos. Carol se escurrió por debajo de la pared con la intención de escabullirse por debajo, pero entonces él la agarró por las muñecas, la empujó contra la pared y le sujetó los brazos a la altura de su cabeza, inmovilizándola. Acercó mucho su rostro al suyo.

Carol jadeó y se maldijo. Esa situación, lejos de asustarla, como le pasaría a cualquier persona sensata, la estaba excitando. Quizá el tipo de la discoteca sí había conseguido llevarse una parte de ella: su cerebro.

—Suéltame —susurró.

—Escúchame bien. Yo no hago esas cosas —dijo Mulligan con su tono amenazante, marcando bien cada palabra—. Cuando hablé contigo en la fiesta y en el jardín no sabía quién eras. Y no pienso dejar que te vayas porque, aunque no te lo creas, me preocupo por ti. Lo último que quiero es que te hagan daño, Carol.

Carol. La había llamado Carol. Como si fueran amigos o viejos conocidos que no tienen un muro invisible e insalvable entre ellos.

—Estoy seguro de que a tu novio le parecerá bien que tomemos precauciones para protegerte —añadió Mulligan, casi como si le costara decirlo.

Carol lo observó, consciente de su respiración agitada a pesar de no haber hecho ningún esfuerzo. No quería creerle, sabía que no debía creerle porque él conseguía engañarla. Pero miraba sus ojos grandes y oscuros y leía lo mismo que él decía, y le parecía ver sincera preocupación y el atisbo de un alma torturada. Y lo deseaba tanto... Quería volver a sentir sus labios, sus manos recorriéndole la piel... y solo el pensamiento de sentirlo dentro, formando parte de ella, hacía que se le cortara la respiración.

«Pero quiere meterte en la cárcel», se dijo en un intento de no perder la razón.

«También te desea», le dijo la voz del fondo de su cerebro, esa a la que nunca debería escuchar.

Era cierto. Llevaban demasiado rato en esa posición, mirándose en silencio, mientras Mulligan la mantenía inmovilizada. Y lo veía en sus ojos torturados, que se deslizaban continuamente hacia sus labios. Tenía dudas, y estaba luchando consigo mismo.

Pero seguía siendo el hombre que quería llevarla ante un juez.

«Precisamente por eso», se dijo. Acabara entre rejas o no, no iba a ver más a Jake Mulligan. Así que, ¿por qué no escuchar lo que le pedía el cuerpo y dejarse ir?

La razón le decía que no era buena idea, pero el deseo se impuso como una riada y se llevó cualquier resto de sentido común.

—No es mi novio. En Jimmy's solo fingimos ser pareja —se escuchó decir.

El enfado y la tortura en los ojos de Jake dejaron paso a la sorpresa. Y después a cierto alivio, iluminando brevemente sus bellas facciones.

Carol no pudo más. Estiró el cuello para acercarse a él y le besó.

Casi ardió con ese beso. Llevaba tantas semanas deseando ese momento, que una oleada de calor la barrió. Jake seguía sujetándole los brazos, pero se comieron los labios el uno al otro, hasta que sus lenguas se encontraron y se las acariciaron con desesperación. Jake la soltó y le acunó la cara mientras su lengua experta exploraba su boca, insaciable.

Carol le pasó los brazos por encima de los hombros y lo atrajo hacia ella. Necesitaba sentirlo contra su cuerpo. Los dos gimieron suavemente cuando la abultada entrepierna de Jake se juntó con el sexo de Carol a través de la ropa, acelerándolos todavía más. De repente, Carol lo necesitaba dentro y él quería entrar en ella.

En ese momento Carol maldijo el doble nudo con el que se había abrochado el albornoz, porque Jake se peleó con él mientras seguía besándola, pero no consiguió desatarlo. Impaciente, optó por levantarlo como si se tratara de una falda, subiendo las manos por las piernas de Carol hasta alcanzar su trasero desnudo y atraerla con fuerza hacia él.

Ella jadeó, le desabrochó el pantalón y los empujó hacia abajo. Él acabó de quitárselos con los pies y los alejó con una patada. Ahora Carol empujó los calzoncillos hacia abajo, liberando el pene erecto, duro, y grande. Cuando lo vio, abrió muchos los ojos y tuvo un momento de duda. No estaba segura de poder acogerlo dentro suyo.

Jake debió de notar su duda, porque de repente se separó un poco de ella, apoyó la frente contra la suya y se quedó quieto. Los dos respiraban aceleradamente. Carol notó que él estaba haciendo esfuerzos por controlarse y durante unos instantes temió que cambiara de idea.

Hasta que sintió sus manos sobre el cinturón del albornoz. Estaba deshaciendo el doble nudo, con calma, paciente. Los extremos del cinturón cayeron a los lados, y Carol tembló ligeramente de excitación al sentir que la prenda se aflojaba. Jake lo abrió con mucha delicadeza, descubriéndole

primero los pechos y después el resto del cuerpo. Durante unos instantes la observó con una leve sonrisa en los labios, recreándose en la vista mientras la acariciaba con las yemas de los dedos. Carol volvió a estremecerse de placer, porque la estaba haciendo sentir bella y erótica. Nadie la había mirado nunca así.

Jake volvió a besarla, pero no se entretuvo demasiado en su boca. Pasó a la mejilla, le mordió con suavidad el lóbulo de la oreja y los húmedos besos bajaron por su cuello, el lado sin heridas, y por el pecho. La empujó para que apoyara la parte alta de la espalda contra la pared. Le rodeó el trasero con los brazos y la atrajo hacía él para que arqueara un poco la espalda, y entonces sus labios encontraron un pezón.

Carol suspiró de placer varias veces mientras lo lamía, lo chupaba y lo mordisqueaba hasta hacerlo endurecer dolorosamente. Después pasó al otro, al que maltrató de la misma manera, y se entretuvo besando y recorriendo con la lengua sus pechos, con mucha dedicación, para después bajar por su vientre. Se arrodilló ante ella y, sin separar los labios de su piel, bajó hacia los rizos que le cubrían el sexo, al que se entregó.

Ella aspiró en silencio, incapaz de emitir ningún sonido, al sentir la boca de Jake ahí abajo, besando y mordisqueando los labios, en dirección a un lugar muy concreto. Cuando encontró el clítoris, lo rodeó con suavidad con la lengua, lo besó y volvió a rodearlo un poco más. La respiración de Carol se volvió más ruidosa, momento en el que él empezó a succionar con más fuerza, arrancándole un suspiro sorprendido.

Carol sentía oleadas de placer y calor que se extendían por su cuerpo. Primero deslizó las manos por el cabello del detective, deleitándose del hecho de tenerlo ahí abajo, pero después se lo agarró con fuerza. Cada segundo que pasaba perdía más el control sobre su cuerpo.

La mano de Jake se deslizó lentamente por el interior del muslo, hacia arriba. Le acarició los labios, buscando su entrada. Carol se estremeció, y cuando él hundió uno de sus largos dedos en ella, se arqueó por el placer inesperado. Sin embargo, Jake sacó el dedo enseguida, arrancándole un gemido de disgusto. Pero no la hizo sufrir, porque no tardó en hundir dos dedos en ella. Carol gimió al sentir la agradable intrusión, y volvió a gemir cuando Jake empezó a mover los dedos rítmicamente. Carol solo necesitó unos segundos para explotar en un clímax largo que le hizo arquear la espalda bruscamente. Le arañó los hombros con desesperación y contuvo un grito fuerte.

Jake siguió lamiéndola y moviendo los dedos, bajando la velocidad a medida que el orgasmo iba a menos. Cuando se detuvo, Carol jadeaba y le temblaban las piernas. Se levantó y la besó, y ella pudo probar su propio sabor.

—Sujétate —le susurró al oído, mientras acababa de quitarle el albornoz y lo dejaba caer al suelo.

Carol le pasó los brazos por los hombros y él la levantó y la llevó a la cama, donde la tumbó con delicadeza. Se quedó allí, todavía haciendo esfuerzos por recuperar la respiración. Jake cogió su abrigo, que estaba encima de la cama, y sacó algo de un bolsillo interior. Carol vio que eran un par de condones. Ella tomaba pastillas anticonceptivas para regular la regla, pero aún así agradeció que uno de los dos todavía pensara, al menos un poco, con la cabeza.

Jake se puso uno de los condones con rapidez, le abrió las piernas y se arrodilló ante ella. Volvió a besarle el vientre, los pechos, el cuello, hasta que estuvo encima suyo, cubriéndola, mirándola a los ojos. Carol se estremeció al sentir el glande acercándose a su entrada, buscándola, acariciándola. Él movió las caderas y, con un movimiento firme, se hundió en ella. A los dos se les escapó un suspiro de placer mientras se abría camino lentamente, con ternura, llenándola como nadie la había llenado nunca, sin dejar de mirarla a los ojos. Pero Carol no podía enfrentarse a esos ojos, a esa mirada. No quería intentar averiguar qué significaba ni pensar en lo que estaban haciendo. Solo quería perderse en ese océano de placer mientras Jake empezaba a entrar y salir, sin prisas, con suavidad, recreándose en cada centímetro que recorría de su interior.

Carol gimió y lo atrajo hacia ella para que la besara, para besarle el cuello, morderle los hombros y arañarle la espalda. Poco a poco, Jake aceleró el ritmo de los movimientos de sus caderas, y Carol sintió que todavía podía entrar más en ella. Quería sentirlo lo más adentro posible, que la invadiera del todo, y elevó las piernas. El gesto arrancó un gemido ahogado a Jake, que empezó a penetrarla con fuerza, una y otra vez, con pasión, mientras ella se esforzaba por elevar sus caderas para recibirlo, ambos gimiendo cada vez más fuerte, a medida que las embestidas se hacían más profundas, una y otra y otra vez.

Llegaron juntos al orgasmo. Gritaron y se arquearon, moviéndose a la vez para las últimas potentes embestidas. Carol tuvo la sensación que se rompería en pedazos por culpa de las irrefrenables oleadas de placer que le recorrieron

el cuerpo, todavía con más fuerza que la vez anterior, aumentadas por sentir cómo Jake se tensaba y temblaba entre sus brazos y sus piernas.

Él se quedó unos largos segundos quieto, dentro suyo, cubriéndola con su cuerpo, mientras recuperaba la respiración. Entonces salió de ella, arrancándole un pequeño grito de queja. Era demasiado pronto. Pero estaba demasiado ocupada intentando recuperarse y centrarse de nuevo como para exigirle que regresara, y tardó en darse cuenta de qué estaba haciendo Jake. Seguía duro, excitado, y se estaba poniendo el otro condón.

—No puedo... —susurró Carol.

—Claro que puedes —fue su respuesta.

Se sentó sobre la cama y la obligó a incorporarse con extrema facilidad. La guio para que se sentara encima de su regazo y lo rodeara con las piernas. Para su sorpresa, Carol se excitó otra vez. Hizo un movimiento circular con las caderas, buscando su miembro, hasta que lo encontró. Jake no le dio tiempo de hacer nada más. Le puso las manos sobre los hombros y la empujó hacia abajo para hacerla caer y penetrarla de golpe, con más profundidad de lo que nunca nadie lo había hecho.

Carol gritó y se tensó, prisionera de los poderosos brazos de Jake y de una mezcla de placer, dolor y alarma. El policía la estaba poseyendo, la estaba haciendo suya. Quiso rebelarse contra esa certeza, pero él la agarró por el trasero para empezar a guiar el movimiento de sus caderas y Carol volvió a olvidar quién era él y quién era ella.

Estuvieron mucho rato disfrutando de movimientos lentos y profundos, besándose, abrazándose y acariciándose, pero sin mirarse a los ojos. Se concentraron en las sensaciones, se perdieron el uno en el otro y, cuando los dos llegaron al orgasmo, Jake abrazó a Carol con fuerza contra sí. Como si no quisiera soltarla nunca, pensó ella, aunque enseguida apartó ese pensamiento de su cabeza.

Cayeron sobre la cama, sudorosos y agotados. Jake la besó en la frente, la rodeó con un brazo y Carol se durmió casi al instante.

4

Jake no se durmió. Estuvo un rato al lado de Carol, observándola en su sueño tranquilo. Viéndola así, le parecía todavía más joven e inocente y le apetecía besarle la nariz respingona.

Al final no pudo más. Se apartó de ella, se levantó y la cubrió con la sábana para que no cogiera frío. Entró en el baño y se metió en la ducha. Se quedó quieto bajo el chorro de agua, como si eso pudiera ayudarlo a sentirse mejor.

Las palabras de Gary se repetían en su cabeza, una y otra vez: «Ten cuidado».

Jake rio con amargura al recordar su respuesta: «Descuida». Descuida. Como si lo tuviera todo perfectamente controlado. Menudo gilipollas estaba hecho.

Acababa de acostarse con una sospechosa, maldita sea.

Carol había dicho que no sabía quién era Kensington y le pareció que era sincera, pero la duda seguía planeando sobre ella.

Podría estar fingiendo.

Podría no saber quién era Kensington pero sí estar implicada en otros negocios de la familia.

Podría haberse acostado con él para ganárselo y que la ayudara de alguna manera, posiblemente para conseguir información. Este último pensamiento vino acompañado de un doloroso pinchazo en el pecho que prefirió ignorar.

Algo en su interior, quizá su intuición, gritaba furiosamente que no, que la chica era inocente, pero el sentido común le decía que eso era lo que él quería creer, pero no lo que la realidad indicaba.

Supo que estaba perdido en cuanto la vio salir del baño, con el cabello mojado y revuelto, y envuelta en ese albornoz bajo el que, no tenía ninguna duda, estaba desnuda. Podría intentar mentirse a sí mismo argumentando que

le había besado ella primero, pero sabía perfectamente que, si hubiera tardado unos segundos más, lo habría hecho él.

Solo de pensar en la sesión de sexo que acababan de compartir, Jake se puso duro otra vez. Se había entregado por completo a ella y había sido el mejor polvo de su vida.

Joder.

Su error había sido doble. Debería habérsela follado contra la pared, sin quitarle el albornoz, un polvo duro que les sirviera a los dos de descarga. Habría sido rápido y seguramente decepcionante, y habría servido para poner las cosas en su sitio. Pero al ver la expresión de Carol ante la visión de su verga, luchó por controlar sus ansias de poseerla con rápida desesperación. La primera vez que la había besado ya se había dado cuenta de su poca práctica en temas de cama, y Jake era incapaz de arrastrarla a una experiencia que podría asustarla, incluso hacerle daño.

Ella se había dejado llevar. Sus movimientos y la manera de colocar las piernas evidenciaban que aprendía rápido, pensamiento que lo excitaba todavía más, porque sentía que estaba corrompiendo esa inocencia de la que tanto había querido apoderarse. Y la había guiado a follar con demasiada pasión, con demasiada ternura, y ahora Carol se había filtrado por debajo de su piel, haciéndole sentir su presencia incluso cuando no estaba a su lado.

Pero ella era una sospechosa.

Y él era policía.

Tenía que cumplir con su obligación. Lo sucedido no podía cambiar nada, ni entre ellos ni en su trabajo. No sabía qué opinaría ella al respecto. Si tenía alguna idea distinta a la suya, tendría que hacerle comprender que la única opción posible era asumir que solo había sido sexo y que solo había pasado esa vez. No se volvería a repetir.

*

Carol durmió profundamente, pero solo unos minutos. Se despertó cuando el calor del cuerpo de Jake la abandonó y fue sustituido por la fría sábana. Lo escuchó entrar en el baño y meterse en la ducha, y solo entonces abrió los ojos.

Se sentía a punto de estallar.

¿Qué había hecho?

Se había acostado con un policía que la estaba investigando a ella y a su familia. Que estaba reuniendo pruebas para llevarlos ante un juez y

encarcelarlos.

La piel le vibraba solo con recordar el polvo que acababan de echar. Nunca habría imaginado que podría ser tan placentero y tan... intenso. La había barrido, literalmente.

Pero eso no cambiaba nada, porque él seguía siendo un policía y ella su sospechosa. Lo que más rabia le daba era que el cuerpo le pedía que fuera al baño y se metiera bajo el agua con él. Quería que la poseyera otra vez. Cómo y con la intensidad que él quisiera, no le importaba.

Carol gimió y se hizo un ovillo. ¿Qué le pasaba? ¿Cómo era posible desear esas cosas del hombre que estaba arruinando su vida?

De repente, echó mucho de menos a sus padres. Quería que la abrazaran y le susurraran al oído que todo iría bien, que iban a ayudarla a superar todo esto. Recordó su última conversación. Sí, habían admitido los delitos, pero también le habían pedido ayuda.

Quizá se había precipitado.

Todo el mundo comete errores, y sus padres no eran dioses. También podían meter la pata. Y de la misma manera que ella ahora echaba de menos su apoyo, ellos le habían pedido que estuviera a su lado.

Quizá debería darles otra oportunidad.

Tenía que hablar con ellos.

Tenía que ir a verlos.

Pero sabía que Jake nunca le permitiría marcharse. Y ella no quería esperar porque, por lo que sabía, podrían detenerlos en cualquier momento, y entonces perdería la oportunidad de hablar con ellos.

Debía aprovechar mientras Jake estaba en la ducha. No le preocupaba su seguridad. Sabía que en el camino entre el hotel y su casa nadie iba a intentar secuestrarla, porque nadie sabía dónde estaba.

Se levantó y sin entretenerse se dirigió hacia su ropa tendida. Todavía estaba mojada, pero no le importó. Podría cambiarse en casa de sus padres. Se vistió rápidamente y se puso los zapatos. Estuvo tentada de llevarse la chaqueta de Jake para abrigarse y para que la ropa empapada no llamara la atención, pero prefería no llevarse nada suyo.

Carol se dirigió hacia la puerta y descorrió el pestillo con cuidado, procurando no hacer ruido. Accionó el mango de la puerta, silenciosa y lentamente.

La mano de Jake se apoyó contra la puerta, impidiéndole abrirla.

Carol cerró los ojos y suspiró.

Mierda.

Ni siquiera se había dado cuenta de que había dejado de escuchar el sonido de la ducha.

—¿Vamos a tener la misma conversación otra vez? —dijo Jake, detrás suyo, demasiado cerca.

—Déjame salir.

—Repito: ¿vamos a tener la misma conversación otra vez?

Carol se dio cuenta de la insinuación implícita en esa pregunta. Pensó que el detective se estaba burlando de ella, vanagloriándose de lo que había sucedido, y se giró, enfadada. Jake acababa de salir de la ducha y ni siquiera se había secado, solo llevaba una toalla atada alrededor de la cintura. Y en su cara no había rastro de burla ni de diversión. Estaba enfadado, y su mirada era peligrosa. No tenía ninguna intención de dejarla marchar.

—Soy mayor de edad y puedo tomar mis propias decisiones —dijo Carol, mirándolo fijamente. Estaba decidida a irse—. Así que déjame salir. No puedes retenerme aquí en contra de mi voluntad.

—¿Eso crees?

Carol ni lo vio venir. Jake tiró bruscamente de ella para apartarla de la puerta. Le rodeó los hombros con un brazo, apretándola contra él, y con una pierna le hizo la zancadilla. Carol perdió el equilibrio y quedó en manos de Jake, que la tumbó boca arriba en el suelo, se sentó a horcajadas encima suyo y le inmovilizó los brazos y las piernas.

—Mira cómo lo hago —dijo.

La ira hirvió en el interior de Carol. Se removió, intentando liberarse.

—Suéltame —ordenó, hablando entre los dientes por el esfuerzo que estaba haciendo.

—¿Quieres que te ate? Puedo atarte —dijo Jake, que no parecía estar sufriendo lo más mínimo para mantenerla pegada contra el suelo.

Le sujetó las dos muñecas con una sola mano, se estiró para coger el extremo de la sábana que colgaba de la cama deshecha y empezó a rodear los brazos de Carol con ella. Ella luchó todavía con más fiereza.

—¡No! ¡Que no! ¡Suéltame!

Esta vez Jake no pudo con ella y desistió de atarla, pero volvió a inmovilizarle los brazos contra el suelo.

—¿Por qué tienes tanto interés en irte, Carol? ¿Te arrepientes de haber follado conmigo y ahora quieres huir con el rabo entre las piernas? —le preguntó, casi como si la retara.

Carol tuvo que dejar de forcejear para recuperar el aliento.

—Solo quiero ir a ver a mis padres —jadeó.

La mirada de Jake se ensombreció y la sujetó todavía con más fuerza.

—¿Qué pasa, tienes que ir a contarles que ya te has tirado al policía? ¿Que ya lo tienes en el bolsillo?

La furia creció de nuevo dentro de Carol. Esta vez consiguió liberar una de sus manos y abofetear a Jake, que giró la cara, sorprendido por el fuerte golpe. Carol aprovechó ese momento de distracción para liberar su otra mano y arrastrarse por el suelo para salir de debajo de Jake. Se giró, avanzó un poco a gatas y empezó a levantarse, pero él le agarró un tobillo y tiró de ella hacia atrás.

—¡No! —gritó Carol mientras resbalaba y caía sobre su estómago.

Esta vez Jake la dejó boca abajo y volvió a sentarse encima suyo. Le cogió el brazo derecho y se lo llevó detrás de la espalda. Carol jadeó, asustada. ¿Qué estaba haciendo?

Notó que Jake se inclinaba hacia delante para hablarle en el oído. Aunque no gritó su tono era oscuro. Estaba fuera de sí.

—Si aprieto un poco más, verás las estrellas —advirtió.

Carol se quedó quieta, porque lo creyó. Notaba el brazo en el límite del dolor. No comprendía cómo habían acabado así, con Jake a punto de lastimarla y ella al borde del llanto. Él siguió hablando con ese tono sombrío, que parecía pertenecer a otro Jake.

—Si no se trata de eso, ¿qué tienes que hablar con ellos, pequeña? Me muero de curiosidad, la verdad. ¿Tenéis que ver cuál es la estrategia a partir de ahora para protegerte? ¿O tenéis pendientes negocios que todavía no hemos descubierto?

Carol sintió un pinchazo en el pecho. Se dio cuenta de hasta qué punto le dolía que Jake pensara que ella formaba parte de todo lo que su familia había hecho. Parpadeó para que no se le escaparan las lágrimas que amenazaban con brotar, pero no pudo contener un sollozo.

—Yo no sabía nada. Lo descubrí la noche que te conocí, en la fiesta de los O'Sullivan —confesó, aunque lo más probable era que no la creyera.

Jake le soltó el brazo, se levantó un poco y la obligó a ponerse boca arriba. Volvió a sentarse encima suyo, aunque esta vez no le inmovilizó los brazos. La observó con interés, pero todavía con la mirada ensombrecida.

—¿Entonces qué tienes que hablar con ellos?

—Es mi familia... —dijo Carol, con un hilo de voz, sin atreverse a mirarle.

—¿Y eso qué quiere decir? —preguntó Jake. El enfado volvía asomar en su voz.

—Es mi familia...

—¿De qué parte estás, Carol? ¿Estás dispuesta a quedarte al lado de tu familia, aunque sean unos delincuentes, unos asesinos y te hayan implicado a ti?

Esta vez, Carol no pudo evitar que dos lágrimas resbalaran hacia el suelo. Esa era la pregunta a la que había evitado enfrentarse las últimas cuatro semanas. ¿De qué lado estaba? La verdad era que...

—No lo sé —confesó.

La mirada de Jake cambió. La amenaza desapareció de sus ojos y la observó con una expresión que Carol no supo identificar. Al principio. Porque no tardó en darse cuenta de qué era: decepción.

Carol explotó. Toda la ira, la angustia que había contenido las últimas semanas estalló contra Jake, al que empujó con tanta fuerza que cayó al suelo.

—¡Tú! ¿Quién te crees que eres para juzgarme? —gritó.

Se incorporó y empezó a pegarle, sin fijarse en si le daba en la cara, el pecho o los brazos. Él intentó sujetarla, pero ella fue más rápida y siguió pegándole.

—¡Todo esto es culpa tuya! ¡Apareciste y mi vida se ha ido a la mierda! —siguió gritando—. ¡Te odio!

Carol se levantó y corrió hacia la puerta. La abrió, viéndose al fin libre, pero Jake apareció detrás suyo y la cerró de un portazo.

—¡No!

La rodeó con los brazos y empezó a apartarla de la puerta. Carol gritó de frustración y pateó con todas sus fuerzas. Jake la empujó sobre la cama y volvió a saltar encima suyo, aunque esta vez ella se revolvía mucho más y tenía más problemas para inmovilizarla.

—Antes o después conseguiré irme —le espetó, furiosa.

Jake le dedicó una de sus sonrisas burlonas, cosa que todavía la enfureció más.

—¿Ah, sí? —dijo, y antes de que Carol se diera cuenta de qué hacía, le había quitado los zapatos y los lanzó con rabia a la otra punta de la habitación—. ¿A dónde irás, descalza?

Ahora Jake le desabrochó los pantalones y, por más que se resistió, no pudo evitar que se los quitara. También acabaron en la otra punta de la habitación.

—¿Y sin pantalones dónde irás?

Se sentó otra vez encima suyo y le sujetó los brazos, y Carol se quedó repentinamente quieta. A través de la ropa interior, había notado la

entrepuerta de Jake. Hinchada. Dura. Enorme.

—¿Qué vas a hacer? —preguntó Carol con un hilo de voz, esperando sonar asustada en vez de lo excitada que estaba.

Había sido instantáneo. Sentirlo así y, a pesar de toda la rabia y el odio, desearlo.

—Nada. Y no es por falta de ganas, como habrás podido notar —dijo Jake—. ¿Te estarás quieta? Te juro que si intentas salir por esa puerta otra vez te ataré a la cama durante una semana si hace falta.

Carol sabía que Jake decía la verdad. Era capaz de atarla. Lo observó mientras se debatía con las emociones que la estaban haciendo pedazos. Quería quedarse a su lado. Pero lo odiaba por haberle destrozado la vida. Y quería, necesitaba salir de allí. Tenía que hablar con su familia. Pero él no le permitiría abandonar esa maldita habitación. Por la fuerza no lo conseguiría, porque él podía dominarla físicamente con una facilidad frustrante.

Tendría que ganarle de otra manera. Sabía cuál era, y no se detuvo a pensar qué arrasaría por el camino. Ella ya estaba rota y, al fin y al cabo, su cuerpo lo deseaba. Así que, ¿por qué no permitirse disfrutar una última vez?

*

Jake estaba hecho un buen lío.

Todavía no podía creerse que hubiera tumbado a Carol boca abajo y la hubiera amenazado con hacerle daño. No se reconocía a sí mismo. Cuando ella había expresado el deseo de hablar con sus padres, con todo lo que podía llevar implícito, había enloquecido. No podía soportar la idea de que ella también formara parte de la trama criminal.

Sabía que le debía una disculpa, pero sus labios eran incapaces de pronunciar esas palabras. En su cabeza había un torbellino de pensamientos y emociones que no le permitía pensar con claridad.

Seguía enfadado por su intento de huida, por su falta de preocupación por su propia seguridad, mientras no podía dejar de pensar en que la creía. La había creído cuando le había dicho que no sabía nada de los turbios negocios familiares. Pero al descubrir que dudaba en qué lado posicionarse, algo se había hecho añicos en su interior. Su sentido común le gritaba que era normal que estuviera confusa, porque al fin y al cabo se trataba de sus padres y hermanos, y que él se merecía todas las hostias que había recibido, pero no podía soportar la idea de que ella dudara, que considerara la opción de apoyar

a su familia. Y no quería pensar demasiado en lo que había sentido cuando le había gritado que lo odiaba.

Por si todo lo anterior no había sido suficiente, acababan de protagonizar una especie de lucha que lo había excitado hasta límites insospechados. El deseo de poseerla otra vez le hacía venir ganas de gritar. Porque no se trataba solo de follársela para disfrutar de su cuerpo. Quería poseerla en todo el sentido de la palabra, hacerla suya y subyugarla para que se quedara a su lado, lejos de su familia.

Pero su situación seguía siendo la misma: ella era una sospechosa y él un policía que la estaba investigando. Y se lo repitió a sí mismo mientras la sujetaba encima de la cama, medio desnuda, amenazando con atarla si intentaba huir otra vez. Sospechosa. Policía. Sospechosa. Policía. Sospechosa. Policía.

Bien, era bueno que la cordura se impusiera por una vez.

—Me quedaré quieta —susurró ella.

Jake la soltó y se apartó de encima suyo. Se disponía a bajar de la cama cuando la mano de Carol le rodeó la muñeca. Se detuvo y la miró. Ella le miraba fijamente mientras se incorporaba para arrodillarse delante suyo.

—¿Qué haces? —preguntó Jake con la voz más grave de lo habitual.

Sabía perfectamente qué estaba haciendo y la maldijo, porque también sabía que él no tendría suficiente fuerza de voluntad para decir que no. Solo con pensar en ello su erección se había acentuado, si es que eso era posible.

Carol le acunó la cara con las manos y le besó los labios, casi con ternura.

—Carol... —susurró, pensando que era una muy, pero que muy mala idea—. Creía que me odiabas.

Como toda respuesta, Carol volvió a besarle, esta vez con más intensidad. Le mordisqueó los labios y le lamió el interior de la boca, hasta que él no pudo más y se dejó llevar. Cerró los ojos, la abrazó porque ya no podía estar un segundo más sin tocarla y siguieron besándose, cada vez más desesperados. Carol lo empujó y cayeron sobre la cama, ella encima suyo. Siguió besándole, hasta que decidió abandonar su boca sedienta para mordisquearle el lóbulo de la oreja, lamerle y besarle el cuello, el pecho, el abdomen.

Jake, más excitado porque ella tomaba la iniciativa, apartó de su cabeza cualquier pensamiento sensato que advertía contra lo que estaban haciendo y se dejó perder entre sensaciones.

Carol le abrió la toalla con suavidad, liberando su miembro erguido. Lo observó y le acarició los testículos con las yemas de los dedos. Entonces se

inclinó y lamió la piel sedosa desde abajo hasta arriba. Jake suspiró y se excitó todavía más ante la visión, pero la mirada que ella le dedicó lo turbó un poco. No se la había visto nunca y resultaba extraña en sus dulces rasgos. Era la mirada de alguien que sabe algo más que la persona a la que va dirigida, y más allá había algo más que Jake no supo identificar. Sintió un pinchazo de inquietud, pero la lengua de Carol moviéndose sobre su verga le excitó tanto que prefirió ignorarlo.

Al fin, lo tomó en su boca.

Jake gimió de placer y le acarició la cabeza mientras ella lo envolvía profundamente en su aliento, empujándolo cada vez más hacia los límites de la cordura. Le estaba gustando tanto que sabía que no tardaría en correrse, pero no quería llegar hasta el final. Necesitaba estar dentro de ella otra vez.

Fue como si le hubiera leído el pensamiento.

Carol abandonó su miembro y se incorporó. Sin dejar de mirarle, se quitó la camiseta, el sujetador y las braguitas con una sensualidad que le cortó la respiración.

Después, se sentó encima suyo, apoyó las manos en su pecho y movió las caderas para buscar su glande. Poco a poco, sin prisas. Cuando lo encontró, se rozó con él unos segundos eternos, casi como si quisiera torturarlo. Gimió de frustración, pero entonces Carol se dejó caer para que entrara en ella, lentamente pero hasta el fondo. Los dos cerraron los ojos y soltaron un suspiro ahogado a la vez. Ella enseguida empezó a mover las caderas con su ritmo lento, acogiéndolo y aprisionándolo en su interior húmedo y caliente, enloqueciéndolo por momentos cada vez que le hacía entrar y salir.

Abrió los ojos y la observó mientras lo cabalgaba con la cabeza echada hacia atrás, los párpados cerrados y mordiéndose el labio inferior en un sensual gesto de infinito placer. Necesitó sentirla bajo sus manos y le acarició el cabello, los pechos generosos, la cintura suave, las nalgas, los muslos, los pechos perfectos otra vez.

Carol empezó a moverse con más rapidez. Abrió esos ojos azules en los que podría perderse y se los clavó.

Otra vez esa mirada inquietante.

Esta vez, Jake sí supo interpretarla, al menos una parte. Era una mirada de triunfo. Como si Carol hubiera convertido ese sexo placentero y enloquecedor en una lucha que ya sabía que iba a ganar ella. La otra parte de la mirada no conseguía descifrarla. Fuera lo que fuera, el conjunto no le gustó. No le gustaba que estuviera convirtiendo ese momento en una batalla, porque significaba que, si ella ganaba, a él no le iba a gustar el resultado.

Tenía que vencer él.

Empezó a incorporarse para hacerla caer y ponerse encima suyo, pero ella le empujó con cierta brusquedad hacia abajo y clavó los brazos en el colchón para que no le fuera tan fácil moverse. Pero Jake no era de los que se rendía tan fácilmente. Con una rapidez que no le permitió reaccionar, la cogió por las muñecas para que no tuviera donde apoyarse y se incorporó hasta quedar sentado. Le pasó un brazo por debajo del trasero, otro por detrás de la espalda y se levantó, todavía dentro de ella, que se vio atrapada en esa posición, rodeándole las caderas con las piernas. Ella se agarró a sus espaldas en un acto reflejo. Jake dio unos pocos pasos y prácticamente la estampó contra la pared.

Vio la furia en sus ojos.

Durante unos instantes, se miraron fijamente, pero ninguno de los dos dijo nada. Tan solo se escuchaban sus respiraciones entrecortadas.

Entonces Jake salió de ella. Y con la misma brusquedad, la penetró de golpe hasta el fondo, con tanta fuerza que la base de la espalda le chocó contra la pared. Carol le clavó las uñas e intentó contener un grito que oscilaba entre el dolor y el placer. Y volvió a mirarlo fijamente, furiosa, retadora.

Jake lo repitió. Salió de ella, aguardó unos instantes, y volvió a hundirse en ella, casi salvajemente. Sin apartar los ojos de Carol, lo repitió varias veces más, y con cada nueva embestida a ella le costaba más controlar los gritos, cada vez más cerca del placer.

Hasta que al fin, fue incapaz de seguir dedicándole esa mirada desafiante e iracunda, echó la cabeza hacia atrás y cerró los ojos. Jake empezó a embestirla rítmicamente, fuerte, rápido. Ella se agarró con fuerza a sus espaldas, permitiendo que la empujara una y otra vez contra la pared. Dejó de intentar controlar sus gemidos guturales de placer y Jake se unió a ella, pero solo unos instantes. Quería que le mirara, quería ver en sus ojos que la había vencido.

—Carol —la llamó Jake.

Ella siguió con los ojos cerrados.

—Mírame... Mírame —casi le suplicó.

Carol abrió los ojos y lo miró. Su mirada había cambiado y ahora solo parecía asustada. Siguió poseyéndola, entrando hasta lo más profundo de su ser, mientras seguían mirándose fijamente, mostrándose sus almas torturadas.

Los dos empezaron a gemir con más desesperación, incapaces de contenerse. Jake movió las caderas contra ella en golpes todavía más fuertes,

más secos, hasta que Carol arqueó la espalda y gritó mientras varios clímax seguidos la golpeaban.

Jake se corrió con la misma intensidad, disfrutando de cada espasmo de placer. Y entonces, mientras se vaciaba dentro de ella, supo lo que quería hacer. No le importaba si ella era una sospechosa y él un policía. Quería ayudarla. Sacarla o alejarla de ese embrollo, de un penoso proceso judicial y de la cárcel. Haría lo que hiciera falta.

Carol seguía con la espalda arqueada y arañándole la piel, pero sus gritos empezaron a disminuir y se convirtieron en otro sonido. Estaba sollozando.

—Jake... Jake... —susurró.

Jake se estremeció. Era la primera vez que la escuchaba pronunciar solo su nombre de pila y le provocó sentimientos encontrados. Lo hizo sentirse como en casa, pero su voz estaba cargada de sufrimiento.

Carol empezó a llorar con desesperación, como si se hubiera roto por dentro y no pudiera soportar el dolor. Jake salió de ella con cuidado, la cogió en brazos y la llevó a la cama. La depositó con delicadeza, se tumbó a su lado y los cubrió a los dos con la sábana y el edredón. Después la abrazó mientras seguía llorando, incapaz de parar. Le besó los ojos, las mejillas cubiertas de lágrimas, la nariz respingona.

—Lo arreglaremos, pequeña. Te lo prometo —dijo.

La acunó mientras seguía llorando. Sintió la humedad entre las piernas de Carol, y entonces se dio cuenta de que no habían utilizado un condón. Se maldijo, pero pensó que ya se enfrentarían a ello por la mañana. Ahora lo importante era que Carol estuviera bien. Lloró hasta la extenuación. Los llantos fueron convirtiéndose en suaves sollozos y, finalmente, en suspiros. Y así, en un abrazo perfecto, los dos se quedaron dormidos.

Un par de horas después, Jake despertó.

Carol se había ido.

5

Había estado a punto de quedarse.

Era lo que más le apetecía. Rendirse a Jake, quedarse entre sus brazos y permitir que la ayudara. Sabía que, cuando había dicho que lo haría, era sincero. Lo había visto en su mirada, en la manera de pronunciar su nombre, en cómo casi le había suplicado que le mirara mientras se perdía dentro de ella. Por eso había llorado como no lo había hecho nunca. Porque una parte de ella no quería apartarse de su lado, pero otra parte de ella le odiaba. Y necesitaba aclarar las cosas con su familia.

No había querido arriesgarse a buscar dinero para un taxi en la cartera de Jake por si despertaba, así que tuvo que caminar hasta su casa.

Cuando salió del hotel todavía era de noche, pero cuando llegó a casa de sus padres ya había amanecido.

Llamó al timbre y esperó, nerviosa.

—Carol —escuchó que decía su madre a través del interfono, sorprendida.

—Hola —murmuró Carol, mirando a la cámara.

Escuchó el pitido que señalaba que la puerta de entrada de viandantes estaba abierta. Carol la empujó y entró. Una vez dentro de los jardines de la finca, tomó aire para darse fuerzas y caminó hacia la casa.

Encontró a sus padres esperándola en la puerta. Ya estaban vestidos y arreglados para ir a la oficina, elegantes como siempre, aunque no conseguían esconder las profundas ojeras que enmarcaban sus ojos. Carol los conocía suficientemente bien para saber que estaban cansados y asustados. Hacía un mes que no se veían, pero en ese corto espacio de tiempo habían envejecido años. Al verlos así, el enfado que había procurado alimentar a lo largo de todo el mes se diluyó un poco.

Ellos la miraron de arriba abajo y se fijaron en la gasa que llevaba en el cuello. La otra no se veía.

—¿Estás bien? —preguntó su padre, preocupado.

—¿Qué te ha pasado? —añadió su madre.

—Nada, una mala noche. Y esto solo es un rasguño —se limitó a decir Carol—. ¿Tenéis un poco de café?

Sirvieron café para todos y se sentaron alrededor de la mesa de la cocina en absoluto silencio. Carol rodeó la taza con las manos con la esperanza de que le transmitiera algo del calor de la bebida. Sabía que tenía que hablar, que había venido a hacer preguntas, pero no sabía cómo empezar. Ni siquiera se atrevía a apartar los ojos de su taza.

—Nos alegra que hayas vuelto, Carol —dijo su padre.

En su voz había una calidez que la emocionó. Nunca había dudado de que sus padres prefirieran tenerla a su lado, pero escucharlo la hizo sentir bien. Los ojos se le humedecieron, pero encontró las fuerzas para levantarlos y dirigirles una pequeña sonrisa. Aunque se esfumó pronto al recordar una de las preguntas que la carcomían desde hacía un mes.

—¿Por qué nunca me lo habíais contado?

Sus padres intercambiaron una mirada y suspiraron.

—Nuestra intención fue dejarte siempre al margen —dijo su padre.

—Desde pequeña eras tan... buena e ingenua. Era como si vivieras en otro planeta. Creímos que serías más feliz si no lo sabías. Alicia y Brandon lo adivinaron solos, pero tú nunca preguntaste —dijo su madre.

Carol se sintió como una auténtica estúpida. Toda la vida con las evidencias delante de las narices y ella no se había dado cuenta. ¿O quizá la realidad era que no había querido darse cuenta? Si pensaba en ello, sí que recordaba conversaciones que se interrumpían cuando ella entraba en una estancia, la llegada precipitada de algún abogado de la empresa con el que se mantenía una reunión a puerta cerrada, la tensa amistad con más de un congresista...

Los ojos se le humedecieron otra vez. Apretó los labios y se esforzó por retener las lágrimas. No tenía ningún derecho a llorar o lamentarse. Su familia no le habría contado la verdad, pero ella se había permitido estar ciega a la realidad. También era culpable de la situación.

¿Cómo habría reaccionado si hubiera sido suficientemente valiente como para abrir los ojos a las evidencias en cuanto empezó a verlas? No lo sabía, la verdad, y en cualquier caso en esos momentos no valía la pena gastar energías en imaginar pasados alternativos. No iba a ayudarla en nada.

—¿Y ahora qué va a pasar?

Su padre se frotó la cara y los ojos, como si estuviera muy cansado, y su madre se recostó en el respaldo de la silla.

—Las cosas no pintan muy bien —explicó su madre—. Para ninguno de nosotros.

—Hemos estado trabajando con los abogados, pero al parecer hemos cometido algunos errores importantes —dijo su padre con un deje de amargura en la voz—. Nos cuestan una fortuna y aún así, ya ves.

Carol asintió lentamente, intentando imaginar lo que esas respuestas implicaban. Sin embargo, todavía le faltaba demasiada información. ¿Qué quería decir que las cosas no pintaban bien? Y cuando su madre había dicho «para ninguno de nosotros», ¿a quién se refería exactamente?

—Pero arreglaremos las cosas para que tú salgas mejor parada. Estaríamos hablando de solo unos meses —dijo su madre.

Se le puso la piel de gallina. Podía imaginar a qué se refería su madre, pero al parecer se le daba mejor hacerse la estúpida. Era mejor no enfrentarse a la horrible realidad que transmitían esas palabras.

—¿Unos meses?

Sus padres la miraron, claramente incómodos. Estaba claro que preferirían no tener que darle las cosas tan masticadas.

Carol se enfadó un poco. Pues iban a tener que hacerlo. Ella quizá había cerrado los ojos ante la verdad, pero ellos la habían metido en este embrollo.

—En la cárcel —dijo al fin su madre.

Aunque ya se lo imaginara, escucharlo en voz alta fue como recibir un puñetazo en el estómago.

—¿Voy a ir a la cárcel? —preguntó con la voz rota.

—Sí. Pero será por poco tiempo.

—¿Por qué? ¡Yo no he hecho nada! —dijo, elevando la voz. El enfado inicial estaba dejando paso al terror.

—Carol —bramó su padre.

El tono seco y elevado frenaron su incipiente ataque de histeria. Su padre la miraba con una dureza en la mirada que solo le había visto una vez antes. Fue la noche de la fiesta de los O'Sullivan, la noche que su mundo se había hecho pedazos.

—Cariño, la situación tampoco nos gusta. Es lo último que habríamos querido para ninguno de nosotros, y mucho menos para ti. Pero a veces las cosas no salen como uno había previsto. Para eso está la familia, para apoyarnos en los momentos difíciles.

Carol observó a su padre con la boca un poco abierta, incapaz de creer la tranquilidad y el pragmatismo con los que hablaba de la situación. Y esa severidad con la que se le dirigía, como si la estuviera poniendo en su sitio.

Era consciente de que había algo que no estaba bien, pero se había quedado tan perpleja que no lograba pensar con claridad ni articular palabra.

—Vamos a hacer arreglos para no perderlo todo mientras estamos en la cárcel —informó su madre.

Carol se estremeció al volver a escuchar esas temidas palabras, pero se esforzó por intentar comprender el estado de la cuestión. Necesitaba hacer preguntas.

—¿Qué quiere decir perderlo todo? ¿Nos quedaremos sin dinero?

—No, siempre nos hemos asegurado de tener dinero en lugares seguros por si lo necesitábamos...

—¿Te refieres a paraísos fiscales?

—Entre otros. Pero corremos el peligro de perder las empresas y muchas propiedades. Todo por lo que hemos trabajado —acabó de aclarar su madre.

—Cuando salgas, recuperarás el control de algunas empresas —dijo su padre.

Carol volvió a quedarse perpleja. Parpadeó un par de veces, intentando asegurarse de que lo había comprendido bien.

—¿Queréis que os sustituya mientras estáis en la cárcel?

—Tendrás ayuda —aseguró su padre—. Nuestra. De amigos de confianza. Y nos aseguraremos de no volver a cometer ciertos errores.

—¿Errores?

—Los que nos han llevado a la cárcel —aclaró su padre con cierta impaciencia—. No volverán a encontrar hilos ni cabos sueltos de los que tirar.

—Pero...

—No estarás sola, Carol —dijo su padre.

—Siempre estaremos a tu lado, cariño —añadió su madre.

Tan solo dos meses atrás, Carol se habría reído al imaginarse como la jefa de una familia mafiosa. Pero en esos momentos tenía que concentrarse en respirar. Era como si los pulmones se le hubieran convertido en piedra y se estuviera quedando sin aire.

Sus padres habían interpretado sus dudas como una señal de inseguridad ante la idea de ponerse al frente de una empresa. No era una deducción ilógica, puesto que ella nunca había mostrado ningún interés o habilidad por dirigir un macronegocio.

Pero no había sido ese el motivo de sus dudas.

Carol había venido a hablar con sus padres, dispuesta a escuchar su petición de ayuda. Su primera sorpresa había sido descubrir que ellos daban su ayuda por sentado. Su segunda y muy desagradable sorpresa fue darse

cuenta de que consideraban que los únicos errores que habían cometido eran los que habían permitido a la policía ir detrás suyo. No creían haber hecho nada malo. Esas palabras que no habían abandonado su cabeza todas esas semanas, «criminales», «delincuentes», ellos nunca se las aplicarían a sí mismos. Y querían que, en cuanto saliera de la cárcel, Carol siguiera cometiendo todos esos delitos. Decían que era para no perder todo por lo que habían trabajado, pero muchas personas trabajaban muy duro y no se dedicaban a...

Las palabras casi se escaparon de su boca.

—¿A cuánta gente habéis matado? —preguntó con un susurro ronco, sin atreverse a mirarles.

Sus padres se pusieron tensos.

—Nosotros no hemos matado a nadie —dijo su madre.

—¿A cuánta gente habéis hecho matar?

Ahora sí, Carol les clavó los ojos y aguantó la mirada. Tenían que responder la pregunta sí o sí.

—Cinco —dijo su padre finalmente.

Fue como otro puñetazo en el estómago.

—¿Cinco? —dijo sin aliento.

De repente, su padre suspiró como si estuviera muy cansado de la actitud de Carol.

—Ya vale, Carol. Estas últimas semanas te hemos dejado tranquila para que tuvieras tiempo de hacerte a la idea y que te divirtieras un poco antes de que todo cambie. Pero eso se acabó —dijo—. Todo lo que hemos hecho ha sido para protegernos. A nosotros, a la familia. ¿No te hemos enseñado que es lo más valioso que podemos tener?

—Sí, pero...

—No te dejes engañar por lo que digan los demás. Todo el mundo, sin excepción, hace lo necesario para sobrevivir. Y quién diga lo contrario es un hipócrita.

Carol observó a su padre como si fuera un desconocido. No reconocía al hombre que tenía delante. No podía creer que las palabras que escuchaba estuvieran saliendo de la boca del hombre que la había criado. A su lado, la expresión de su madre dejaba claro que opinaba exactamente lo mismo.

Sintió náuseas y el sabor amargo de la bilis en la garganta.

—Hay límites que no se pueden cruzar —consiguió decir.

—Los límites se los marca uno mismo —replicó su padre.

Apartó las manos de la taza de café, pero le temblaban tanto que tuvo que apoyarlas en la mesa. Se estaba mareando, y de nuevo le costaba respirar.

—¿Por qué no vas a ducharte y a acostarte un rato, cariño? —propuso su madre—. Parece que hayas pasado una noche horrible.

Carol asintió levemente, casi sin darse cuenta.

Sí, una ducha y dormir le sentaría bien. El tono afable de su madre la había hecho sentirse arropada.

Ducharse, dormir y después... Sería fácil dejarse llevar. Obedecer órdenes y dejar recaer la responsabilidad en los demás.

No supo por qué, seguramente sería cosa de su subconsciente, pero pensó en Jake. En el calor de su cuerpo, en las manos que la habían acariciado como si fuera un tesoro, en su sonrisa traviesa, en su mirada llena de decepción cuando había creído que ella quería estar al lado de su familia. Y su propia rabia al sentirse juzgada. Injustamente, había considerado ella.

Se levantó tan bruscamente que la silla cayó hacia atrás. El golpe contra el suelo le dolió en los oídos y retumbó por la casa.

—No puedo hacerlo.

No se atrevió a mirar a sus padres. Temía que, si lo hacía, vería algo que la haría dudar o cambiar de idea. Les dio la espalda y caminó directamente hacia la puerta. No se había cambiado de ropa, no había cogido dinero, nada, pero no le importaba. Necesitaba salir de allí.

—Carol —la llamó su madre.

—No puedo hacerlo —repitió en un susurro ahogado.

—Carol, vuelve aquí ahora mismo —dijo su padre en un tono que no admitía discusión.

—¡No! —gritó.

Salió por la puerta sin mirar atrás y la cerró dando un portazo.

Una vez en la calle, caminó en dirección a casa de Tom. Tenía que huir. Prefería convertirse en una fugitiva que pagar por lo que sus padres habían hecho. Ella era inocente, no era justo que tuviera que ir a la cárcel. La idea la aterrorizaba.

Podría pedir dinero y ayuda a Tom. No sabía cómo sobreviviría, pero ahora lo importante era desaparecer. Durante unos breves instantes consideró contactar con Jake, que había prometido ayudarla, pero enseguida desechó la idea, aunque no sabía por qué. Quizá porque en realidad no confiaba en él. O quizá porque, en el fondo, no quería que se metiera en líos por ella.

Iba tan absorta en sus pensamientos que no escuchó el sonido de dos vehículos acelerando a demasiada velocidad. Se sobresaltó cuando unas

ruedas chirriaron contra el asfalto. Mientras se giraba para ver qué pasaba, escuchó cómo se abrían las puertas de un coche. Dos pares de brazos la sujetaron por los pies y las axilas y la levantaron.

—¡Eh! —gritó.

Forcejeó para liberarse, pero sus captores eran demasiado fuertes. Mordió la mano que tenía más cerca hasta que notó el sabor de la sangre en la boca. Un hombre gritó, apartó la mano bruscamente y la golpeó con tanta fuerza en la cabeza que sintió una explosión y el mundo desapareció de su vista unos instantes. A duras penas se dio cuenta de que estaban metiéndola en un coche.

—No... —dijo débilmente, intentado sujetarse a la puerta.

Fue en vano.

La lanzaron contra el asiento y, antes de que pudiera incorporarse, alguien le cubrió la cara con un pañuelo húmedo que desprendía un olor muy fuerte que no pudo identificar.

Sabía que no debía respirar, pero la habían cogido desprevenida.

Empezó a marearse y no tardó en sumergirse en un mundo de tinieblas.

*

Gary lo había dejado solo con sus pensamientos en una sala de reuniones. Jake sabía que no lo había hecho para torturarlo, sino para salvarle el culo. Su aspecto era tan deplorable que, cualquiera que supiera sumar dos y dos, tardaría poco en adivinar qué había pasado. Y, al fin y al cabo, estaba en un edificio repleto de policías.

Todavía no se podía creer que hubiera permitido que Carol se escapara así. Todo por no saber mantener la polla en los pantalones.

Se miró las manos. Le temblaban un poco. Sentía un vacío en el estómago que amenazaba con devorarlo entero. Estaba furioso con Carol. Pero lo estaba más consigo mismo. Daba igual que ella hubiera huido, su deber era protegerla y había fracasado estrepitosamente.

Sola, por la calle, era un blanco muy fácil. Tenía la sensación de que Gary abriría la puerta en cualquier momento para anunciar que la habían encontrado muerta, y solo de pensarlo se le humedecieron los ojos. No podría perdonárselo nunca.

Gary le había explicado que ya habían localizado a los topes. Eran dos federales. Hacía tiempo que sospechaban de ellos y, al parecer, se dedicaban a pasar información o hacer la vista gorda para cualquiera que pagara. Habían estado poniendo al día tanto a los Boutella como a la banda de Kensington.

En cualquier caso, ahora planeaba la duda de si unos y otros podrían tener más contactos dentro y, como las cosas se estaban poniendo muy feas, ya se habían emitido órdenes de detención contra toda la familia Boutella.

La puerta de la sala se abrió repentinamente y Gary entró, nervioso y con muy mala cara.

—Jake, acaban de llamar. Han visto a Carol Boutella entrar en casa de sus padres.

Jake suspiró, aliviado.

—Espera. Ha salido al cabo de poco, momento en el que han aparecido dos coches. En uno de ellos había dos tipos que han apuntado con una metralleta a los agentes que había de guardia y les han pinchado las ruedas del coche. Los tipos del otro coche se han llevado a Carol. Debían de tener a alguien vigilando la casa.

Jake palideció. El temblor que antes afectaba solo a sus manos se extendió al resto de su cuerpo.

—¿No han podido seguirlos?

—No.

Durante unas milésimas de segundo, estuvo a punto de hundirse. Se frenó cuando se dio cuenta de que, si la intención hubiera sido solo matar a Carol, lo habrían hecho allí mismo. Sin embargo, también era cierto que si se la habían llevado era porque tenían otros planes. Seguramente torturarla antes de matarla con toda la crueldad posible, para hacer sufrir más a su familia. El pensamiento le provocó náuseas, pero le sirvió de revulsivo. Carol todavía tenía posibilidades de sobrevivir. Se puso en pie de un salto.

—La deducción más lógica es que es obra de la banda de Kensington.

Gary asintió.

—Tenemos localizadas tres viviendas donde preparan y venden la mercancía. Dos son pisos en el centro de la ciudad, la otra es una vieja casa en las afueras. Pattinson ya está llamando a los de operaciones especiales para enviar unidades a los tres sitios.

—El centro de la ciudad no es el mejor lugar para arrastrar a alguien desde un coche hasta un piso —dijo.

Gary volvió a asentir.

—Tú y yo nos vamos de visita a las afueras.

Sin perder un segundo más, fueron a buscar el coche. Gary condujo a toda velocidad, mientras Jake observaba el paisaje más allá de la ventana sin realmente verlo, repiqueteando nerviosamente los dedos en el reposabrazos. Estuvieron un buen rato en silencio, hasta que su amigo carraspeó.

—Jake... Sabes que la mejor manera de ayudar a la chica es deteniéndola, ¿verdad? —dijo.

Jake giró la cabeza lentamente hacia él. Su primera intención fue fingir que se enfadaba por la insinuación, pero al ver la expresión de Gary cambió de idea. Estaba realmente preocupado por él. Y era su amigo y lo conocía bien. No era tan extraño que tuviera una ligera sospecha de lo que le rondaba por la cabeza.

Jake asintió, solo para tranquilizarlo, y volvió a concentrarse en el paisaje.

*

Seguía envuelta en tinieblas. Y humedad. A lo lejos, se escuchaban voces.

Carol abrió los ojos y parpadeó. Le dolía la cabeza y la garganta, y tenía la boca seca. ¿Qué había pasado?

Entonces se acordó. Los coches, las manos que la agarraban, el golpe en la cabeza, el pañuelo húmedo con ese olor extraño...

Se incorporó de golpe, pero tuvo que apoyar las manos en el suelo porque el mundo empezó a girar a su alrededor. Cuando al fin se quedó quieto, observó el lugar donde estaba. Era un sótano oscuro y lleno de trastos. La única luz entraba por una pequeña ventana que había en la parte superior de una pared.

La habían dejado encima de un colchón.

Sintió náuseas y los ojos se le inundaron de lágrimas. ¿Qué iban a hacerle? Se asustó tanto que empezó a sollozar de manera descontrolada. Quería gritar, suplicar que la dejaran marchar, pero algo en su interior fue suficientemente cuerdo como para impedir que lo hiciera. Lo peor que podía hacer era llamar la atención de sus captores. «Contrólate», se dijo. No era el momento de perder los nervios.

Se secó las lágrimas con la palma de la mano. Tenía que intentar escapar. No sabía si lo conseguiría, pero al menos debía intentarlo.

Descartada la puerta como opción de salida, se fijó en su única alternativa: la pequeña ventana. Era pequeña, pero si se arrastraba quizá podía pasar por ella. El problema era que estaba muy arriba y no sabía si podría abrirla.

Miró a su alrededor. Vio una vieja butaca y la trasladó hasta debajo de la ventana. Pesaba una tonelada, pero consiguió no hacer ruido. Después puso encima una mesa de centro de madera y, con mucho cuidado, se subió encima. Giró el mango de la ventana, pero no se movió. Entonces descubrió que tenía un candado.

—Mierda.

Golpeó el cristal, rabiosa y asustada a la vez. El ruido que hizo le llamó la atención. No era muy grueso. ¿Sería muy difícil romperlo? Aunque si lo hacía, sus captores seguro que escucharían el ruido.

Bueno, teniendo en cuenta que era su única opción de escapar, dejaba clara una cosa: tendría que darse prisa.

Bajó al suelo y buscó un objeto contundente. Encontró un candelabro dorado que no sabía si era de oro macizo, pero pesaba una barbaridad. Cogió una vieja sábana y se la enrolló alrededor de un brazo. Volvió a subirse al sofá y la mesita, respiró hondo y golpeó el cristal con todas sus fuerzas. Al parecer de Carol, se rompió con un estallido tan escandaloso que seguramente fue escuchado hasta Tombuctú.

A través del techo, le llegó el inconfundible sonido de una silla que se arrastraba por el suelo.

—Mierda, mierda, mierda.

El corazón le latía con tanta fuerza que en cualquier momento se le escaparía por la boca. Se apresuró a acabar de romper el cristal y a pasar el brazo protegido con la sábana por el marco, para asegurarse de que no quedaba ningún resto con el que pudiera cortarse.

Arriba, escuchó pasos rápidos y voces que sonaban alarmadas.

Carol casi se tiró de cabeza por la ventana. Antes le había parecido pequeña, pero ahora le pareció diminuta. Y demasiado estrecha. Los hombros rozaron el marco y cuando llegó al pecho se quedó atascada.

Se escuchó un disparo y se quedó petrificada. ¿Le estaban disparando?

Dentro de la casa, se escucharon más gritos y otro disparo.

Vale, no le estaban disparando pero algo estaba sucediendo. Tenía que salir de allí. Ya.

Se empujó con todas sus fuerzas y acabó de atravesar la estúpidamente estrecha ventana. Delante suyo, solo había bosque. Se levantó de un salto y echó a correr para perderse entre los árboles. Sus captores conocerían el bosque mejor que ella, así que tenía que alejarse lo máximo posible en el menor tiempo posible.

—¡Carol! —gritó alguien detrás suyo.

Una oleada de terror la recorrió. Forzó sus piernas para correr todavía más rápido. La persona que había gritado dijo algo más, pero no le prestó atención. Solo escuchaba a su pánico, que la empujaba a alejarse de allí a toda costa.

Al cabo de unos segundos escuchó unos pasos detrás suyo. Giró bruscamente en un intento de despistar a su perseguidor, pero él fue más rápido. La rodeó con un brazo y los dos rodaron por el suelo. Carol gritó e intentó zafarse del hombre, pero la sujetó con más fuerza y, no supo cómo, se encontró tumbada encima suyo. Sin dejar de gritar, se dedicó a golpearlo con rabia mientras intentaba levantarse. Él se protegía la cabeza con las manos.

—¡Soy Jake! —gritó el hombre.

Esta vez, Carol sí reconoció la voz. Se quedó inmóvil, jadeando, todavía a medio levantar encima del hombre, y lo miró. Él apartó los brazos y al fin pudo verlo.

Jake.

El pánico la abandonó y fue sustituido por una oleada de alivio.

—¡Jake! —exclamó, a punto de quedarse sin respiración y de derrumbarse—. ¡Jake!

Empezó a llorar y lo abrazó, presa de una mezcla de sentimientos que amenazaban con ahogarla. Sentía alegría, desconsuelo y todavía un poco de miedo.

Jake la abrazó con fuerza.

—Ya está, pequeña —dijo—. Ya ha acabado. Estás a salvo.

Esa fue su mejor medicina. Carol se relajó y sollozó, aunque Jake enseguida la obligó a ponerse en pie y le pasó las manos por los brazos, el tórax, el abdomen y las piernas, inspeccionándola.

—¿Estás bien? ¿Te han hecho daño? —preguntó.

—Estoy bien —aseguró Carol. Todavía jadeaba y tenía el susto en el cuerpo, pero estaba bien.

La expresión de preocupación de Jake se convirtió en una de enfado. Le puso las manos en los hombros y se acercó mucho a ella.

—No vuelvas a desaparecer así. Nunca. Más —dijo, con un tono amenazante.

Carol no supo si reír o llorar. La sincera preocupación de Jake la emocionó. A la vez, se sentía culpable y estúpida por haber huido. Y... eran demasiadas emociones a la vez.

Jake le acunó la cara con las manos y la besó en la frente. Volvió a abrazarla. Carol se permitió perderse en ese abrazo cálido. Notó y escuchó como Jake suspiraba de manera contenida.

—Carol —dijo con la voz rota.

Algo pasaba.

Se apartó de él para observarlo. Su expresión había vuelto a cambiar. Ahora parecía sentirse como la persona más desgraciada del universo.

—¿Qué pasa? —preguntó, temerosa. Tenía la sensación de que no le iba a gustar la respuesta.

—Carol... —dudó, mientras la miraba con ojos torturados—. Tengo que detenerte.

Y Carol sintió que se rompía como un espejo que hubiera sido lanzado desde la cima de una montaña.

*

Jake vio en la expresión de Carol que acababa de hacerla añicos.

—Después podrás reemprender tu vida. Sé que ahora parece imposible, pero te prometo que podrás hacerlo —explicó, abrumado por la culpabilidad.

Quería añadir que él estaría a su lado, durante y después, para todo lo que le necesitara, pero sabía que era lo peor que podía decir en ese momento. Lo veía en su mirada rota y perdida.

Las palabras y la expresión de Gary le habían hecho reflexionar. En esos momentos, a Carol le esperaban algunos meses en la cárcel, quizás un año. Pero si huía, se convertiría en una fugitiva el resto de sus días. ¿Entonces qué tipo de vida le esperaba? Viviría siempre asustada, desconfiada. Nunca sería feliz. Y él quería darle la oportunidad de recuperar la felicidad que había perdido.

Sin embargo, perderla no era lo que le hacía sentir peor en esos momentos, sino la sensación de haberla destruido. Si se hubiera mantenido alejado, ella estaría llevándolo todo mejor, porque no habría tenido que soportar su traición.

No la esposó. Se había quedado en un estado de apatía inquietante y no se resistió cuando la guio hacia el coche. La unidad de asalto estaba sacando de la casa a tres detenidos y un herido, todos miembros de la banda de Kensington.

Él y Gary habían llegado justo cuando la unidad entraba en la casa y, para su sorpresa, Jake había visto a Carol alejarse corriendo del edificio. La imagen le había producido un alivio inmenso. A la vez, se sintió orgulloso de que ella fuera capaz de escapar por sí misma. La persiguió hasta alcanzarla y, cuando la abrazó, algo indescriptible le explotó en el pecho. Dios, estaba loco por ella.

Se permitió disfrutar de ese breve abrazo, porque sabía lo que vendría después. Algo le decía que, durante mucho tiempo, ese sería el último momento de felicidad que recordaría.

6

La familia Boutella ingresó en prisión esa misma noche. Primero pasaron unas horas en comisaría, pero debido a que la amenaza de la banda de Kensington todavía pesaba sobre ellos, se decidió enviarlos a los centros de mínima seguridad donde habían sido asignados. Allí nadie podría acercarse a ellos para hacerles daño.

Mientras estuvieron en comisaría, Jake no perdió a Carol de vista.

Se había encerrado en sí misma, y no parecía ver ni observar nada. Solo miraba el suelo o el vacío. Solo abría la boca para contestar las preguntas con voz apagada y monótona.

Jake sabía que, aunque no lo mostrara, estaba aterrorizada. Cada célula del cuerpo le gritaba que fuera a abrazarla, a prometerle que todo iba a salir bien, pero no se atrevió. Imaginaba cuál sería su reacción, y no se sentía con fuerzas para soportar su rechazo.

Aún así, cuando llegó el momento de trasladarla a la cárcel, Jake pidió ir de copiloto. Carol caminó hacia el coche acompañada por Gary, pero en cuanto lo descubrió esperándola, se detuvo de golpe. Por primera vez en horas, distinguió algo en su mirada.

Era odio.

Jake apretó los labios, intentando no demostrar hasta qué punto le afectaba que esos ojos azules lo miraran así.

Carol negó con la cabeza. Los dos policías comprendieron perfectamente qué quería decir aquel gesto. Gary dedicó una mirada compasiva a Jake, que se apartó del vehículo. Pero no mucho, solo lo justo para dejar espacio, forzando a Carol a pasar por su lado.

—Llámame para lo que necesites. Por favor —le susurró cuando llegó a su altura.

Carol se detuvo y le clavó los ojos.

—No quiero saber nada de ti. Nunca más —dijo sin alterarse. Después de una pequeña pausa, añadió—: Te odio.

Como si acabara de darle las buenas noches, Carol subió al vehículo. Gary se sentó en el asiento del copiloto y arrancaron de inmediato. Mientras el coche se alejaba, Carol no le dedicó ni una sola mirada.

Aunque las palabras de Carol dolieron como si le hubiera clavado un cuchillo en el corazón y se dedicara a retorcerlo, Jake se esforzó por no dejarse llevar por ellas. Quería volver a hundirse en una botella de *whisky*, pero no lo haría. Carol estaba enfadada y asustada. Y confusa, igual que él.

Todavía no comprendía cómo su vida se había ido al garete en tan solo un mes. Cómo era posible que hubiera sido incapaz de mantener las manos alejadas de ella. Apenas la conocía, y aún así desde el primer momento había sentido, había sabido, que estaban hechos el uno para el otro. Se pertenecían. No tenía ninguna duda de que la atracción de Carol hacia él había sido sincera. Y desear y haberse acostado con uno de los policías que la había metido en la cárcel podría provocar un cortocircuito en cualquier cerebro. Si encima el cabrón le había prometido ayudarla para después detenerla, el cortocircuito se convertía en incendio. En odio.

A pesar de todo, Jake estaba convencido de haber hecho lo mejor para ella. Su condena sería leve y después podría seguir con su vida. Se aferró a esos pensamientos y regresó a la oficina. Era muy tarde, pero seguiría con la enorme cantidad de papeleo que tenían pendiente mientras esperaba que Gary le informara de cómo había ido el traslado.

Su amigo llamó un par de horas después para contarle que todo había ido bien. Sin embargo, por su tono supo que le estaba escondiendo algo. Lo conocía bien.

—¿Qué no me estás contando, Gary?

—Nada, tío, te he dado todos los detalles.

—Y una mierda.

Gary dudó.

—No es nada, Jake. Solo que... Desde que te hemos perdido de vista y hasta que hemos llegado a la cárcel ha estado llorando. Pero dadas las circunstancias es normal, estaba asustada.

Pero si Gary había intentado ocultárselo era porque opinaba como él, que el llanto de Carol estaba más relacionado con Jake que con la cárcel.

—¿Cómo lloraba?

Conocer los detalles no iba a hacerle ningún bien, pero los necesitaba. Gary volvió a dudar.

—Joder, Gary. Dilo.

—Mierda. Lloraba como alguien a quien han roto el corazón. Hemos estado a punto de parar en urgencias porque hiperventilaba. Pero al final se ha tranquilizado.

Jake se sintió como un mierda, pero no sabía cómo interpretar las lágrimas de Carol. El odio no provoca un llanto desconsolado. Ese enfoque le daba esperanzas. Quizá algún día le permitiría volver a acercarse a ella.

Sin embargo, había otro enfoque posible: que Carol ya estuviera de luto, llorando por algo que consideraba perdido para siempre. Llorarlo así era una manera de expulsarlo de su cuerpo.

En realidad, cuando había tomado la decisión de detenerla era consciente de cuál iba a ser la consecuencia directa: iba a perderla. Pero no había querido pensar demasiado en eso y, de hecho, no hacía falta llegar a ninguna conclusión sobre la cuestión en ese preciso instante. Ya se sabe, la esperanza es lo último que se pierde.

El caso saltó a los medios de comunicación el día siguiente. Fue un auténtico escándalo, y la prensa no dudó en sacar todos los trapos sucios y más de toda la familia. Jake procuró ignorar toda la basura, pero siguió con atención el penoso proceso judicial. Se alargó tres meses.

Desde el primer día, solo se dedicó a trabajar y dormir. Pasaba en comisaría más horas que un reloj y se dejaba pocas horas para dormir. De esta manera, no tenía tiempo libre durante el cual caer en la tentación de pensar en Carol. Intentaba pensar en ella solo con aquello relacionado con el juicio, nada más. Por eso dormía menos horas de las que le pedía el cuerpo, porque así en cuanto su cabeza rozaba la almohada se quedaba frito de tan cansado que estaba.

Aún así, bastantes más noches de las que le gustaría soñaba con ella, rememorando las horas que habían pasado juntos, recordando cómo había acariciado su piel sedosa, como había acunado sus pechos, como se había perdido dentro suyo hasta tener la sensación de que podrían fundirse en un solo ser.

Las mañanas después de esos sueños eran peores que cargar con una resaca, porque despertaba más duro que una piedra, con una excitación en el cuerpo que el alivio solitario y culpable en la ducha no conseguía satisfacer, y la cara empapada de lágrimas.

También tuvo que esforzarse para evitar la tentación de ir al juicio para verla en directo en vez de en los vídeos o fotografías de los medios de comunicación. Carol le había dejado claro que no quería saber nada de él y lo

respetó, porque en esos momentos ella ya tenía suficiente con enfrentarse al proceso judicial. No quería arriesgarse a que lo descubriera y alterarla. Ya le había complicado la vida lo suficiente.

Unas pocas semanas después de que empezara el juicio, sucedió algo que causó un gran revuelo: Carol decidió declarar contra su familia.

Cuando vio la noticia, Jake se quedó inmóvil delante del televisor de comisaría durante un buen rato, intentando comprender esa sensación extraña que se había apoderado de él y lo empujaba a sonreír por primera vez en semanas.

Era alivio.

Carol se había posicionado respecto a las acciones de su familia. La sonrisa de Jake se esfumó al recordar la lucha y discusión que habían protagonizado precisamente por ese tema. Había perdido la cabeza al pensar que Carol quería estar al lado de su familia. Le había costado comprender que era razonable que ella tuviera dudas.

Era una pregunta importante para él («¿De qué lado estás, Carol?») a la que ella no había llegado a responder. Pero ahora lo había hecho, y se sentía aliviado. Y orgulloso.

Imaginaba que habría sido muy difícil para ella tomar esa decisión, así que una tarde se armó de valor y fue a visitarla. Tenía la esperanza de que ese fuego que ardía contra él se hubiera apagado un poco, y que como mucho quedaran algunas brasas. Quería disculparse por cómo habían ido las cosas, quería que se sintiera apoyada en su decisión y quería consolarla si lo necesitaba. Quería ser su amigo, alguien con quien pudiera hablar de lo que la preocupaba.

Carol se negó a verlo.

Abandonó la prisión decepcionado, pero no sorprendido. Sin embargo, se resistió a rendirse. Quizá ella no quería verlo ni en pintura, pero podría estar presente en su vida de una manera más discreta.

Fue directamente a una librería donde compró, siguiendo la recomendación del dependiente, un generoso tomo que acababan de publicar y que contenía impresionantes imágenes captadas por algunas de las mejores fotografías del mundo. Lo llevó él mismo a la cárcel, lo envolvió después de que el guardia diera su aprobación y pidió que se lo entregaran sin decirle quién se lo enviaba.

El día siguiente, recibió una llamada de la cárcel. Carol había rechazado su regalo. Cuando fue a recogerlo, enseguida se dio cuenta de que el paquete

había sido desenvuelto y vuelto a envolver. Retiró el papel y abrió el volumen, preguntándose si Carol habría llegado a hojearlo.

En la primera página descubrió unas palabras escritas a mano: «¿Qué parte de TE ODIO no has entendido?».

Por algún absurdo motivo, y a pesar de la nueva decepción, no pudo evitar reír por la nariz.

—Chica lista.

Aunque el buen humor le duró poco. Había tenido la esperanza de que ese libro abriera un canal, algo, lo que fuera, entre ellos. Pero ese fuego que todavía ardía dentro de Carol quemaba cualquier posibilidad. Lanzó el libro al asiento trasero. Era hora de volver a centrarse en trabajar mucho y dormir poco.

Siguieron pasando días y semanas durante las cuales Jake se dejó caer una rutina monótona y agotadora para evitar pensar. Sin embargo, el día en el que se anunciaban las sentencias para toda la familia Boutella, no pudo contenerse y fue al juzgado con Gary. La sala estaba a rebosar de periodistas y otros policías y agentes implicados en la investigación, así que no le costó esconderse en el fondo de la sala para asegurarse de que Carol no lo veía.

Primero se anunciaron las sentencias de los padres y hermanos de Carol. Cada uno de fue condenado entre quince y veinte años de cárcel, y cada sentencia fue recibida con murmullos de aprobación por parte del público y gestos decepcionados por parte de los Boutella.

Carol, gracias a su declaración y a su poca implicación, fue condenada a siete meses. Ya había cumplido tres, así que dentro de cuatro estaría fuera. Jake tuvo que esforzarse para contener las ganas de hacer un gesto de victoria y gritar «¡Toma ya!» como si fuera un bateador que acababa de anotarse un *home run*.

Cuatro meses.

Dadas las circunstancias, eso era nada. Dentro de muy poco podría seguir con su vida. Casi le apetecía organizar una fiesta para celebrarlo.

Esa noche, Gary consiguió convencerlo por primera vez en meses para ir a tomar una copa. Se había quitado un gran peso de encima y se sentía animado, optimista. Sabía que no debía confiarse porque las cosas entre él y Carol no habían cambiado, pero se alegraba tanto por ella que casi se sentía feliz.

Los siguientes días se relajó un poco, solo un poco, y Gary incluso consiguió arrancarle algunas sonrisas con sus bromas malas.

Hasta que tres semanas después, Gary recibió una llamada que lo hizo palidecer. Cuando colgó el teléfono, tardó unos segundos en poder hablar.

—Carol ha intentado suicidarse.

A Jake se le escapó el café que tenía en la mano. Se estrelló contra el suelo, ante sus piernas, que le flaquearon.

—Está en el County.

Cuando Gary acabó de hablar, ya estaba solo.

Al identificarse como uno de los detectives que había participado en la investigación contra los Boutella, le permitieron acercarse a la habitación de Carol. Cuando la vio, sintió un pinchazo de desconsuelo en el pecho. Estaba dormida porque la habían sedado, pero la expresión relajada no escondía su mal aspecto. Estaba muy delgada, demasiado. También estaba muy pálida debido a la cantidad de sangre que había perdido. Dos vendajes blancos rodeaban sus muñecas.

—¿Cómo está? —preguntó a una doctora que vino a comprobar su evolución.

—Sobrevivirá, al menos físicamente. Pero está deprimida. Ha perdido demasiado en muy poco tiempo —fue la respuesta.

Se quedó en el pasillo, con la frente y las manos apoyadas en el cristal a través del cual la observaba, conteniéndose para no emprenderla a golpes contra nada.

Jake sabía qué era la frustración. Su trabajo a veces era tremendamente frustrante, pero esto lo superaba con creces. Necesitaba abrazarla, reprenderla por hacerse daño a sí misma y ayudarla en lo que hiciera falta. Lo necesitaba con toda su alma. Pero no podía hacer nada de eso.

En el coche, se lio a puñetazos contra el volante, y por primera vez desde que era un muchacho lloró estando despierto. Hacía tiempo que lloraba cada vez que soñaba con Carol, pero despierto era una novedad.

Los tres días siguientes, regresó al hospital para comprobar cómo evolucionaba. Siempre la encontró durmiendo. Las enfermeras le explicaron que mejoraba rápidamente, pero que se pasaba la mayor parte del día durmiendo.

El cuarto día, estaba despierta. A medida que se acercaba a la habitación, vio que estaba incorporada, hablando con la doctora. Llorando.

Jake se detuvo, con el corazón acelerado, indeciso. Seguramente no era un buen momento para acercarse. La mirada que le dedicó la doctora cuando lo vio se lo confirmó. De hecho, se apresuró a hacer descender los estores para cubrir los cristales antes de que Carol lo viera.

Unos instantes después, la doctora salió de la habitación, cerró la puerta detrás suyo y se le acercó. Su expresión era la de alguien que tiene que decir algo muy desagradable y teme la reacción de la otra persona.

—¿Qué le pasa? —preguntó Jake.

—Una de las enfermeras le ha explicado que ha venido usted a visitarla cada día.

La cara de Jake al escuchar sus palabras debió de dar pena, porque la expresión de la doctora se suavizó.

—Detective, la señorita Boutella ha empezado terapia y seguirá con ella en la cárcel, pero está muy delicada. No sé qué pasa exactamente entre ustedes dos, pero... su presencia no la ayuda. Al contrario.

Jake intentó adoptar una máscara inexpresiva. Tragó saliva y carraspeó, buscando algo que decir, intentando disimular que las palabras de la doctora habían sido como una bofetada. Obviamente no lo consiguió, porque ahora ella le miró con evidente compasión.

—Disculpe la dureza de las palabras. No me queda ninguna duda de que sus intenciones hacia la señorita Boutella son buenas, pero si de verdad quiere ayudarla, lo mejor que puede hacer es mantenerse alejado de ella.

—¿Se lo ha pedido ella? —preguntó Jake con la voz más rota de lo que le habría gustado.

—Sí —admitió la doctora—. Yo estoy de acuerdo con ella, y estoy segura de que su psicóloga también lo estará.

Jake miró la puerta de la habitación de Carol y asintió.

—Gracias por todo, doctora —dijo, y se alejó sin esperar respuesta.

En realidad, tenía que admitir que la petición era razonable. Al fin y al cabo, Carol ya le había dicho que no quería saber nada de él. Se lo había dejado claro como el agua. Así pues, ¿qué derecho tenía él a estar allí?

La culpabilidad, que hasta ese momento había conseguido mantener controlada, lo arrasó. Si Carol había llegado a estar tan mal era gracias a él. Lo de su familia había sido duro, pero su traición y su insistencia en mantener el contacto fue la gota que colmó el vaso. Además, a este paso él iba a enloquecer. La frustración, los sueños, el dolor... iban a acabar con él.

Por el bien de los dos, había llegado la hora de apartarse de Carol. No solo eso, también tenía que desengancharse de ella. Decirle adiós.

Deseó que fuera tan fácil de hacer como de decir.

No tenía ni idea de cómo hacerlo. Estaba unido a Carol por un hilo que no sabía cómo cortar.

Pero tenía que encontrar la manera de olvidarla.

Fue directo en busca de su viejo y traidor amigo, el *whisky*.

Dos días después, lo despertaron el sonido de una botella cuyo contenido estaba siendo vertido en una pila y el aroma de café bien cargado. Se esforzó por abrir los ojos, pero era como si tuviera los párpados pegados con pegamento.

Cuando consiguió abrir una rendija, los cerró rápidamente. El sol entraba por la ventana y había demasiada luz. ¿Quién coño había subido las persianas? Él se había asegurado de bajarlas bien.

Intentó incorporarse, pero todavía estaba borracho.

—¿Quié... an... ahí...? —consiguió farfullar.

En el fondo de su mente sabía que estaba en un estado lamentable, pero era incapaz de remediarlo.

Escuchó unos pasos que se le acercaban.

—Joder, Jake, te has vomitado encima. Apesta como un cerdo.

—¿Ga... ry?

Gary ni se dignó a contestar. Jake no tenía ni fuerzas ni ánimos para resistirse cuando su amigo lo agarró para obligarle a levantarse. Antes de que se diera cuenta de qué estaba pasando, Jake estaba en la ducha sintiendo como un chorro de agua helada le caía encima.

—¡Hijo de puta!

Más tarde, Jake se encontró sentado en el sofá, bebiendo café y comiendo un sándwich bajo la atenta mirada de Gary. El muy cabrón había vaciado todas y cada una de las botellas de *whisky* escocés que se había comprado.

Después, le puso en la mano una botella de agua que tenía que beberse mientras durara una película que echaban en la tele. Cuando al fin acabaron con el último bicho que había venido a invadir la Tierra a través de una puerta interdimensional, empezó a sentirse sobrio.

Gary cogió una silla y se sentó delante suyo. La expresión de su amigo lo intimidó. Nunca lo había visto así.

—Jake, no pienso dejar que te conviertas en un alcohólico.

—No era la intención.

—Pues nadie lo diría.

La cabeza de Jake estaba empezando a latir, como si alguien se dedicara a martillearla desde dentro.

—Te duele la cabeza, ¿verdad? Espero que te acuerdes bien de este momento cada vez que veas una botella de *whisky*.

—¿Podrías quitarte el altavoz que llevas incorporado, por favor?

Gary resopló, pero se detuvo a aspirar unas cuantas veces, como si intentara tomarse las cosas con calma.

—La situación con Carol ha sido una putada —dijo.

—No quiero hablar de eso.

—Y lo último que yo quería era ver a mi mejor amigo tirado en el suelo, revolcándose en su propio vómito, pero está claro que en esta vida nunca se tiene lo que se quiere.

Jake suspiró y miró por la ventana. No quería escuchar a Gary. No quería pensar. Solo quería olvidar tanto dolor, pero su amigo había venido a obligarle a enfrentarse a él.

—Carol me cayó bien desde un buen principio, ¿sabes? Me sabe mal todo lo que le ha pasado con su familia —dijo Gary—. Pero es su familia y su vida, tú no has tenido nada que ver con eso.

—¿Ah, no?

—No recuerdo haberte visto apuntándoles con una pistola para que se convirtieran en la nueva familia Corleone. Más bien me pareció que lo habían hecho por voluntad propia. Diría que el jurado y el juez fueron de la misma opinión.

Jake no pensaba conceder a Gary el placer de darle la razón, así que siguió con su mala cara y se entretuvo mirándose las manos.

—Acostarte con Carol fue un error.

Jake se tensó.

—Un error de los dos —añadió Gary.

—¿Perdona?

—Lo que pasó fue tanto culpa tuya como suya.

Jake negó con la cabeza con tanta energía que el martilleo se incrementó, pero lo ignoró.

—En mi caso era distinto —dijo.

—¿Por qué?

—Porque ella era la parte vulnerable.

—¿La forzaste a acostarse contigo?

—Joder, claro que no.

—Ahí lo tienes. Fue cosa de dos. Tú sabías dónde te metías y ella sabía dónde se metía.

—Nunca lo entenderás, Gary.

—Claro que lo entiendo. Sí, fue una cagada, pero no es culpa tuya que intentara suicidarse.

Con la mera mención del intento de suicidio, Jake se estremeció. El estómago se le revolvió, amenazando con expulsar todo su contenido en cualquier momento. Pero Gary no tuvo piedad y siguió hablando.

—Carol tiene que encontrar la manera de enfrentarse a su vida. Tú no puedes hacerlo por ella. No es tu responsabilidad.

Gary hizo una pausa y lo miró como si se acercara la parte del discurso que menos le apetecía.

—En cuanto a lo vuestro... Lo siento, tío, pero no funcionó. Me sabe fatal, pero tienes que asumirlo. Y puedes asumirlo. El mundo está lleno de personas que han superado un corazón roto. Tú también lo superarás.

Jake seguía sin mirar a Gary. Había apretado los puños hasta que los nudillos se le emblanquecieron, y se estaba planteando seriamente darle un puñetazo. Pero no estaba seguro de que se lo mereciera y tenía las de perder, así que se contuvo.

—Sigo pensando que es culpa mía —insistió.

—Eres un cabeza hueca, cuento con darte la charla unas cuantas veces antes de que empieces a procesarla.

—¿Esto es todo lo que has venido a decirme?

—No. Te informo de que durante unas semanas voy a ser tu perrito faldero.

El estómago de Jake no resistió más. Corrió hacia el baño y vomitó hasta que le pareció que empezaría a sacar los intestinos. Cuando regresó al salón, Gary lo miró sin ningún tipo de compasión.

—Ya era hora de que salieras. Venga, vamos a cenar. Tienes que rellenar ese estómago.

Aunque quisiera molerlo a palos y no estuviera de acuerdo con él en lo que se refería a Carol, Jake era consciente de que Gary estaba intentando sacarlo del agujero en el que había caído.

—Gracias, Gary.

Él le dio una palmada afectuosa en el brazo.

—A ver si me dices lo mismo cuando veas que soy tu sombra.

Su amigo cumplió lo prometido. Durante tres semanas, le organizó la vida y no se separó de él. Se instaló en su casa, iban juntos a trabajar, y por las tardes iban juntos al gimnasio, al cine o a tomar una cerveza (una como mucho). Incluso hacían la compra del supermercado juntos.

Jake agradeció la compañía y no tener que tomar decisiones. Abrazó la rutina que Gary le impuso, y solo necesitó unos días para empezar a sentirse más fuerte. Sí, el corazón le palpitaba dolorosamente cada vez que pensaba en

Carol, seguía soñando con ella y en general estaba de un humor de perros, pero al menos se veía capaz de soportar la angustia.

Definitivamente, la intervención de Gary fue una suerte. Si no lo hubiera ayudado a levantarse, no habría tenido fuerzas para enfrentarse a lo que pasó después.

Cuatro meses después de que se acabara el juicio contra los Boutella, Carol fue puesta en libertad. El cabrón de Gary lo supo antes que él y tardó un día entero en informarle. Estaban en Jimmy's tomando una cerveza.

—Se aloja en casa de ese colega suyo... —dijo Gary.

—Tom.

—El mismo —asintió Gary—. Creo que deberías ir a verla.

Jake no podía creerse lo que escuchaba.

—¿Disculpa? ¿Tengo que recordarte tus propias palabras sobre mi necesidad de asumir que lo nuestro no funcionó? —dijo, indignado—. Además, me odia. Y esa doctora me dejó bien claro que lo mejor que podía hacer era quedarme bien lejos.

Gary hizo una mueca despectiva.

—Que le den a la doctora y que me den a mí. ¿Cuánto hace que no te acuestas con alguien?

—No es de tu incumbencia.

—¿Lo ves? No has estado con nadie desde vuestra noche loca de amor.

—¿Y? —preguntó Jake, que se estaba poniendo de mal humor por momentos.

—Pues que podrías darte una oportunidad. Y si te echa escaleras abajo de manera definitiva, podrás seguir adelante con tu vida y dejar de ser el fantasma en el que te has convertido.

Esa noche, Jake odió a Gary y sus mensajes contradictorios. Encima, por su culpa, volvió a soñar con ella, su cuerpo suave, su sabor, sus gemidos, su cálido interior... Llevaba algunas semanas durmiendo como un tronco y despertándose casi de buen humor, pero las palabras de Gary hicieron regresar esos sueños de forma cruel.

Al final, unos días después, se rindió y fue a casa de Tom. Cuando este abrió la puerta y le vio, pareció plantearse la posibilidad de partirle la cara, pero se contuvo.

—Se ha ido —dijo con la voz ronca.

—¿A dónde? —preguntó Jake.

Los ojos de Tom se humedecieron y se encogió de hombros.

—No lo sé. Pero estaba muy mal.

Si no hubiera sido por la intervención de Gary unos meses atrás, Jake se habría hundido. Era demasiado fácil pensar en la gran cantidad de maneras con las que se podía acabar con un sufrimiento insoportable sin que nadie se enterara.

Adentrarse en el mar para convertirse en comida para los peces.

Una sobredosis de somníferos, calmantes y alcohol en la oscura habitación de un motel donde nunca la identificarían.

Un tren que destrozaría la carne y los huesos que encontrara a su paso.

El abanico de posibilidades era demasiado amplio.

Sin embargo, Jake no se dejó vencer por esos pensamientos. Hizo llamadas y pidió unos cuantos favores para intentar localizarla.

Esperó.

Y siguió esperando.

Volvió a hacer llamadas y a pedir favores, pero Carol parecía haberse volatilizado de la faz de la Tierra.

Algo en su interior le repetía una y otra vez que Carol, su Carol, estaba muerta, pero otro algo le decía que se había ido para empezar una nueva vida.

La incertidumbre empezó a consumirlo.

Los sueños y las lágrimas regresaron.

También la necesidad de olvidar.

Una noche, entró en un supermercado aunque había hecho la compra justo la tarde anterior. No le faltaba nada, era solo que allí tenían el mejor *whisky* escocés de toda la ciudad.

La empleada de la oficina bancaria comprobó el valor del cheque, preparó el efectivo equivalente y se lo entregó.

—Aquí tiene, señorita Jensen —dijo, con una sonrisa.

—Gracias —contestó ella.

Recogió el dinero, salió del banco y caminó hacia su viejo Ford Escort. El sol primaveral le acarició el rostro y los brazos con una calidez reconfortante. Entró en el coche y suspiró.

Señorita Jensen.

Todavía no se había acostumbrado a que la llamaran así, y eso que ya habían pasado ocho meses. Había creído que el cambio de nombre y una vida radicalmente distinta la acabarían convirtiendo en alguien distinto, dejando su antiguo yo y su antigua vida olvidados en un rincón, pasando a ser recuerdos a desempolvar muy de vez en cuando, como si fueran fotografías que se estaban borrando.

Como en muchas otras cosas, estaba completamente equivocada. Su pasado estaba siempre con ella, haciendo acto de presencia en su día a día.

La estancia en la cárcel fue un verdadero infierno. No porque nadie la hubiera tratado mal, sino porque se sentía continuamente dentro de un oscuro pozo del que no conseguía salir. Después de su paso por el hospital se atrevió a pensar que al ser puesta en libertad la sensación desaparecería, pero se quedó con ella.

Se instaló en casa de Tom. Al cabo de unos días, en el buzón apareció un sobre a su nombre. Solo contenía dinero. Varios miles de dólares, cuyo origen podía imaginar. Seguía sin querer saber nada de su familia y, aunque todo lo sucedido la había dejado sin nada, guardó el sobre en un cajón con la intención de fingir que no existía.

A pesar de los esfuerzos de Tom por ayudarla, cada día que pasaba el agua del pozo en el que estaba atrapada aumentaba de nivel. Pronto la cubriría

y acabaría ahogándola.

Ya le había pasado una vez.

Las cicatrices en las muñecas estaban ahí para hacer regresar recuerdos borrosos pero dolorosos. Sabía que no quería volver a repetirlo, pero no estaba segura de ser capaz de evitarlo.

Tenía que huir de sí misma. Necesitaba borrarse, olvidar quién era y de dónde venía. No se veía capaz de enfrentarse a su pasado. Nunca más.

Se dio cuenta de que si no había tenido el valor de tirar el sobre de dinero a la basura era porque, en el fondo, sabía que lo iba a necesitar. Se tragó el orgullo, lo cogió y huyó.

Una de sus compañeras de habitación, con la que más había hablado, tenía unos contactos interesantes. No le costó abandonar a Carol Boutella para convertirse en Jill Jensen. Compró el Ford Escort, guardó su bolsa en el maletero y condujo.

Las primeras semanas, solo hacía eso. Conducir. Tenía la suerte de vivir en un país tan grande que no podría recorrer todas sus carreteras ni en una vida entera. Solo paraba para dormir.

Hubo dos excepciones.

La primera vez, una carretera la condujo hasta un acantilado de casi un centenar de metros de altura. En vez de dar marcha atrás, bajó para contemplar el paisaje. No tardó en encontrarse de pie en el borde del precipicio, mirando hacia abajo y preguntándose qué sentiría mientras caía.

La tentación era grande.

Pero dio un paso atrás, regresó al coche y siguió conduciendo.

La segunda vez, se detuvo en el centro de un solitario puente que cruzaba un río tranquilo y profundo. Era de noche y, mientras miraba hacia las aguas negras pensó que también sería una buena manera de desaparecer. Nadie la vería caer, nadie vería cómo su cuerpo se hundía en el fondo fangoso.

De nuevo, dio un paso atrás y siguió conduciendo.

Un día se dio cuenta de que echaba de menos hacer fotografías. Se detuvo en la primera ciudad mediana que encontró y se compró una cámara de fotos. A partir de ese día, de vez en cuando se detenía para fotografiar pueblos, ciudades y, sobre todo, parajes naturales. Era donde más horas pasaba, perdida en bosques y montañas, donde apenas se encontraba con nadie. Al principio solo llegaba hasta donde la llevaba el coche, pero en cierto momento empezó a caminar. Iba bien equipada y, si hacía falta, dormía al raso. Descubrió que eso todavía le sentaba mejor que pasarse el día conduciendo.

Un par de meses después, se sentó a revisar con calma todas las fotos que había hecho. Y llegó a la conclusión de que, modestia aparte, eran buenas. Recordó que uno de sus profesores del máster trabajaba en un grupo editorial que editaba varias revistas de viajes y naturaleza. Le escribió, haciéndose pasar por la amiga de un exalumno suyo, y le envió algunas fotos de muestra. Se las compraron todas. Le pidieron que siguiera enviando imágenes y, al cabo de poco, empezaron a hacerle encargos. Ventajas del mundo moderno, podían hacerlo todo *online* y nunca tuvieron que verse las caras.

No ganaba dinero como para hacerse rica, pero era suficiente para seguir ese ritmo de vida. Como no quería dejar demasiados rastros sobre su falsa identidad, se compró un móvil prepago para utilizar solo en caso de emergencia y no tenía cuenta bancaria. Pedía a la revista que le enviaran los cheques a los moteles donde sabía que se iba a alojar y los cobraba en efectivo. No era el sistema más cómodo del mundo, pero solo requería un poco de organización.

Ese día de perfecta primavera, mientras salía del banco en el que había ido a cobrar el último cheque que había recibido, pensó que llevaba varias semanas sintiéndose bien. En paz. No recordaba cuándo había llorado por última vez. Es más, era capaz de pensar en todo lo sucedido y en su familia sin temblar, llorar ni verse atrapada de nuevo en ese oscuro pozo.

Había sucedido, sí. Y había sobrevivido. Todavía no se sentía con fuerzas para pensar demasiado en sus padres y sus hermanos, pero estaba saliendo adelante. Sabía que esa era una herida que iba a tardar en cerrar y lo aceptaba. No tenía prisa. Cuando sanara, ya decidiría si se ponía en contacto con ellos o no.

La verdad, ese día se sentía tan bien que pensó que iba siendo hora de llamar a Tom. Se había ido sin ni siquiera dejar una nota de despedida. Sintió una punzada de culpabilidad al recordarlo, pero no había sido capaz de hacerlo de otra manera. Al menos, ahora podía ponerle remedio. Un poco.

Cuando Tom escuchó su voz, se quedó sin habla. Carol le conocía suficientemente bien como para saber que estaba llorando como una magdalena. Al final acabaron los dos llorando y ella le contó cómo pudo lo que había estado haciendo los últimos ocho meses. Como todavía no se veía con fuerzas de regresar de visita a la ciudad, quedaron para encontrarse a mitad de camino al cabo de dos semanas. Los dos se lo dejaron anotado en sus agendas.

—Por cierto —dijo Tom antes de colgar—. El día que... el día que te fuiste, vino a verte el tipo ese. El policía. Jake.

Jake.

Al escuchar su nombre, el corazón de Carol dio un vuelco.

Jake.

Jake Mulligan.

Hacía más de un año que no sabía nada de él. Aún así, al escuchar su nombre y pensar en él, todavía se le ponía la piel de gallina.

A principio le odió. Tanto o más que a su familia. Le había arruinado la vida y encima la había traicionado. Y le había dejado su marca en la piel, y por más que intentara limpiársela no conseguía hacerla desaparecer. Antes de desmayarse, cuando se cortó las venas con esa cuchara afilada, pensó en él. Y deseó que la culpa por su muerte cayera sobre él como una losa de la que nunca pudiera librarse.

En algún momento, quizá cuando había vuelto a hacer fotografías, empezó a ser capaz de apartarlo de sus pensamientos. Igual que hacía con sus padres, en cuanto se acordaba de él pensaba en otra cosa y lo desterraba de su cerebro. Aunque con él era más difícil. Tenía que esforzarse más y, aún así, parecía que su fantasma la acompañaba allí donde fuera. Algunas noches incluso soñó con él, y se enfadaba consigo misma, porque siempre, siempre, estaban desnudos. Maldito subconsciente.

Al final, Carol había aprendido a aceptar esa presencia constante a su lado y a no hacerle demasiado caso. Pero la mención de Tom la había vuelto a señalar como si fuera un cartel luminoso.

Jake.

Qué injusta había sido con él.

Vale, sí, ninguno de los dos había demostrado tener demasiado cerebro al acostarse a pesar de saber quiénes eran y lo imposible de su situación. Pero ella lo había acusado de arruinarle la vida. Y de traicionarla.

La verdad era que, si Carol consideraba que Jake le había arruinado la vida, también debería estar enfadada con el resto de policías y federales que habían participado en la investigación contra su familia. Pero no lo estaba. De hecho, ella misma había rechazado y renegado de los negocios familiares. Es más, hasta ese momento no había querido admitirlo, pero tenía la sensación de que si no hubiera conocido a Jake, quizá no habría sabido encontrar la fuerza de voluntad para decir que no a sus padres.

Así pues, ¿por qué no le permitía a él hacer lo mismo? Al fin y al cabo, solo hizo su trabajo, y quienes lo habían empezado todo habían sido sus padres.

Y la detención... La había vivido como una auténtica traición. Unas horas antes le prometía ayudarla para finalmente detenerla. ¿Se podían enviar mensajes más contradictorios?

Carol supuso que Jake había tenido su propia lucha interna al respecto. Y, aunque le diera rabia admitirlo, había hecho lo correcto. Al menos, lo menos malo para ella. Porque si la hubiera ayudado a huir en esos momentos sería una fugitiva. Sin embargo, ahora tenía la seguridad de que estaba rehaciendo su vida.

Recordó la expresión de Jake cuando la detuvo. Realmente parecía un alma en pena, abrumado por la culpabilidad.

Después él intentó visitarla en la cárcel, pero ella lo rechazó, igual como ese impresionante libro que le devolvió con ese mensaje tan cruel.

También le hablaron de sus visitas en el hospital. En su momento se lo tomó muy mal, lo odiaba y no quería tenerlo cerca, pero visto con la distancia, se dio cuenta de que él se había preocupado por ella. Había intentado acercarse, seguramente para ofrecer su ayuda, pero ella solo había sido capaz de rechazarlo.

Entonces Carol se dio cuenta de por qué el fantasma de Jake la seguía a todas partes.

Le debía una disculpa.

De repente, no comprendía cómo no se había dado cuenta antes. Era lo que tenía que hacer. Si no, no se libraría nunca de esa carga que llevaba encima.

Pensó en la mejor manera de hacerlo. Una disculpa siempre es mejor en persona, pero no se veía capaz de regresar a la ciudad para ir a su encuentro. Tendría que valer con una llamada telefónica. En realidad, había pasado más de un año, él ya habría seguido con su vida y lo más probable era que no le apeteciera hablar con ella. Sí, era mejor una llamada telefónica. No lo molestaría tanto.

A pesar de estar convencida de que era lo que debía hacer, tardó varios días en reunir los ánimos suficientes para marcar el número de la comisaría.

Cuando por fin se armó de valor, estaba tan nerviosa que le temblaban y sudaban las manos, y tuvo que beberse dos vasos de agua seguidos porque la boca se le había convertido en un desierto.

Marcó el número de teléfono.

Cuando alguien contestó, preguntó por él.

La respuesta que recibió no era la que esperaba.

*

Solo llevaba dos meses en la pequeña ciudad, pero ya se había labrado una fama.

El misterioso policía de ojos tristes, le llamaban.

La noche en la que había entrado en el supermercado y se había plantado delante de las tentadoras botellas de *whisky* escocés, decidió pedir un traslado.

Salió de la tienda sin comprar nada, repentinamente consciente de que hacía tiempo que la ciudad se le caía encima. Demasiada gente, demasiado ruido, demasiados coches y demasiados lugares donde esperaba encontrarse con ella en cualquier momento. Todavía la sentía bajo la piel. Tenía que asumir que Carol no iba a volver, pero si se quedaba no iba a conseguirlo. Necesitaba un cambio de aires.

La decisión supuso una gran cantidad de nuevas tareas que fueron una bendición, porque le mantuvieron la cabeza ocupada. Aceptó encantado el nuevo y tranquilo destino, donde se compró una casita gracias al dinero que había conseguido por su piso. Necesitaba arreglos por dentro, por fuera y en el jardín, pero era precisamente lo que necesitaba. Algo que lo mantuviera ocupado.

Antes de irse, Gary tuvo la satisfacción de haber conseguido que Jake aceptara que había cometido errores con Carol, pero no era el principal culpable de lo que le había sucedido a ella.

Esa aceptación le había dado cierta paz de espíritu que le permitió adaptarse con ganas a su nuevo hogar. Su nueva rutina le gustaba. Cuando no trabajaba, primero hacía ejercicio y después se dedicaba por completo a la casa. Como hacía muy buen tiempo, todo lo que podía lo hacía en el jardín. Sentía las caricias del sol, veía a sus vecinos ir y venir y conversaba amigablemente con ellos. A veces, no se reconocía a sí mismo. Nunca se habría imaginado haciendo miga con vecinos, y mucho menos que iba a gustarle. Serían cosas de la edad.

Lo invitaban a menudo a barbacoas y fiestas, y no le había pasado desapercibido el empeño de su anciana vecina, la señora Jenkins, en presentarle a jóvenes solteras que definía con grandes halagos. Tampoco se reconocía a sí mismo en ese asunto, porque en otra época no habría dudado en invitarlas a todas a tomar una copa. Como mínimo.

Esa tarde hacía calor y hacía rato que se había quitado la camiseta. Mientras enmarcaba una fotografía, pensó que quizá debería hacer un esfuerzo y salir con alguien. Le había llamado la atención una vecina de su

misma calle, divorciada. Era muy guapa y habían hablado en un par de ocasiones. Jake era consciente de cómo le miraba. Le habían dirigido esa agradable mirada otras veces, e incluso lo había invitado a visitarla si necesitaba cualquier cosa. Así que, ¿por qué no? Ya había llegado la hora de darse una alegría, ¿no? Sí, era el momento. Un día de estos iría a visitarla.

Pronto.

Quizá la semana que viene.

O la otra.

Se concentró en el marco. Últimamente se había aficionado a leer revistas de viajes y parajes naturales. No tardaría en acabar los arreglos de su nueva casa y cuando eso pasara, no quería encontrarse de brazos cruzados. Por lo tanto, había decidido ocupar su tiempo libre en viajar un poco y explorar lugares cercanos.

En una de esas revistas había encontrado esa fotografía de un lago perdido entre dos montañas, iluminado por el sol rojizo del atardecer, y le había gustado tanto que había decidido enmarcarla. No sabía por qué, pero observar esa imagen lo relajaba. Era de una tal Jill Jensen. Buscó otras fotos suyas en la misma revista, y la verdad es que le gustaron mucho. Tenía talento, la tal Jill.

Estaba a punto de acabar cuando llamaron al timbre. Jake resopló. Seguro que era la señora Jenkins, dispuesta a emparejarlo con otra joven del pueblo. Estuvo tentado de no abrir la puerta, pero sabía que no podía librarse de ella. Mejor acabar con ello cuanto antes.

Abrió la puerta con cierta brusquedad.

No era la señora Jenkins.

Era un fantasma.

Un fantasma que había ganado algo de peso desde la última vez que lo vio, aunque parecía que la ganancia había sido en músculo. Un poco, lo justo para que ofreciera un aspecto muy saludable. Tenía la piel ligeramente bronceada y encima de su nariz respingona habían aparecido unas cuantas pecas. Vestía una camiseta holgada que le dejaba un hombro al aire y una falda ligera, y no muy larga, que ondeaba mecida por el viento suave. El cabello le había crecido y los mechones rebeldes le caían desordenados por debajo de los hombros. Y en esos ojos azules que siempre conseguían atravesarlo brillaba una mezcla de diferentes tipos de destellos. Todavía había algo de esa ingenuidad que tanto le había gustado. También había algo salvaje que no sabía interpretar del todo, pero que lo atrajo como un imán. La

serenidad le contaba lo mucho por lo que había pasado, y el temor le hablaba de su estado de ánimo actual.

A Jake le sorprendió la rapidez con la que su cuerpo podía reaccionar y excitarse. También la violencia con la que todo regresó. Todo. La pasión, el miedo, el dolor. La rabia.

No se movió, porque todavía no estaba seguro de si era ella o un fantasma.

Carol.

*

Gary debía de estar tomando una bebida cuando respondió a su llamada, porque cuando Carol se identificó le pareció que se atragantaba. Sin embargo, pasada la sorpresa inicial, le facilitó la nueva dirección de Jake. Lo de llamarlo para disculparse no podría ser porque, según Gary, Jake todavía no tenía teléfono fijo y había tenido algún problema con el móvil y estaba pendiente de recibir un nuevo número. No sabía si creerle.

—Se alegrará de verte —añadió, antes de despedirse.

Ella no lo tenía tan claro, pero prefirió no pensar demasiado en ello y se limitó a organizarse para que su siguiente parada la llevara cerca de la pequeña ciudad a la que el policía se había mudado.

Mientras conducía hacia la casa de Jake, estaba tan nerviosa que sentía náuseas. Tuvo demasiado tiempo para pensar en la conversación a la que tendría que enfrentarse. A pesar de todo, consiguió hilvanar un discurso de disculpa que le pareció coherente y decidió que, en cuanto lo tuviera delante, lo soltaría y ya está. Le pediría disculpas, le permitiría seguir con su vida y ella se habría arrancado una espina que tenía clavada.

Cuando aparcó delante de la casa, podía escuchar los latidos de su propio corazón. Bajó del coche y observó la casita. Estaba recién reformada. Y con bastante buen gusto, la verdad.

De repente, le asaltó la idea de que Jake pudiera estar acompañado. Quizá vivía con alguien. A su corazón desbocado se le añadió un doloroso pinchazo en el pecho. «¿A qué viene eso?», pensó, desconcertada. Ya había contemplado esa posibilidad, le parecía lo más normal. Aún así, se detuvo.

Quizá esto no era tan buena idea.

Dio un paso atrás.

Se quedó ahí unos instantes.

Sabía que, si se iba sin llamar al timbre de esa casa, no podría avanzar nunca.

Pero quizá no era tan buena idea. Él había seguido con su vida. Seguramente lo molestaría.

A la mierda. Tenía que hacerlo por ella misma.

Ahora casi corrió hacia la puerta, para no darse tiempo a repensárselo. Ignoró sus manos temblorosas y llamó al timbre. Mientras esperaba que alguien abriera la puerta, repasó mentalmente el discurso. Estaba lista para soltarlo. Bueno, más bien escupirlo.

La puerta se abrió con brusquedad.

Primero le llegó el aroma a chocolate amargo. Después...

Jake.

En cuanto lo vio, las palabras se esfumaron de su boca y su cerebro. Para empezar, iba sin camiseta, y esa siempre era una visión agradable. Seguía en tan buena forma como siempre. Se notaba que pasaba tiempo al aire libre, porque estaba bastante bronceado. Llevaba el cabello un poco más largo y algo despeinado. Lo tenía un poco más claro, seguramente por el sol.

La piel se le puso de gallina. Nunca habría imaginado que la piel que había entre los dedos de los pies pudiera ponerse de gallina, pero a ella acababa de sucederle.

Se dio cuenta de lo estúpida que había sido. ¿Que necesitaba verle para disculparse y seguir adelante con su vida? Vaya manera más patética de mentirse a sí misma.

Necesitaba verle porque seguía enamorada de él.

Ese había sido su problema desde el principio. Solo había necesitado un baile para enamorarse perdidamente de él.

Maldita sea.

Y encima se había quedado allí clavada, incapaz de abrir la boca.

La cara de Jake al verla fue todo un poema dedicado a la sorpresa. Los ojos como platos y la boca un poco abierta eran los de alguien que está viendo un fantasma. Se quedó petrificado un buen rato, observándola con esa expresión, hasta que su mirada se ensombreció.

Durante unos instantes Carol temió que le cerrara en la puerta en las narices, pero entonces se apartó. Le daba permiso para entrar.

Carol respiró hondo, dio un paso adelante y entró en la casa. Su intención era quedarse en el recibidor, pero sus ojos enseguida se posaron sobre la mesa del salón. Lo que vio allí encima le aceleró el corazón.

Caminó rápidamente hacia la mesa. Al parecer, Jake había estado enmarcando una foto... ¡suya!

¿Cómo era posible? Nadie, absolutamente nadie de su entorno sabía que publicaba fotografías bajo el nombre de Jill Jensen. Era imposible que Jake se hubiera enterado.

Entonces descubrió, en un estante, una pila de revistas de viajes y escapadas.

Era casualidad. A Jake le había gustado esa foto y había decidido colgarla en la pared de su casa como decoración.

Carol sintió un escalofrío, incapaz de salir de su asombro. ¿Significaba eso algo? Cortó ese pensamiento. No era el momento de ir por allí. Antes tenía que pronunciar un discurso de disculpa.

Se giró, dispuesta a empezar a hablar, pero al ver a Jake volvió a quedarse sin palabras. Él había cerrado la puerta y se acercaba a ella, todavía con esa mezcla de asombro y enfado en la cara. Se detuvo a tan solo un paso de ella y durante unos segundos eternos se miraron.

Entonces él estiró los brazos y con cuidado hundió los dedos en sus cabellos. Carol se estremeció al darse cuenta de que la estaba explorando, como si necesitara comprobar que era real. Los dedos bajaron hacia su rostro, donde una mano le acunó la mejilla. Carol cerró los ojos y se recostó contra la mano, que la abandonó demasiado pronto. Jake bajó hacia su garganta, donde apartó su camiseta para dejar a la vista las leves cicatrices que le habían quedado después del ataque en la discoteca. Las acarició con la punta de un dedo. Después bajó por sus brazos, casi aferrándose a ellos, hasta que le agarró las manos y las elevó con las palmas hacia arriba. Pasó los pulgares por encima de las cicatrices de sus muñecas.

Al ver el dolor reflejado en su mirada, Carol se dio cuenta de cuánto había sufrido Jake por ella. Rechazó su ayuda, se negó a hablar con él, se cortó las venas, y finalmente desapareció durante ocho meses sin dar señales de vida. Había estado tan perdida que no se había dado cuenta de que lo tenía a su lado. Y aparecía ahora, de la nada, sin saber qué quería de él hasta que lo había vuelto a ver.

Entonces la soltó. El asombro había desaparecido de su rostro. Tan solo quedaba esa expresión ensombrecida, enfadada. Pero no se movía. Solo la miraba. Y Carol se dio cuenta de que le estaba dando la oportunidad de apartarse. La estaba retando a volver a irse.

Carol no se movió. Ahora sabía que no se iría, no quería irse a ningún lado. No quería huir, ya no. Pero era incapaz de pronunciar una palabra. Solo

le quedaban los gestos. Estiró el brazo lentamente con la intención de cogerlo de la mano, pero de repente Jake la agarró con fuerza por la muñeca y tiró de ella para acercarla a él. Apoyó la otra mano en su nuca para obligarla a levantar la cabeza. Se miraron otra vez, ambos con la respiración acelerada y la mirada oscurecida por el deseo. Carol deseó tanto a Jake que se le escapó un suave gemido. No lo deseaba, lo necesitaba.

Se lanzaron el uno a los labios del otro. No fue un beso suave, fue fuerte, desesperado. Jake acabó succionando su labio inferior y Carol abrió la boca para que sus lenguas se encontraran y se exploraran, sedientas e impacientes.

Jake gruñó. Nunca lo había escuchado gruñir así. Fue un sonido corto, grave, casi animal. Sin parar de besarla, le liberó el brazo y la nuca para acariciarle con fuerza la espalda, la cintura, el trasero. La pegó a él y Carol pudo sentir su potente erección, arrancándole otro gemido. Ella también le acarició. El cabello, la espalda fuerte, los brazos, las nalgas. Le apretó contra ella, sintiendo la necesidad de fundirse con él. No le daba miedo la ferocidad que Jake estaba demostrando. Sabía de dónde venía, y ella también lo sentía.

De repente, Jake se apartó, cogió su camiseta y, literalmente, la rasgó. Carol soltó un grito ahogado, sorprendida por la acción y la fuerza de su excitación. Después le levantó el sujetador y se lo quitó por la cabeza y los brazos.

Cuando le vio los pechos, Jake volvió a gruñir como un animal. Se arrodilló ante ella y los envolvió con sus manos, para después llevarse un pezón a la boca. Lo cubrió, lo lamió, lo succionó sin piedad e incluso lo mordió, arrancando varios gritos estremecidos a Carol. Tenía la sensación de que podría correrse solo con esos estímulos.

Mientras la boca de Jake se dedicaba al otro pezón con la misma intensidad, apoyó las manos en las piernas de Carol, a la altura de las rodillas, y las subió lentamente por los muslos. Se perdieron por debajo de la falda, hasta que encontró las braguitas. Las cogió con las puntas de dos dedos y las bajó, también lentamente, en un acto que provocó espasmos de placer en la entrepierna de Carol. Nunca habría imaginado que un gesto tan sencillo pudiera ponerla tan cachonda.

Jake abandonó el pezón, arrancándole un gemido de protesta, se levantó y también le rasgó la falda. Se quedó ahí de pie, jadeando, observando su cuerpo desnudo con una expresión feroz en el rostro.

Entonces la expresión se suavizó, como si se hubiera dado cuenta de que se estaba dejando dominar por el deseo incontrolable que le corría por las

venas. Carol vio en sus ojos que hacía un esfuerzo por tranquilizarse, pero ella no quería que se controlara. Lo quería así. Duro, fiero, salvaje.

Desabrochó los pantalones de Jake y bajó la cremallera. Jake jadeó. Después, se giró para darle la espalda y se pegó a él. Le cogió una mano y la guio para que la rodeara por la cintura, la otra para que le atrapara un pecho. Jake volvió a jadear y no se lo hizo repetir. La atrapó con fuerza y se inclinó para besarle el cuello mientras la conducía hacia el sofá. Una vez allí, la empujó y cayó tumbada boca abajo.

Carol apenas escuchó el sonido de que hizo Jake al bajarse los pantalones y los calzoncillos. Sintió su peso en el sofá, detrás suyo. Puso las manos sobre sus caderas y tiró de ella, obligándola a ponerse de rodillas. Sintió la enorme punta de su miembro en su entrada y, sin previo aviso, se hundió en ella del todo.

Carol gritó y se tensó cuando una descarga de placer y dolor la atravesó. Estaba húmeda, muy húmeda, pero Jake era grande.

Sin embargo, aunque doliera un poco, las agradables sensaciones que el miembro de Jake despertaba al estar dentro suyo, empalándola, eran infinitamente más potentes. Jadeó, consciente de que estaba a punto de alcanzar el clímax, y sus músculos apretaron y succionaron la dureza de Jake.

Él no esperó a que se recuperara de esa primera descarga que la había hecho tensarse. Enseguida empezó a retroceder, sin salir del todo, y volvió a hundirse en ella de golpe. Fue suficiente para Carol, que chilló y agarró con fuerza la tela del sofá, sorprendida por la rapidez y la fuerza del orgasmo. Jake empezó a moverse rítmicamente, invadiéndola una y otra vez con duras embestidas que arrancaron gemidos guturales a los dos.

Carol perdió la noción de todo lo que la rodeaba, excepto de Jake. Solo sentía las manos sobre su piel, su respiración agitada, los suaves golpes de sus cuerpos cada vez que se juntaban, su miembro recorriendo cada centímetro de su interior. Entonces él se inclinó un poco hacia adelante y con los dedos hábiles de su mano buscó el turgente y sensible botón en el que se había convertido su clítoris. Lo rodeó y lo acarició, primero con suavidad, pero pronto aumentó el ritmo de las caricias, a la vez que aumentaba la velocidad de sus embestidas.

Carol se escuchó a sí misma y a Jake gemir con auténtica desesperación. Las oleadas de placer eran tan intensas que necesitaban llegar al clímax final, porque era imposible sufrirlas mucho tiempo más.

Explotaron a la vez.

Gritaron, se arquearon y se tensaron, sacudidos por los espasmos que les recorrían el cuerpo. Fue largo, sorprendentemente largo, y Jake siguió moviéndose dentro de Carol, que se apretaba contra él y lo hacía suyo aprisionándolo con sus músculos. Carol no recordaba haber experimentado nunca tanto placer. Un placer que se disolvió poco a poco, dejándolos exhaustos, jadeantes y temblorosos.

Jake salió de ella con cuidado, arrancándole un pequeño lamento de protesta, y se dejó caer a su lado, en el suelo. Los dos seguían jadeando.

Carol se giró, se puso boca arriba y miró a Jake. Las mejillas le brillaban. Primero pensó que estaba cubierto de sudor, hasta que se dio cuenta de que eran lágrimas. Llevó su mano hacia su mejilla, sorprendida, y se la acarició. Él hizo lo mismo, y fue entonces cuando Carol descubrió que ella también tenía las mejillas cubiertas de lágrimas. Se sonrieron y se besaron con ternura, mezclando y saboreando sus lágrimas.

Después, Jake cogió la falda rota de Carol, que estaba en el suelo, y le limpió los muslos con delicadeza. Carol le dejó hacer y le observó el rostro. Era hermoso. Paseó la mirada por su cuerpo perfecto, para descubrir algo que la dejó boquiabierta. ¡Seguía excitado! Él le dedicó esa sonrisa traviesa suya que, ahora se daba cuenta, tanto había echado de menos, y se levantó. La agarró, manejándola como si fuera un peso pluma, y se la cargó al hombro como si fuera un saco de patatas.

Carol, desconcertada, carraspeó. Se dio cuenta de que todavía no se habían dicho ni una sola palabra.

—Yo... en realidad he venido a hablar... —empezó a decir.

—Cállate. Todavía no he acabado contigo —la interrumpió Jake.

Carol enmudeció. Oh, esa voz grave y ronca. ¿Cómo no se había dado cuenta de cuánto la echaba de menos?

Volvió a excitarse. Teniendo en cuenta que Jake acababa de sorber hasta su última gota de energía no comprendía cómo era posible, pero al parecer su cuerpo tenía reservas escondidas en algún lugar secreto.

Jake la llevó hasta la habitación y la dejó caer sobre la cama.

—¡Oye!

Él ignoró sus protestas, se tumbó encima suyo y la besó. No quedaba rastro de los besos duros y desesperados de antes. Ahora fueron tiernos y suaves, casi delicados. No tardó en abandonar sus labios y se dedicó a besar todo su cuerpo. El cuello, el pecho, los pezones, el abdomen, el vientre, los muslos, las rodillas. La puso boca abajo y se recreó con el trasero, la espalda, los brazos... No dejó rincón de piel sin besar, absorbiendo su aroma, soltando

leves gruñidos de placer. Carol quería hacer lo mismo con él, pero tenía la intuición de que no se lo permitiría. Así que se dejó hacer, estremeciéndose con cada beso, escuchando su propia respiración acelerarse.

Jake volvió a ponerla boca arriba y la besó otra vez. Le cogió una pierna con la mano, la guio para que le rodeara la cadera y él se acomodó entre sus muslos. Entonces la miró a los ojos y, sin apartar los suyos, la penetró lentamente. Los dos exhalaban un suspiro ahogado y se quedaron así, quietos, mirándose. Carol se estremeció al darse cuenta de que quería perderse en esos grandes ojos marrones y que, esta vez, nada podía impedirselo. Pero, por unos instantes, la expresión de Jake volvió a llenarse de dolor.

—Te prohibí que volvieras a desaparecer —susurró.

Carol sintió un pinchazo de culpabilidad.

—Lo siento...

Jake la embistió con suavidad una sola vez, arrancándole un gemido.

—¿Volverás a irte?

Carol negó con la cabeza.

—Dilo en voz alta.

—No me iré. Esta vez no.

Jake parecía estar analizando su expresión, indeciso.

—Te lo prometo —dijo Carol.

Él todavía parecía angustiado. Le acarició el rostro con las yemas de los dedos, como si no acabara de creerse que estaba ahí con él.

—Creía que estabas muerta, Carol.

Los ojos de Carol se inundaron de lágrimas.

—Lo siento mucho, Jake. Estaba perdida y tardé mucho en darme cuenta del daño que te había hecho. Lo siento mucho, de verdad... Por eso he venido. Quería disculparme.

Él le secó los dos lagrimones que resbalaban hacia el colchón. La observó en silencio unos instantes, serio, hasta que su cara se iluminó con una sonrisa pilla y se movió una vez dentro de ella.

—¿Solo por eso?

Carol gimió.

—Eso creía yo —admitió entre suspiros—. Pero creo que no estaba siendo del todo sincera conmigo misma.

—¿Entonces ya sabes qué has venido a hacer aquí exactamente?

—Creo que sí.

Jake mostró una sonrisa relajada que Carol no le había visto nunca. No estaba segura, pero se habría atrevido a decir que era de felicidad. Empezó a

moverse rítmicamente dentro de ella, sin prisas, disfrutando de cada movimiento.

—Di mi nombre.

—Jake.

—Otra vez.

—Jake...

Y susurrándose sus nombres y promesas por venir, se hundieron y perdieron el uno en el otro sin culpa y sin miedo a herirse otra vez, hasta que alcanzaron un clímax largo y dulce que no tardaron en querer repetir.

Ya era negra noche cuando se dieron cuenta de que estaban muertos de hambre.

—Te invito a cenar —dijo Jake.

—Me parece una gran idea, pero tengo un problema: me has roto la ropa. Jake sonrió como si estuviera orgulloso de su hazaña.

—Puedo prestarte algo. Me encantaría verte vestida con mi ropa.

Carol le sacó la lengua.

—No hace falta. Solo necesito que me traigas las maletas del coche.

—¿Maletas? ¿En plural?

—No tengo residencia fija. Todo lo que tengo va conmigo en el coche — explicó Carol, dándose cuenta de que tenían muchas cosas de que hablar.

Jake arqueó la ceja, como si acabara de escuchar algo muy interesante.

—¿Así que no tienes dónde alojarte?

Carol sonrió y negó con la cabeza.

—Puedo prestarte el sofá. Hoy se ha convertido en uno de los lugares favoritos de mi casa —dijo Jake con su sonrisa traviesa.

Carol sintió que las mejillas le ardían al recordar lo que había sucedido en el sofá.

—¿Te has sonrojado? —preguntó Jake, divertido.

—No.

—Estoy bastante seguro de haber visto como se te enrojecían las mejillas.

No sabía por qué, Carol iba camino de ponerse roja como un pimiento. Se levantó para que Jake no la viera.

—Por cierto, me gusta mucho esa foto que estabas enmarcando —dijo para cambiar de tema de manera efectiva.

Jake sonrió de manera relajada, dejando claro que no conocía la verdadera identidad de Jill Jensen.

—Sí, no sé qué tiene, pero no puedo dejar de mirarla —dijo.

Ahora la que sonrió fue Carol. Y lo hizo como una auténtica boba. Sin embargo, al pensar en lo siguiente que iba a decir se tensó un poco.

—Puesto que eres policía, creo que hay algo que deberías saber.

—¿Qué? —preguntó él, levantándose también.

—Llevo ocho meses usando la identidad de una persona muerta.

Jake la miró con la boca abierta, consternado.

Carol no pudo evitar sonreír. Temía que reaccionara mal, pero su cómica expresión y su miembro, que se erguía por momentos, dejaron claro qué opinaba del asunto. Él se le acercó.

—No me puedo creer lo mala que eres —dijo con la voz más ronca de lo normal.

—Creo que te gustará conocer mi otro nombre —dijo Carol con expresión inocente.

—En estos momentos me gustaría más hacer otras cosas.

—Es Jill Jensen. Tomé unas cuantas fotos en ese lago, si quieres puedo enseñártelas.

Jake tardó unos segundos en procesar lo que Carol le estaba diciendo. Su expresión pillá pasó a ser de sorpresa, y después de emoción.

—¿Eres Jill Jensen? —preguntó con la voz rota.

Carol asintió, tan emocionada como él. No comprendía cómo podía estar tan unida a Jake, pero lo estaba.

Él la besó con ternura. Le acunó la cara con las manos y saboreó sus labios. Pero se apartó bruscamente.

—No conseguirás despistarme. Sigues siendo una chica mala.

La cogió de la mano y la arrastró hacia el baño.

—Vamos a ducharnos. Y ya que estamos, te enseñaré unas cuantas cosas.

—¿Vas a darme una lección? —preguntó Carol con tono burlón.

—Oh, sí.

Al final, no la invitó a cenar.

